
HARLEQUIN
Jazmín
REBECCA
WINTERS
LA MUJER DEL PRÍNCIPE



Rebecca Winters

La mujer del príncipe



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La mujer del príncipe, n.º 2551 - septiembre 2014
Título original: Expecting the Prince's Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4598-5
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

VINCENZO di Laurentis, príncipe heredero del reino de Arancia, estaba de pie ante uno de los balcones del palacio real con vistas a los jardines para inaugurar el decimoquinto Festival de Abril del Limón y la Naranja. Saludó a la multitud, que había acudido en masa para la ocasión. Aquella era su primera aparición en público desde el funeral de su esposa, la princesa Michelina, hacía seis semanas.

Su país estaba situado entre las fronteras de Francia e Italia, al borde del Mediterráneo. En la ciudad del mismo nombre, vivían ocho mil personas. El resto de sus treinta mil habitantes se repartían en pueblos y pequeñas aldeas. Además del turismo, había dependido de su producción de limones y naranjas durante siglos.

Durante las siguientes dos semanas, Arancia se volcaría en celebrar su principal fuente de ingresos con bandas en las calles, ferias, barcos y estatuas decorados con frutas.

Vincenzo acababa de regresar de un viaje oficial al extranjero y se alegraba de volver a ver a su padre, el rey Guilio. Casi había olvidado lo hermosa que podía ser su tierra natal en primavera con todos sus árboles frutales en flor. Como él, su pueblo esperaba con entusiasmo el final del invierno. Además, la oscuridad que se había apoderado de su pecho con la muerte de Michelina, también parecía comenzar a disiparse.

Su matrimonio no había sido por amor. Aunque se habían prometido a los dieciséis años, apenas habían pasado tiempo juntos hasta que se habían casado, catorce años después. Lo cierto era que Vincenzo se sentía culpable por no haber sido capaz de amarla como ella lo había amado a él.

Nunca había logrado enamorarse de ella. Solo la había admirado y la había respetado, decidido a estar a la altura de lo que se esperaba de él. Por otra parte, después de haber pasado por tres abortos, no habían conseguido tener hijos.

Aunque no había podido amarla con pasión en la cama, el príncipe había hecho todo lo posible por mostrar ternura a su esposa. Había experimentado deseo hacia otras mujeres antes de casarse, pero nunca había entregado su corazón a nadie, sabiendo que había estado prometido.

Vincenzo sospechaba que los padres de Michelina tampoco habían tenido un matrimonio muy feliz. Sus propios padres también habían

sufrido bastante, pues era muy difícil que una pareja real pudiera disfrutar de amor verdadero. Michelina se había empeñado en que su caso fuera distinto. Pero no era posible forzar el amor.

Sin embargo, había algo que sí les había dado felicidad. Pocos días antes de que Michelina hubiera muerto, se habían enterado de que había quedado en estado de nuevo. Pero, en esa ocasión, habían tomado las medidas necesarias para impedir que lo perdiera.

Aliviado porque sus obligaciones públicas hubieran terminado por ese día, Vincenzo se dirigió a ver a la mujer que había accedido a ofrecerles su vientre para la implantación del embrión. La norteamericana Abby Loretto llevaba doce años viviendo en los jardines de palacio con su padre italiano, que era jefe de seguridad.

Vincenzo tenía dieciocho años cuando conoció a Abby y se hicieron amigos. Había sido casi como una hermana pequeña para él. Se sentía más unido a ella que a su propia hermana, Gianna, que era seis años mayor.

Los dos habían jugado juntos en el mar y en la piscina. Era una mujer divertida e inteligente. Vincenzo sentía que podía ser él mismo cuando estaba a su lado, olvidar sus preocupaciones y relajarse como no había logrado hacer con nadie más. Ella vivía en la zona de servicio y sabía cómo funcionaba el palacio, por lo que comprendía lo que significaba ser príncipe. No era necesario que él se lo contara.

Cuando la reina madre había muerto, Abby lo había consolado y le había acompañado a dar largos paseos. Vincenzo solo había aceptado su compañía en esas ocasiones. Ella también había perdido a su madre y lo había comprendido mejor que nadie. Además, no le hacía preguntas, ni le pedía nada. Solo quería ser su amiga y compartir pequeñas confidencias. Ambos habían llegado a confiar el uno en el otro.

Abby había formado parte de su vida de tal manera que, años después, cuando se había ofrecido para albergar en su vientre a su hijo, a Vincenzo le había parecido la mejor candidata. A su esposa también le había gustado Abby. Los tres habían trabajado como un equipo, asistiendo a las consultas médicas y a las del psicólogo, hasta la inesperada muerte de Michelina.

Vincenzo se había acostumbrado a asistir a las consultas y, cuando había estado de viaje por trabajo, los días que había pasado sin ver a Abby se le habían hecho eternos. Ella se había convertido en su salvavidas. Necesitaba verla y estar con ella.

Solo podía pensar en regresar a su lado para asegurarse de que el bebé y ella estuvieran bien. Sin embargo, no podía evitar una sensación de culpabilidad. Apenas habían pasado dos meses desde la muerte de su esposa, pero él estaba concentrado en otra mujer, embarazada del bebé que Michelina y él habían concebido.

Era natural que se preocupara por Abby, se dijo. Después de todo, pronto sería padre gracias a ella. Aun así, con Michelina ausente, se sentía como si estuviera haciendo algo malo. Frunciendo el ceño, salió del balcón, pensando que no sabía cómo enfocar aquel dilema emocional.

Abigail Loretto, conocida por sus amigos como Abby, estaba sentada en el sofá de su apartamento en el palacio, secándose el pelo mientras veía la televisión. Había estado viendo en directo al príncipe Vincenzo en la inauguración del festival de la fruta.

Al parecer, su padre, Carlo Loretto, había estado tan ocupado que no había tenido tiempo para informarla del regreso del príncipe.

Ella había conocido a Vincenzo hacía dieciséis años, cuando su padre había sido nombrado jefe de seguridad. El rey los había llevado a sus padres y a ella desde la embajada de Arancia en Washington, para vivir en el palacio. Entonces, ella tenía doce años y él, dieciocho.

Abby se había pasado casi toda la adolescencia observándolo y admirando su cuerpo alto y musculoso. Había sido su ídolo. Incluso había ido guardando todos los recortes que se habían publicado sobre él y algunas fotos en un álbum que siempre había mantenido en secreto. Pero de eso hacía mucho tiempo.

El príncipe era el hombre más imponente que ella había conocido en su vida, aunque tenía muchas caras, dependiendo de su estado de ánimo. Por lo que parecía, en ese momento, estaba más descansado que antes de salir de viaje.

A veces, cuando él estaba disgustado, ella temía acercarse. Otras veces, podía ser encantador y divertido. Nadie era inmune a su carisma masculino. Michelina había sido la mujer más afortunada de la tierra.

La foto de Vincenzo siempre ocupaba las portadas de las revistas europeas. El guapo heredero era un atractivo perfecto para las cámaras.

Al saber que estaba de vuelta, Abby se relajó. Las seis semanas que había estado sin hablar con él sobre el bebé le habían parecido eternas. Sabía que Vincenzo la buscaría en algún momento. Pero, después de haber estado tanto tiempo fuera, debía de tener mucho trabajo atrasado. Quizá tendría que esperar otra semana antes de verlo en persona.

Después de la retransmisión en directo, la televisión había empezado a mostrar imágenes del funeral, que habían recorrido todas las cadenas del mundo hacía semanas.

Abby nunca olvidaría la llamada de su padre aquel fatídico día.

–Tengo malas noticias. Michelina salió a montar a caballo esta

mañana temprano, acompañada de Vincenzo. Mientras ella galopaba delante de él, su caballo se tropezó y la tiró. Cuando cayó el suelo, murió al instante.

Abby se había quedado paralizada, retrocediendo en el tiempo al día en que su propia madre había muerto. Y no había podido dejar de pensar que su bebé nunca conocería a su madre.

Al poco tiempo, la habían llevado al hospital, donde la habían atendido en estado de shock.

–Querida Abby, qué susto tan horrible. Me alegro de que tu padre te haya traído. Te quedarás en el hospital a pasar la noche, pues quiero asegurarme de que estás bien. Para el príncipe será un alivio saber que estás bien cuidada. Discúlpame, voy a prepararte una habitación privada –le había dicho el doctor DeLuca.

–Vincenzo debe de estar loco de dolor –había comentado Abby a su padre.

–Lo sé, pero ahora eres tú quien me preocupa –había contestado su padre, dándole un beso en la frente–. Te ha subido la tensión. Me voy a quedar aquí contigo.

–No puedes quedarte, papá. Debes estar en el palacio. El rey Guilio te echará de menos.

–Esta noche, no. Mi ayudante se ocupará de todo. Mi hija me necesita, así que fin de la discusión.

En el fondo, Abby se había alegrado de que su padre la hubiera acompañado.

Las imágenes del funeral en la televisión la sacaron de sus pensamientos. Era increíble cómo un hombre tan guapo podía parecer tan hundido, mientras lideraba el cortejo fúnebre a la catedral, junto al caballo preferido de Michelina, engalanado con preciosas flores. A Abby se le llenaron los ojos de lágrimas de nuevo, como el día en que había asistido en directo a aquella dramática escena.

Detrás de Vincenzo, iba el rey, vestido de luto, junto a la madre de Michelina. Pronto, las campanas dejaron de repicar y las cámaras mostraron el interior de la catedral.

–Para aquellos que acaban de sintonizarnos, estamos viendo la procesión fúnebre de Su Alteza Real la princesa Michelina Cavelli, esposa del príncipe Vincenzo Di Laurentis, del reino de Arancia. A principios de semana, murió en un trágico accidente cuando estaba montando a caballo en los jardines del palacio real en el reinado de Gemelli –informó el locutor en la televisión–. En el carruaje real pueden ver a su suegro, Guilio de Laurentis, rey de Arancia. Su mujer, la reina Annamaria, murió hace dos años. Sentada a su lado está su hija, la princesa Gianna Di Laurentis Roselli y su marido, el conde Roselli de las Cinco Tierras de Italia. Frente a ellos, está Su Majestad la reina Bianca Cavelli, madre de la princesa Michelina. Su marido, el

rey Gregorio Cavelli de Gemelli, falleció recientemente. También van en el carruaje real los príncipes Valentino y Vitoli Cavelli, hermanos de la princesa Michelina. Es un día triste para Arancia y todo el mundo especula con el futuro del principado. Se esperaba que la princesa Michelina tuviera un hijo, un sucesor para la línea real. Si la princesa Gianna y su marido tienen descendientes, estos estarían en la tercera línea de sucesión…

Abby apagó la televisión, incapaz de seguir viendo el funeral. Era mejor dejar el pasado trágico atrás y concentrarse en el futuro.

Con decisión, se fue a su escritorio para trabajar un poco en el ordenador. Pronto llegaría su cena. Excepto cuando comía con su mejor amiga, Carolena, siempre cenaba sola, mientras trabajaba en uno de los casos que defendía como abogada. Sin embargo, esa noche tenía poca hambre.

Debía de ser duro para Vincenzo regresar a su hogar sin que su mujer lo estuviera esperando. Solo de pensar en lo solo que debía de sentirse, a Abby se le encogía el corazón.

Después de haber recibido un mensaje urgente de su padre, Vincenzo tuvo otra razón más para visitar a Abby. Mientras se aproximaba a su suite, vio que Angelina salía con la bandeja de la cena.

Angelina era la guardaespaldas personal de Abby y, al mismo tiempo, actuaba como su criada. Su trabajo, además, era darle información diaria a Vincenzo sobre cómo se encontraba.

Vincenzo la detuvo y levantó la tapa de la bandeja. Abby solo había comido un poco. Eso no era bueno, pensó él, se despidió de Angelina y llamó a la puerta.

–¿Sí, Angelina?

Cuando Vincenzo entró, vio a Abby sentada delante del ordenador, vestida con un chándal. El pelo le caía sobre los hombros como una cascada dorada. Así, le recordaba a la adorable adolescente que había sido.

–¿Abby?

Ella se giró hacia él. Su expresión estaba impregnada de tristeza.

–Alteza –susurró ella, sorprendida por su presencia–. Me alegro de verte –añadió tras unos momentos.

Su situación era en extremo delicada, por lo que Vincenzo no podía poner reparos a que ella lo tratara de manera tan formal, aunque no le gustaba.

–Llámame Vincenzo cuando estemos solos. Así solías llamarme a gritos cuando corrías por los jardines de palacio hacía años.

–Los niños pueden permitirse ese tipo de lujos.

–Y las madres suplentes –repuso él–. No sabes cuántas ganas tenía de hablar contigo en persona.

–Tienes mejor aspecto.

Vincenzo deseó poder decir lo mismo de ella.

–¿Qué te pasa? Apenas has comido. ¿Te encuentras mal?

–No, nada de eso –aseguró ella y se puso en pie, acariciándose el vientre–. Por favor, no pienses que mi estado de ánimo tiene nada que ver con el bebé.

–Es un alivio, pero sigo preocupado por ti. ¿Qué te sucede?

–Después de ver en directo tu aparición en público hace un rato, vi un fragmento del funeral en la televisión –explicó ella con un suspiro–. Debería haberla apagado. No puedo ni imaginar lo mucho que habrás sufrido.

Cuando Abby se abrazó a sí misma, Vincenzo no pudo evitar fijarse en su esbelta figura. Por el momento, la única prueba de su embarazo era un análisis de sangre.

–Michelina te quería tanto que estaba dispuesta a todo con tal de darte un hijo. Me atrevería a decir que no todos los esposos reciben esa clase de amor. Es algo que siempre podrás recordar.

Sin embargo, Vincenzo se sentía demasiado culpable por no haber hecho feliz a su esposa ni haberle podido corresponder su amor.

–¿Por qué no te sientas mientras hablamos? –propuso él, ansiando cambiar de tema.

–Gracias.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien.

–Cuando estaba fuera, recibía un informe diario de tu estado. Siempre me decían que estabas bien.

–No me sorprende que te preocuparas por mí. Tu instinto paternal es muy fuerte –comentó ella.

–Sí, no voy a negarlo. Quiero estar al tanto de todo lo que pasa en estos meses. El doctor DeLuca me dijo que te había subido la tensión el día del funeral, pero que luego bajó a la normalidad. Me ha asegurado que tienes una salud excelente.

Abby sonrió.

–¿Y qué dice tu médico personal del estado del futuro padre?

–Estaba en plena forma la última vez que me examinó –contestó él, sonriendo.

–Es una buena noticia para tu bebé, que espera poder disfrutar de una vida larga y feliz junto a su papá.

–Estás cambiando de tema –señaló él–. Te he dicho que quiero saber con todo detalle cómo te encuentras –insistió.

–¿Con todo detalle? –repitió ella–. Bueno. Déjame pensar. Últimamente tengo mucho sueño, me siento hinchada y, por fin,

empiezo a tener mareos. El doctor DeLuca me ha dado una medicina para eso y dice que pasará pronto. En el séptimo mes, volveré a sentirme muy cansada de nuevo. En definitiva, me ha dicho que todo va según lo previsto. ¿Puedes creer que tu bebé solo mide tres centímetros?

–¿Tanto? –bromeó Vincenzo. Seguía pareciéndole increíble que Abby llevara dentro una parte de él.

Por otra parte, sospechaba que a Abby también le resultaba difícil enfrentarse a ese embarazo tras la muerte de Michelina, cuando solo estaban ellos dos. Sin duda, debía de sentirse un poco culpable. Ambos estaban adentrándose en un terreno desconocido con el que no habían contado cuando ella se había ofrecido a dar cobijo a su embrión.

–Está en fase de desarrollo –explicó ella, sonriendo–. El médico me ha dado dos folletos iguales. Este es para ti. *Diez fases del embarazo para padres principiantes*.

–¿Por qué diez y no nueve? –preguntó él.

–Está escrito por una mujer, y las mujeres saben de estas cosas.

Vincenzo apreciaba su sentido del humor más de lo que ella podía imaginar. Su buena disposición siempre le servía como un bálsamo para el alma.

–Gracias –dijo él y se lo guardó en el bolsillo, pensando que lo leería esa noche antes de irse a dormir–. Ahora háblame de tus casos. ¿Hay alguno que te quite el sueño?

–El caso Giordano. Tengo el presentimiento de que alguien está intentando hundirle por razones políticas.

–Cuéntamelo.

–Te aburriría –repuso ella, arqueando las cejas.

–Ponme a prueba –le retó él. Nada de Abby lo aburría.

Ella sacó uno de los informes que tenía sobre la mesa y se lo entregó.

Vincenzo lo leyó en silencio.

Como se ha mencionado, el mayor obstáculo a la importación en Arancia es la burocracia. Los certificados de importación pueden tardar hasta ocho meses en ser emitidos, incluso, en algunos casos, nunca llegan a emitirse. Sin embargo, si se simplifica el procedimiento, aumentarían las importaciones, lo que beneficiaría a Arancia, poniendo en el mercado productos de alta calidad y de temporada.

Aquello tenía sentido, pensó Vincenzo, que se había reunido con varios exportadores importantes en sus viajes.

En el presente, las cadenas de los supermercados no operan directamente en el mercado de importación, sino que usan intermediarios de venta al por

mayor de naranjas y limones. El señor Giordano, que representa a los minoristas, ha entrado en el mercado de importación y, con ello, ha cambiado algunos de los patrones establecidos. Sigue una estrategia diferente, basada en aumentar la competitividad, con tarifas iniciales de entrada y compras in situ, lo que trae más ingresos a Arancia.

De forma intuitiva, Vincenzo adivinó que el señor Giordano sabía lo que estaba haciendo.

El señor Masala, que representa a los importadores, está intentando bloquear su iniciativa. Ha favorecido a las cooperativas de productores, al firmar contratos a largo plazo en los que no requiere ninguna tarifa de entrada. Las cifras mostradas en este informe demuestran una clara diferencia en los beneficios, a favor del plan del señor Giordano.

Presento este informe ante el juzgado para demostrar que estos productos de alta calidad comercializados a través de la vía rápida beneficiarían la economía y, por desgracia, no están disponibles en el país en el presente.

Vincenzo le devolvió los papeles. El conocimiento que Abby tenía de su país y sus problemas económicos lo impresionaba sobremanera.

–Giuseppe Masala tiene muchos defensores. Es famoso por ser un duro negociador.

–Es obvio que pertenece a la vieja escuela –comentó ella, frunciendo el ceño–. Las ideas del señor Giordano son nuevas e innovadoras. Ha analizado las estadísticas y ha demostrado que Arancia podría aumentar en gran medida sus importaciones de combustible, vehículos de motor, materias primas, químicos, aparatos electrónicos y comida. Su informe recoge datos históricos que dejan claro que sus ideas funcionarían.

–Me gustaría que aprobaran su propuesta, pero tiene mucha oposición –señaló él–. ¿Cuál es tu estrategia para ayudarlo?

–Voy a llevar el caso ante los tribunales.

–¿Quién es el juez?

–Mascotti.

El juez era un viejo amigo de su padre, el rey, pensó Vincenzo.

–Ve a por ellos, Abby. Sé que conseguirás lo que te propongas –dijo él.

–Tu optimismo significa mucho para mí.

Abby actuaba como una amiga, aunque mantenía una distancia profesional en su relación, como siempre había hecho. Tal vez, si estuvieran en un escenario diferente y no en la suite de ella, Abby podría relajarse y podrían disfrutar pasar más tiempo juntos, pensó él.

La guardaespaldas de Abby, sin embargo, sabía que el príncipe

estaba allí y sabría, también, cuánto tiempo se quedaría. Él no tenía razón para no confiar en Angelina, pero nunca podía estar seguro de quiénes eran sus enemigos.

–Me han enviado la lista de citas que tienes con el médico. Según tengo entendido, el próximo viernes te toca la revisión de las ocho semanas.

Ella asintió.

–Quiero acompañarte a la clínica y lo he preparado para que después nos reciba el psicólogo en su consulta.

–¿Tendrás tiempo? –preguntó ella, sorprendida.

–Desde la última vez que nos vimos, he hecho muchos negocios e informado de ello al rey. Me merezco un poco de tiempo libre, y pienso tomarme en serio mis obligaciones como futuro padre –señaló él, fingiendo profesionalidad.

–A veces, eres muy divertido, Vincenzo –dijo ella, riendo.

Nadie le había acusado nunca de eso, excepto Abby. Vincenzo odiaba dejar de lado la diversión, pero tenían que hablar temas más serios que no podían esperar.

–Cuando has mencionado el funeral, me has hecho pensar en lo compasiva que eres y en lo mucho que te importaba Michelina. Quería explicarte por qué decidimos que no asistieras.

Ella se humedeció los labios con nerviosismo.

–Mi padre ya me lo explicó. Por supuesto, se trataba de evitar cualquier clase de habladuría. Pero, entre nosotros, quiero confesarte que yo estimaba y admiraba a Michelina. Echo mucho de menos mis charlas con ella y lamento su pérdida –le confió Abby.

Vincenzo percibió la sinceridad de sus palabras.

–Ella también te estimaba.

–Yo… me gustaría que hubiera habido una manera de mitigar tu dolor… –balbuceó ella–. Pero no la había. Solo el tiempo puede curar esas heridas.

–Eso es algo que sabes bien, después de haber perdido a tu madre.

–Admito que fueron malos tiempos para mi padre y para mí, pero lo hemos superado.

Cuando Vincenzo había visto el sufrimiento de Carlo Loretto al perder a su esposa, había pensado que Loretto había tenido suerte por haber conocido el amor verdadero. Abby había crecido sabiendo que sus padres se habían amado en todo el sentido de la palabra. Por eso, era comprensible que diera por hecho que Michelina y él habían disfrutado también esa clase de matrimonio.

–¿Te explicó tu padre por qué no te he llamado en todas estas semanas?

–Sí. Aunque Michelina y tú me disteis vuestros números privados para que os llamara si sucedía algo, mi padre y yo decidimos que sería

mejor que siempre te contactara a través de tu asistente personal, Marcello.

–Pienso lo mismo.

Vincenzo se quedó maravillado por lo bien que Abby lo entendía. Si lo llamaba a su número privado, alguien podría espiar su conversación y darles problemas. Ambos sabían que, al haber optado porque Abby gestara a su bebé, habían entrado en territorio prohibido.

El príncipe solo podía esperar que el rumor no se extendiera por el palacio y fuera de sus paredes. No sabía hasta dónde podía confiar en la lealtad de sus empleados.

–No quiero entretenerte más. Pero, antes de irme, tengo que pedirte un favor.

–Lo que sea.

–La madre y los hermanos de Michelina han venido para asistir al festival –indicó él–. La reina quiere verte mañana a las nueve de la mañana.

Vincenzo estaba preocupado por la discusión que Michelina y su madre habían tenido antes del accidente fatal. Aunque lo que más le pesaba era la sensación de culpa por no haber podido corresponder el amor de su hija. Sin embargo, aquel encuentro con su suegra era inevitable y no podía retrasarse.

–Tu padre hablará con tu jefe para explicarle que vas a llegar un poco tarde al trabajo.

–De acuerdo.

De todos modos, Vincenzo estaba decidido a quedarse con ella durante la reunión para protegerla.

–Buenas noches, entonces.

–Bienvenido a casa, Vincenzo. Y buenas noches –se despidió ella con una sonrisa.

–*Sogni d’oro*.

Capítulo 2

LAS palabras del príncipe, «felices sueños», la acompañaron toda la noche. Volver a verlo la había emocionado. Por la mañana, Abby se había levantado un poco más temprano de lo habitual para prepararse. Sabía que la madre de Michelina tendría muchas preguntas que hacerle.

Aunque no tenía muchas ganas de arreglarse, se tomó una píldora para controlar las náuseas y comenzó con su ritual mañanero.

Todo el mundo sabía que era la hija del jefe de seguridad del palacio, por eso, a nadie le parecía raro que acudiera a trabajar en limusina. A excepción de su jefe y Carolena, nadie en su empresa tenía ni idea de su situación. Y así debía ser hasta que tomara la baja.

Después del parto, el palacio haría pública una nota de prensa informando de que una mujer había gestado con éxito al bebé de Sus Altezas Reales, un futuro heredero para el trono. En ese momento, Abby desaparecería de escena, según habían planeado.

Sin embargo, Vincenzo había formado parte de su vida durante tanto tiempo, que a ella le costaba pensar que no volvería a verlo. Una vez que naciera el bebé, ella se iría a vivir a la otra punta de la ciudad y retomaría su vida como abogada a tiempo completo. Iba a resultarle muy extraño, caviló.

Cuando Abby se había mudado allí con su familia, Vincenzo había sido quien le había enseñado todo lo que los turistas no llegaban a ver. La había llevado a montar a caballo y le había permitido acompañarlo en su pequeño velero. Nada le había gustado más que sentarse en medio del mar, mientras pescaban y comían pasteles preparados en las cocinas de palacio.

De niña, ella había tenido amigos en el colegio, pero había preferido mil veces reunirse con Vincenzo y nunca había desaprovechado una oportunidad de hacerlo. Además, él siempre había parecido disfrutar de su compañía y la había invitado siempre que había tenido tiempo libre.

Sumida en sus recuerdos, Abby sacó del armario uno de sus vestidos favoritos. Cuando había ido de compras con Carolena, las dos habían estado de acuerdo en que ese había sido el más elegante. El cuerpo amarillo tenía un bonito diseño bordado que conjuntaba con los bordes beis de las mangas abiertas en los extremos y con los pliegues de la falda. Su amiga le había asegurado que le quedaba de maravilla.

Después de recogerse el pelo en un sencillo moño, se maquilló, se puso unos zapatos amarillos a juego y salió del dormitorio. En ese momento, sonó el teléfono y Abby respondió, imaginándose que sería su padre para preguntarle cómo estaba.

–¿*Signorina* Loretto? Habla Marcello. Se requiere su presencia en la sala de audiencias. ¿Está lista?

Abby apretó el auricular. Parecía urgente. Durante la noche, había estado pensando en aquella reunión con preocupación. Era natural que la madre de Michelina quisiera conocer a la mujer que iba a dar a luz a su nieto. Pero algo en la mirada de Vincenzo le había encogido el estómago.

–Sí. Ahora voy.

–Entonces, informaré a Su Alteza y la esperaré en el pasillo.

–Gracias.

A causa de sus excursiones con Vincenzo, Abby estaba familiarizada con cada centímetro del palacio, excepto las habitaciones reales. En varias ocasiones, él la había llevado a la sala donde el rey solía recibir a los jefes de estado, y le había contado anécdotas que el público ignoraba sobre muchos de los altos dignatarios del mundo.

Marcello se reunió con ella en el pasillo principal.

–Sígame.

Atravesaron pasillos decorados con frescos y cuadros y pasaron por delante de una enorme bandera del país, hasta que Marcello llamó a una puerta y, cuando le indicaron que entraran, la abrió.

El alto techo abovedado de la sala reflejaba en sus pinturas la historia de Arancia. Sin embargo, a pesar de su magnificencia, Abby posó los ojos de inmediato en Vincenzo, que llevaba un sombrío traje de chaqueta azul marino. Frente a él, estaba sentada la madre de Michelina, una mujer morena y elegante, de sesenta y cinco años, vestida de negro.

–Adelante, Abby Loretto. Me gustaría que conocieras a mi suegra, Su Majestad la reina de Gemelli.

Abby sabía que Gemelli, otro país productor de cítricos, era una isla en la costa este de Sicilia.

Tras acercarse, hizo una reverencia, como le habían enseñado de niña.

–Majestad, es un gran honor. Siento mucho la pérdida de su hija. Yo le tenía un gran aprecio.

La reina se limitó a asentir con la cabeza.

Vincenzo le indicó a Abby que tomara asiento.

–Si lo recuerdas, Michelina y yo fuimos a Gemelli para contarle a la reina que estábamos esperando un bebé.

–Sí.

–Para mi sorpresa, la noticia inesperada fue un shock para mi

suegra, pues Michelina no le había informado de que pensábamos dejar que otra mujer llevara a cabo la gestación.

¿Qué?, pensó Abby.

–¿Quiere decir que su hija nunca le comentó lo que su marido y ella estaban considerando?

–No –negó la mujer mayor con rostro serio.

–Lo siento, Majestad –dijo Abby, apartando la mirada.

–Todos lo sentimos, porque la reina y Michelina tuvieron una discusión –explicó Vincenzo–. Por desgracia, el accidente tuvo lugar antes de que pudieran volver a hablar. La reina querría aprovechar esta oportunidad para hablar con la mujer que se ha atrevido a ir contra la naturaleza para ofrecernos un servicio por el que no va a recibir nada a cambio y preguntarle por qué lo hace.

Capítulo 3

ABBY se encogió.

Por la forma tan cruda en que Vincenzo lo había descrito, sospechó que su suegra y él habían tenido una amarga discusión acerca del tema.

–No has respondido a mi pregunta.

El tono seco de la reina no hizo más que aumentar la tensión. No era de extrañar que Vincenzo hubiera parecido preocupado la noche anterior, cuando le había hablado de aquella reunión. Era obvio que la omisión de Michelina en lo relativo a su madre empañaba la felicidad que el embarazo de Abby le producía.

Sin duda, él esperaba que Abby supiera manejar la situación. Y ella no iba a decepcionarlo, por muy difícil que le resultara en esa ocasión.

–Si yo tuviera una hija que viniera a mí en la misma situación, le haría exactamente la misma pregunta. En mi caso, lo he hecho solo por una razón. Quizá ignore que el príncipe me rescató de una muerte segura cuando yo tenía diecisiete años. Perdí a mi madre en ese mismo accidente de barco. Antes de que la corriente me arrastrara a la costa, perdí la conciencia –recordó Abby–. Cuando el príncipe me encontró, estaba a punto de morir –añadió con lágrimas en los ojos–. Si hubiera visto cómo lloraba mi padre cuando se enteró de que me habían encontrado y me habían revivido, sabría que ese día tuvo lugar un milagro, todo gracias a la rápida y certera intervención del príncipe. Desde entonces, mi padre y yo siempre le hemos estado hondamente agradecidos. A lo largo de los años, he pensado muchas veces cómo podría pagarle por impedir lo que habría sido una catástrofe devastadora para mi padre.

La expresión de la reina se llenó de dolor, tal vez por su propia pérdida o, quizá, por empatía hacia la historia de Abby.

–El príncipe y la princesa hacían una pareja perfecta –prosiguió Abby–. Cuando me enteré de que habían perdido su tercer embarazo, sufrí por ellos. Merecían ser felices. Antes de Navidad, me enteré por mi padre de que el doctor DeLuca les había sugerido una manera de lograr su sueño y poder formar una familia.

Abby se esforzó en contener las lágrimas antes de continuar.

–Después de haber deseado durante años que hubiera algo que yo pudiera hacer, me di cuenta de que, si reuniera los requisitos necesarios, podría llevar a su hijo en mi vientre. No se imagina la

felicidad que sentí al pensar en hacer algo tan especial por ellos. Cuando se lo conté a mi padre, al principio, le sorprendió, pero apoyó mi decisión. Es la razón por la que lo hago. Una vida a cambio de una vida. Lo que voy a ganar con ello es la alegría de ver al bebé por el que tanto lucharon Michelina y el príncipe. Cuando el médico le ponga el niño en los brazos al príncipe, Michelina vivirá en él y el pequeño será siempre una parte del rey Guilio y su esposa, una parte de usted y su marido, Majestad.

A la reina le temblaron las manos.

–No sabes lo que significa ser madre. ¿Cuántos años tienes?

–Tengo veintiocho y nunca me he casado ni he tenido hijos. Pero no voy a ser madre en el sentido estricto de la palabra. Solo estoy ofreciéndole al bebé un lugar seguro para crecer, hasta que nazca. Sí, pasaré por los dolores del parto, pero lo considero como una ofrenda sagrada.

–¿Una ofrenda sagrada?

–Sí. Durante las consultas previas al proceso, conocí a unas cuantas parejas y a las mujeres que habían prestado su vientre para la gestación de sus hijos. Todos los que habían pasado por esa experiencia estaban muy agradecidos por tener unos niños tan hermosos y afirmaban que era como tener un acuerdo especial con Dios.

Por primera vez, la reina apartó la mirada.

–El príncipe está implicado al cien por cien. Su esposa y él hablaron a fondo sobre el tema. Él sabe lo que ella quería y yo cooperaré en todo lo que haga falta. Si tiene usted alguna sugerencia, será bienvenida de todo corazón.

El silencio reinó en la sala.

Dándose cuenta de que no había nada más que decir, Abby miró a Vincenzo, esperando que le diera permiso para irse.

–La limusina estará esperándote para llevarte al trabajo –indicó él, como si le hubiera leído la mente.

–Sí, Alteza.

–¿Vas a trabajar? –preguntó la reina en ese momento, sorprendida.

–Sí. Me gusta mucho mi profesión de abogada. Después del parto, pienso seguir dedicándome a mi carrera y no quiero abandonarla durante el embarazo.

–¿Dónde vas a vivir cuando nazca el niño?

La pregunta directa de la reina no dejaba duda del rumbo que habían tomado sus pensamientos. Abby no podía culparla por eso. Era comprensible que pensara lo peor y temiera que aquella extraña embarazada de su futuro nieto quisiera suplantar a Michelina. Sus miedos, además, encontraban eco en su sentido de culpabilidad, que no hacía más que crecer cada día, cuando se sorprendía a sí misma

echando de menos a Vincenzo. No estaba bien que pensara tanto en el príncipe, pero no podía sacárselo de la cabeza. Sobre todo, cuando el bebé que crecía en su interior no hacía más que recordarle a él.

Durante semanas, había estado soñando despierta en sus horas de insomnio nocturno, imaginando cómo serían las cosas si el bebé fuera suyo y de Vincenzo. ¿A quién se parecería? ¿Harían una guardería en el palacio? ¿Cuándo irían a comprar la cuna y todo lo necesario? También había soñado con hacerle una colcha a mano y un cuaderno con recortes con sus ecografías.

Sin embargo, el sudor frío de la culpa siempre la había sacado de sus fantasías y se había reprendido a sí misma por albergar aquellos pensamientos. La muerte de Michelina, tal vez, lo había cambiado todo, ¡pero aquel bebé no era de Abby!

¿Cómo podía soñar con aquellas cosas cuando Michelina había confiado en ella ciegamente? Sería una traición a su confianza. Además, las dos mujeres habían dejado muy claro su acuerdo en un contrato firmado por ambas partes. Una vez que el bebé naciera, el cometido de Abby terminaría y volvería a su antigua vida.

No obstante, la muerte de Michelina lo hacía todo mucho más difícil y confuso. Debería hablar con el psicólogo para que le ayudara a enfrentarse a la nueva situación, se dijo Abby.

Pero la reina Bianca le había hecho una pregunta y estaba esperando su respuesta.

–Planeo comprarme mi propia casa en otra parte de la ciudad, en el mismo edificio que una amiga mía. Mi contrato con el príncipe y la princesa incluye vivir en el palacio, pero solo hasta que nazca el bebé.

–¿Qué amiga? –preguntó Vincenzo con interés.

Quizá esa era la única parte de sus planes que no había hablado con Vincenzo y Michelina a lo largo de los últimos meses.

–Carolena Baretti. Me habrá oído hablar de ella, y sabe que es mi mejor amiga. Hemos estudiado Derecho juntas en la Universidad de Arancia.

–Esta situación me parece antinatural –dijo la reina tras un pesado silencio.

–No es antinatural, Majestad, solo es diferente. Su hija quería un bebé tanto como para acceder a eso. Espero que, algún día, usted también apruebe su decisión.

–Ese día nunca llegará –declaró la reina con voz imperiosa–. Cada vez que me informaba de un nuevo embarazo, yo me emocionaba, y sufría cada vez que perdía al bebé. Pero nunca consideraré lo que estáis haciendo como una opción éticamente correcta.

–Pero no tiene nada de malo –protestó Abby con suavidad–. El doctor DeLuca dice que hay miles de mujeres en el mundo que ofrecen su vientre para la gestación y que es una opción preferible a la

adopción, porque asegura el vínculo genético con ambos padres. Piense en cómo puede cambiar la vida de una pareja. Es un milagro.

–Sin embargo, interfiere con un proceso natural y viola la voluntad de Dios.

–Entonces ¿cómo explica que Dios creara el mundo tal cual es, con la tecnología que pudo ayudar a su hija y al príncipe Vincenzo a realizar su sueño de convertirse en padres?

–No necesita explicación. Es una forma de adulterio, porque eres una tercera en discordia en su matrimonio. Incluso podría considerarse como una especie de incesto.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Abby, torturada por sus palabras.

–Como el sacerdote me ha recordado, puede que su hijo acabe casándose algún día con un hijo tuyo. Aunque no tendrían relación genética, los dos serían hermanos en cierta forma.

Por supuesto, Abby esperaba casarse algún día y tener sus propios hijos, pero nunca habría imaginado aquella posibilidad tan poco probable.

–También me pregunto si esto te da derecho a recibir parte de la herencia o de si es lo que buscas al final –prosiguió la reina.

Vincenzo la escuchaba con rostro pétreo.

–Cuando el príncipe me salvó la vida, me dio el tesoro más precioso que se puede tener –repuso Abby, perpleja por su comentario–. El único dinero que hay en esto son los ciento cincuenta mil dólares que el príncipe ha pagado a los médicos y al hospital. A mí me ha pagado de sobra al permitirme vivir en el palacio, donde no tengo que preocuparme por nada. Siento mucho que esta situación la haya disgustado tanto. Entiendo que los dos tienen que hablarlo a solas. Debo irme.

Abby miró al príncipe, pidiéndole en silencio que le permitiera irse antes de que la discusión empeorara. Él se puso en pie, haciéndole una seña para que se levantara.

–Gracias por venir –murmuró él–. Piense lo que piense mi suegra, es demasiado tarde, pues estás embarazada de mi hijo. Y te prometo que, cuando la reina conozca a su nieto, olvidará todas sus preocupaciones.

La mirada desdeñosa de la reina hirió a Abby, que sintió la necesidad de decir unas últimas palabras para que el final de su conversación no les dejara tan amargo sabor de boca.

–Ha sido un honor conocerla, Majestad. Michelina solía hablar de usted a menudo. La quería mucho y estaba deseando contar con su ayuda durante los meses venideros. Si alguna vez quiere volver a hablar conmigo, por favor, llámeme. Yo no tengo madre y me gustaría escuchar sus consejos. Déjeme que le diga de nuevo lo mucho que lamento su pérdida. Michelina era una mujer admirable y de mucho talento. Tengo dos acuarelas suyas en la pared de mi casa. Todo el

mundo va a echarla mucho de menos, sobre todo, este bebé. Pero, por suerte, tendrá a su abuela para contarle todas las cosas que solo usted sabe acerca de su madre.

La reina esbozó una expresión cargada de tristeza.

–Adiós –dijo Abby e hizo otra reverencia. Después de posar los ojos en Vincenzo de nuevo, se dio media vuelta y salió.

De camino a la limusina, Abby tuvo que contenerse para no correr. No le extrañaba que Michelina hubiera tenido reparos en compartir con su madre una idea tan poco convencional. Por otra parte, se daba cuenta de lo desesperada que había estado la princesa para dejar que una tercera persona entrara en un aspecto tan íntimo de sus vidas.

Aquella conversación con la reina había sido una de las peores situaciones que Abby había vivido.

Sin embargo, la experiencia debía de ser todavía más terrible para Vincenzo, pensó.

Abby no podía ni imaginarse lo que él estaría sufriendo. Quizá la única forma que tenía de superar todo aquello era zambulléndose en el trabajo. Al menos, esa era la manera en que pensaba hacerlo ella.

Veinte minutos después, Abby entró en el despacho de abogados y se fue derecha al despacho de Carolena. Su amiga era abogada especialista en patentes y se había convertido casi en una hermana para ella. Por desgracia, estaba en un juicio, así que tendrían que hablar después.

Tanto Carolena como Abby habían sido contratadas después de haberse licenciado, hacía un año. A ella la habían elegido gracias a su especialización en Derecho del comercio y a que hablaba francés, inglés, italiano y el dialecto mentonasco, que hablaba un diez por ciento de la población de Arancia.

Sin poder dejar de pensar en su conversación con la reina, hizo algunas investigaciones y averiguó que, desde la muerte del rey Gregorio, Bianca se había convertido en dirigente de Gemelli y era conocida por su carácter rígido y difícil.

Con suerte, algo de lo que ella le había dicho podría suavizar un poco su corazón, pensó.

Seis horas después, Abby terminó su jornada y salió de la oficina para subirse a la limusina. En la calle, le sorprendió comprobar que dos coches oficiales habían aparcado delante y detrás del vehículo. Uno de los hombres de seguridad le abrió la puerta de la limusina. ¿Qué estaba pasando?

Cuando entró y vio quién estaba sentado allí, con gafas de sol y un

conjunto informal color crema, el pulso se le aceleró al instante.

–Vincenzo…

La voz temblorosa de Abby le llegó al corazón a Vincenzo. Después de la entrevista con la reina Bianca esa mañana, él se había dado cuenta de lo mucho que ella había sacrificado para hacer realidad su sueño de tener un hijo. Además, le había hecho recordar el día en que la madre de ella había muerto.

Abby había sido una gran nadadora y se había manejado bien en el mar. Como algunos de los amigos del príncipe habían señalado en ocasiones, todavía era una niña, pero prometía convertirse en una mujer preciosa.

Cuando ella había cumplido diecisiete, Vincenzo se había sorprendido a sí mismo contemplándola en más de una ocasión. Era una chica rubia, de piernas largas y preciosas. En esos momentos, él ya estaba prometido con Michelina pero, como la boda no estaba prevista hasta diez años después, había tenido la libertad de salir con otras mujeres.

Abby era demasiado joven, por supuesto, pero también muy bonita. Además, era inteligente, estudiosa y hablaba italiano como una nativa. Él había disfrutado de cada minuto que habían pasado juntos, y el entusiasmo de ella le había resultado refrescante y divertido.

De todas maneras, aunque no hubiera estado prometido, Abby habría estado fuera de su alcance, por más razones aparte de su edad y de que no era princesa. Sus padres se habían hecho muy amigos de los padres de Vincenzo y aquella amistad especial merecía todo su respeto.

Y, aunque le había parecido que ella le había sonreído con sus hermosos ojos azules cada vez que sus miradas se habían cruzado, había una barrera invisible entre ambos que ninguno de los dos había atravesado hasta el día del accidente…

Como Abby le había contado a la reina Bianca hacía unas horas, su madre, Holly, y ella habían estado navegando en un pequeño barco de vela cuando les había sorprendido una tormenta.

Vincenzo había estado con su padre antes de comer, cuando se habían percatado de que el cielo se había nublado, tanto que había parecido de noche en pleno día. No habían visto avecinarse una tormenta tan fuerte desde hacía años.

Cuando habían estado comentando lo fuerte que era el viento, el rey había recibido una llamada informándole de que el velero de los Loretto no estaba en el muelle. Alguien había visto a la señora Loretto y a su hija salir a navegar, pero todavía no habían vuelto. Algunos barcos habían salido ya a buscarlas…

Al pensar en aquella dulce jovencita sola con su madre, luchando contra aquella fiera tormenta, Vincenzo había roto a sudar de miedo.

–¡Tengo que encontrarlas!

–¡Espera, hijo! ¡Deja que el guardacostas se ocupe!

Pero Vincenzo ya había salido por la puerta y, a toda velocidad, se había dirigido al embarcadero, donde había hallado a un grupo de guardacostas. Después de pedirle a uno de ellos que lo acompañara, salieron en su yate, hacia las aguas embravecidas.

El otro hombre se había ocupado de mantener contacto por radio con los grupos de rescate y, en cuestión de minutos, se habían enterado de que el velero había sido localizado. Sin temor a los elementos, Vincenzo había puesto rumbo a aquellas coordenadas.

Los barcos de rescate ya habían estado en la escena cuando el príncipe se acercó al velero, que había estado meciéndose como un corcho en el mar, sin nadie a bordo.

–Han encontrado a la señora Loretto flotando inconsciente en el agua con el chaleco salvavidas puesto, pero no hay rastro de su hija –le había informado su acompañante, después de haber oído un mensaje por radio.

¿Abby se había ahogado?, había pensado él con el corazón encogido.

¡No era posible! ¡No podía perderla!

–¡Tenemos que ir a buscarla! Seguro que lleva chaleco salvavidas. El viento la habrá arrastrado lejos de aquí. Tenemos que seguir su dirección. Maneja el timón mientras yo miró.

–Es demasiado peligroso para usted, Majestad.

–¡Al diablo con el peligro! ¿No lo entiendes? –había gritado Vincenzo–. ¡Hay una chica de diecisiete años ahí fuera que necesita ayuda!

–Dígame qué rumbo quiere tomar.

–¡A lo largo de la costa, junto a las cuevas! –había ordenado Vincenzo, tras estudiar la dirección del viento.

Cuando habían llegado a la abertura de la cueva más grande, Vincenzo se había lanzado al agua y había ido nadando hacia sus tres grutas ocultas, donde había estado muchas veces con sus amigos. En la segunda, el corazón le había dado un vuelco al ver el cuerpo de Abby flotando como una muñeca. A toda prisa, la había alcanzado y la había llevado al barco, donde le había quitado el salvavidas y le había hecho la respiración boca a boca. Al principio, no había tenido respuesta. Ella estaba pálida como una muerta. Pero él no se había rendido y había seguido intentándolo.

Al final, Abby había reaccionado y había entreabierto los ojos. Él la había ayudado a incorporarse para que tosiera y expulsara el agua que le había llenado los pulmones.

–Eso es, preciosa Abby.

–¿Vincenzo? –había preguntado ella, atónita, cuando había terminado de toser.

–Sí –había respondido él, lleno de alivio–. Te sorprendió una tormenta, pero ahora estás a salvo.

–¿Y mi madre? –había gritado ella, desesperada–. ¿Dónde está?

–Con tu padre –había respondido él. No había sido mentira y había sido lo único que había podido decirle, pues había desconocido su estado.

–Gracias a Dios –había dicho Abby–. Podía haber muerto. Me has salvado la vida –había susurrado, maravillada y, de pronto, lo había abrazado.

–Gracias a Dios –había repetido él y, sin pensarlo, la había mecido en sus brazos, ofreciéndole consuelo mientras ella había llorado.

Vincenzo nunca se había sentido tan cercano a otro ser humano en toda su vida. Le había gustado tanto tenerla entre sus brazos… Luego, cuando la había llevado al hospital y ella había averiguado que su madre había muerto tras haber sido golpeada en la cabeza por el mástil, se había echado a sus brazos una vez más.

En ese momento, Vincenzo había comprendido que Abby había significado mucho más para él de lo que podía expresarse con palabras. Su relación había cambiado a partir de ese día, en el que él había descubierto que no concebía la vida sin ella.

Abby había estado hundida por la muerte de su madre y lo único que él había podido hacer había sido abrazarla, sin decir nada, mientras el padre de ella había estado sedado, también presa del dolor.

Hacía unas pocas horas, delante de la reina, ambos habían revivido aquel día. El relato de Abby y la forma en que le había expuesto su alma a la madre de Michelina le habían llegado al corazón a Vincenzo. Por eso, había decidido romper una de sus propias reglas y recogerla en el trabajo.

Bianca había puesto a Abby en una situación muy desagradable. Y él no quería dejarla sola hasta asegurarse de que estuviera bien.

–He venido para saber cómo te ha ido el día.

–He estado muy preocupada por ti. Y es evidente que la reina está pasándolo muy mal –reconoció ella–. A mí me ha ido bien. El trabajo es mi refugio de todos los problemas.

–La reina acaba de regresar a Gemelli. Tiene muchas cosas que pensar –informó él.

Sin duda, lo encantadora que era Abby, junto a su conmovedora sinceridad, habían sorprendido a la madre de Michelina y le habían dado material de sobra para reconsiderar las cosas, pensó él.

–Pobrecilla. Esperemos que deje de lado sus prejuicios y se permita

a sí misma disfrutar de estos momentos tan especiales.

Vincenzo nunca había conocido a nadie tan dulce como Abby…

–Tú eres quien me preocupa. Me duele que ya no tengas a tu madre como confidente –indicó Vincenzo. Las duras palabras de Bianca habían desatado sus instintos más protectores. Sin embargo, y muy a su pesar, él ansiaba hacer algo más que consolarla…

–Pero tengo a mi padre y os tengo a ti y al médico. ¿Qué más puedo pedir?

–Si la reina te ha ofendido en algo, lo siento. Pero te prometo que todo irá bien cuando llegue el momento.

–Eso creo. ¿Te ha dicho algo más?

–No, pero su hijo Valentino y yo somos buenos amigos. Me ha prometido que nos mantendremos en contacto –aseguró él–. Pero cambiemos de tema.

–Corres un gran riesgo, Alteza. No deberían verte conmigo –dijo ella.

–La limusina tiene cristales tintados –repuso él. Al mismo tiempo, no pudo evitar sentirse culpable, pues la reputación de ella también estaba en juego.

–Cuando hay tantos agentes de seguridad, la gente empieza a sospechar que hay alguien importante en el coche. Déjame bajar.

Vincenzo no tenía ninguna intención de hacerlo.

–Es demasiado tarde.

–Después de mi entrevista con la reina, comprenderás mis temores.

–Después de haber visto cómo te ha tratado, no puedo evitar estar preocupado por ti. No merecías que te hablara así y quiero compensarte por ello.

Capítulo 4

–VAMOS en dirección contraria al palacio.

Vincenzo ignoró el comentario de Abby.

–Anoche no cenaste bien. Hoy pretendo remediarlo y llevarte a un sitio muy especial para celebrar el Festival del Limón y la Naranja. No te preocupes –indicó él cuando vio que lo miraba con ansiedad–. Entraremos por una puerta privada y comeremos en un salón solos tú y yo, donde mi propia gente nos servirá.

–Sé por qué estás haciendo esto, Vincenzo, pero no es necesario.

–¿Desde que estás embarazada puedes leer la mente?

–Solo quería decir… –balbuceó ella, dudando si él estaba bromeando o si su comentario lo había irritado.

–Solo querías decir que no esperas favores especiales por mi parte –adivinó él–. Dime algo que no sepa.

–Te he molestado. Lo siento.

–Abby… tenemos que hablar. A causa del sacrificio que has hecho por Michelina y por mí, te estás viendo privada de tener vida social. Deberías salir y pasarlo bien. No dudo que debes de tener muchos admiradores. No es necesario que te diga que eres una mujer muy hermosa.

–Gracias por el cumplido –dijo ella, sorprendida por el comentario del príncipe.

–¿No te habrá molestado?

–¡Claro que no!

–Bien. Entonces, tienes que comprender que nuestra relación debe ser equilibrada. No puedo ser yo el único que se lleva los beneficios, mientras tú sufres los contratiempos de estar embarazada y no poder compartirlo con nadie.

En el pasado, cuando había sido una niña, Vincenzo había sido su mejor confidente. En aquellos tiempos, habían hablado de casi todo. Sin embargo, el presente era distinto y no podía admitir que no solo disfrutaba de su compañía, sino que lo necesitaba.

Mientras, el coche los llevó montaña arriba por un camino serpenteante. Enseguida, se detuvieron delante de un funicular.

Vincenzo se bajó de la limusina y le abrió la puerta para ayudarla a salir. Acompañados de un par de agentes de seguridad, se subieron a uno de los bancos del funicular, se abrocharon los cinturones y emprendieron la subida.

–Hay un restaurante pequeño y precioso dos kilómetros arriba, con vistas al Mediterráneo. Mientras comemos, podemos ver los fuegos artificiales del pueblo.

Durante sus años de adolescencia, Abby había tenido la ridícula fantasía de salir con el príncipe, pero ninguno de sus sueños podía compararse a la noche que tenían por delante. Sin duda, aquel era el momento más emocionante de su vida.

Sin embargo, había un problema. Mientras Vincenzo solo pretendía ofrecerle una velada especial para resarcirla porque no podía tener vida social por el momento, ella no podía olvidar que estaba encinta con el bebé que Michelina y él habían concebido. La mujer a la que él había amado había muerto y lo había dejado desolado.

Abby recordó la noche del funeral de Michelina, cuando había vagado por el patio de sus aposentos, llena de dolor. Entonces, la había llamado su amiga Carolena.

–¿Abby? Quería saber si estabas bien…

–Sí –había murmurado Abby, secándose las lágrimas con la mano.

–No, no lo estás. No puedo ni imaginarme cómo puedes con todo esto.

–La verdad, no muy bien.

–Habla conmigo. Sé que me dijiste que no puedes salir de palacio hasta mañana y que yo tampoco puedo visitarte, así que tendrá que bastarnos el teléfono. ¿Has hablado con Vincenzo desde el accidente?

–Sí. Vino a verme un minuto anoche. No te lo vas a creer, pero estaba preocupado por mi bienestar.

–Sí me lo creo. Saber que estás embarazada de su hijo debe de ser lo único que le anima a seguir adelante. Nunca había visto nada tan emotivo en mi vida como el funeral, con el caballo de la princesa engalanado con flores, junto a ese príncipe tan imponente. Acabo de ver en el quiosco un periódico de cotilleos con el titular «El príncipe de los sueños de toda mujer, de luto».

–Los medios de comunicación van a convertir esto en un circo –se lamentó Abby, apretando los ojos. Se preguntarían quién iba a ser la siguiente princesa y no dejarían de especular al respecto. Sin querer, los mismos pensamientos bombardeaban su mente, sobre todo, el de si su nueva esposa aceptaría el bebé que ella estaba esperando.

En el presente, siete semanas después, allí estaba Abby, con el príncipe de los sueños de toda mujer, dirigiéndose a lo alto de la montaña.

–¿Entramos? –preguntó Vincenzo con voz aterciopelada.

–Ah… ¡Sí!

Abby había estado tan inmersa en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que habían llegado. Después de salir del funicular, atravesaron unas puertas y un pasillo, hasta llegar a una terraza donde

había una mesa adornada con velas.

–Qué panorama tan increíble –comentó ella, embelesada con las vistas.

–Sí –murmuró él, mientras la ayudaba a sentarse.

Cuando el príncipe le rozó el hombro de forma accidental, Abby se sintió recorrida por una corriente eléctrica. Lo que sentía por él era tan intenso que la asustaba.

Sirvieron zumo de uva de un viñedo vecino, seguido de canapés y un delicioso cordero asado con guisantes del huerto del restaurante. Abby sabía que el chef había preparado la comida siguiendo las indicaciones del príncipe, y se lo comió todo.

–¡Está delicioso!

–Esta noche tienes apetito. Eso es bueno. Tendremos que repetirlo a menudo –comentó él, sonriendo.

No, no, no, se dijo Abby.

–Si comiera aquí todas las noches, me pondría gorda como una vaca.

–¿Eso crees? –replicó él, riendo.

–Lo sé.

Abby degustó una tarta de limón para postre, mientras él tomaba café.

–¿Puedo hacerte una pregunta personal?

–¿Qué te gustaría saber? –inquirió ella a su vez, temiendo decir cualquier cosa que pudiera dejar al descubierto el remolino de sentimientos que se agolpaba en su pecho.

–¿Ha habido algún hombre importante en tu vida? Y, si es así, ¿por qué no te has casado con él?

«Sí, lo tengo delante», pensó ella y se sonrojó al instante.

–He tenido algunos novios, pero la carrera de Derecho no te deja mucho tiempo para tener vida social.

–Te entiendo –dijo él–. Nunca hemos hablado de esto, pero tengo una curiosidad. ¿No querías que tu primer embarazo fuera de un hijo tuyo?

Abby contuvo un gemido. En sus años de adolescencia, había fantaseado con casarse con él y tener un hijo suyo. Y el destino le había hecho estar embarazada de un bebé del príncipe. Pero ella no era la madre. Era un sueño hecho realidad, aunque a un alto precio.

–Bueno… –comenzó a decir ella y tragó saliva–. Siempre he querido tener hijos. Nunca he dudado de que se me daría bien. A pesar de que mi madre murió cuando yo era muy joven, tuve una infancia muy feliz. Fue una madre maravillosa, cálida, amable, encantadora, divertida. Aun así, tener un hijo no es mi único objetivo –confesó–. Siempre he visto la maternidad como el resultado de tener una relación basada en el amor, como la que tuvieron mis padres.

Carolena me ha dicho muchas veces que no es más que una excusa porque, para mí, ningún hombre podrá equipararse a mi padre. Igual tiene razón.

La verdad, pensó Abby, era que ningún hombre podía igualar a Vincenzo y esa era la razón por la que no había podido interesarse por nadie más.

–Tu padre es un hombre afortunado por haber tenido una esposa y una hija que lo han querido tanto.

–Michelina te amaba a ti de la misma manera.

–Sí.

–Y tu hijo también te querrá.

El príncipe bajó los ojos, sin decir nada.

En ese momento, empezaron los fuegos artificiales, llenando el cielo de color. Sin embargo, Abby no podía apreciarlos del todo, porque sentía que cierta tensión había surgido entre ellos. De pronto, Vincenzo parecía decaído. El terreno que pisaban era demasiado resbaladizo y ella estaba hecha un manojo de nervios.

–Quizá venir a cenar no ha sido buena idea para ti, Alteza.

–¿Por qué no me llamas Vincenzo?

De nuevo, Abby tuvo la sensación de que lo había molestado y eso era lo último que deseaba hacer.

–Todavía estás guardando luto por tu esposa. Aprecio mucho este gesto, pero es pronto para que salgas y hagas las cosas que solías hacer con ella –comentó Abby, sintiendo que para ella tampoco era un plato de buen gusto–. ¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí con ella?

–Michelina nunca estuvo aquí conmigo –confesó él con expresión distante y sombría.

–Entiendo –repuso ella, preguntándose por qué–. Sin embargo, salir en una noche como esta debe de traerte recuerdos…

–Hoy, cuando inauguré el festival, podía percibirse la primavera en el aire –dijo él tras unos momentos–. Esta noche, también. Siento que es tiempo de nuevos comienzos –afirmó, mirándola a los ojos–. Tú y yo estamos juntos en un viaje que es nuevo para ambos. Quiero dejar el pasado atrás y disfrutar del futuro que se nos presenta.

–Tu bebé nacerá pronto y será un futuro maravilloso.

–Todavía quedan unos meses, meses en que también tú deberías disfrutar. Quiero ayudarte. ¿Qué te parece?

A Abby le parecía que Vincenzo no quería hablar de su mujer, pues le resultaba demasiado doloroso y necesitaba evadirse. Por supuesto, era comprensible. ¡Pero ella no podía satisfacer esa necesidad!

–Ya estoy disfrutando aquí y ahora. Gracias por una velada inolvidable.

–De nada. Quiero que salgamos más.

–No podemos, Vincenzo. La gente se dará cuenta y murmurarán.

El silencio cayó sobre ellos, mientras los fuegos artificiales seguían pintando el cielo.

Pronto, emprendieron el camino de bajada en el funicular, mientras Abby seguía sumida en sus pensamientos. Cuando el médico le había comunicado que estaba embarazada, se había llenado de excitación. No obstante, en esos momentos, se sentía un poco como en una montaña rusa. Si quería bajarse del tren, ya era demasiado tarde. Solo podía aguantar las curvas durante treinta semanas más.

Solo había podido contarle lo de su embarazo a Carolena. Ella sabía que podía confiar a ciegas en su mejor amiga. Además, había necesitado poder compartir la noticia con alguien.

El día en que Abby había ido a buscarla a su despacho y le había propuesto hacer una pausa del trabajo, su amiga Carolena había levantado la vista de su mesa y había sonreído.

–¡Genial! Necesito tomarme un respiro.

–Me alegro, porque tengo algo que decirte que no puedo seguir ocultando más tiempo. Si no te lo cuento, explotaré –había dicho Abby y había cerrado la puerta, antes de sentarse delante de su amiga.

–Tiene que ser algo serio. Estás sonrojada. ¿Has ganado el caso Giordano? ¿Abrimos una botella de champán?

–¡No! Esto no tiene nada que ver con el trabajo –había respondido Abby. De hecho, no podría tomar champán durante los siguientes nueve meses–. Lo que voy a decir no puede salir nunca de esta habitación.

Al instante, Carolena había esbozado un gesto serio, asintiendo.

–Voy a tener un bebé –había susurrado Abby.

La cara de perplejidad de su amiga lo había dicho todo, antes de que se acercara a Abby para ponerse en cuclillas delante de ella.

–¿De quién?

Había sido una pregunta legítima. Aunque Abby había recibido algunas invitaciones a salir en los últimos tiempos, no había aceptado ninguna. Ningún hombre le había interesado y, además, había querido centrarse en el trabajo y en estudiar en sus horas libres, para seguir ascendiendo en la empresa.

–De Sus Altezas los príncipes.

Carolena había fruncido el ceño.

–¿Quieres decir que…?

–Del príncipe Vincenzo y la princesa Michelina.

–Abby… –había balbuceado Carolena tras un momento de silencio.

–Sé que es difícil de comprender.

–Pero tú…

–Sé lo que vas a decir. Es verdad que siempre querré al príncipe porque me salvó la vida, pero eso pasó hace once años, cuando yo

tenía diecisiete. Desde entonces, se ha casado y han pasado por tres abortos. El médico les sugirió que recurrieran a la inseminación artificial en el vientre de otra mujer.

–¿Qué?

–Tiene mucha lógica. A diferencia de lo que ocurre en la adopción, tanto Vincenzo como Michelina transmitirán sus genes al bebé. Además, se sentirán parte de la experiencia desde el principio.

–Pero tú no puedes hacerlo porque no has tenido nunca un hijo.

–Hay algunas excepciones, y yo soy una de ellas.

–¿Así que te has ofrecido sin pensar en el sacrificio que significaría para ti? –había adivinado Carolena, poniéndole la mano en el brazo.

–Claro que no. Pero creo que es justo que le dé un hijo a cambio de que me salvara la vida, Carolena.

–Oh, Abby… eres una romántica. ¿Y si el embarazo se complica o si mueres en el parto? No quiero ni pensarlo…

–No va a pasarme nada –había asegurado Abby–. Siempre he tenido buena salud. Quiero darles este regalo. No he tomado la decisión a la ligera. Aunque a los doce años estaba enamorada del príncipe, esto no tiene nada que ver con ello. Además, desde que supe que estaba prometido con Michelina, dejó de atraerme.

Abby se atragantó al recordar aquellas últimas palabras. Vincenzo no solo le atraía, sino que lo adoraba. Sin embargo, debía ocultar sus sentimientos a cualquier precio.

Pronto, su embarazo llegaría a término y, aunque por una parte quería que el momento llegara cuanto antes, por otra, ansiaba disfrutar de cada segundo, ya que después del parto no volvería a ver a Vincenzo nunca más. Y esa era una idea que apenas podía soportar.

Cuando Abby pasó su examen de las ocho semanas, el doctor DeLuca la condujo a otra sala, donde Vincenzo estaba hablando con el psicólogo, el doctor Greco. Ambos se levantaron cuando ella entró.

Al ver a Vincenzo, el pulso se le disparó al instante. Aunque iba vestido de manera informal, con un traje color crema y una camisa marrón, tenía un aura especial, cargada de elegancia y sofisticación, que le daba todo el aspecto de un príncipe.

–¿Cómo está la señorita Loretto hoy, además de embarazada? –preguntó el psicólogo con una sonrisa.

–Me siento más pesada.

–Tienes un… rubor especial –comentó el doctor Greco.

–Bueno, sí me noto diferente –admitió ella.

Vincenzo la sonrió con la mirada. Cada vez que posaba los ojos en ella, Abby se derretía.

El doctor Greco se inclinó hacia delante.

–Desde que descubristeis que el embrión se implantó con éxito, ambos habéis experimentado un cambio fundamental en vuestras vidas. Tenéis mucho de qué hablar. Esperad un momento para que repase las notas que tomé en la última visita.

Abby evitó mirar a Vincenzo.

Recordó el momento en que los tres habían visto el embrión en la incubadora, justo antes de la implantación, y la cara de felicidad que habían tenido los príncipes.

El embrión había sido perfecto. Después, los médicos se lo habían insertado en el sitio exacto. Cuando la especialista en reproducción asistida se lo había comunicado a Michelina, a la princesa se le habían saltado las lágrimas de la emoción. También a Vincenzo se le habían empañado los ojos y, al ver su reacción, Abby se había contagiado. Había sido un momento indescriptible. Desde entonces, los tres habían trabajado en equipo, con el mismo objetivo.

Durante los once días en los que habían tenido que esperar para saber si el embarazo había salido adelante, Abby había tratado de desechar cualquier temor al fracaso. Había pretendido convertirse en fuente de apoyo y seguridad para la pareja real.

Cuando había recibido la noticia de que el bebé estaba creciendo sin contratiempos en su vientre, se había emocionado aún más y no le había importado que el niño no llevara sus genes. Solo había sentido una inmensa felicidad por la pareja que había tenido que pasar por tanto sufrimiento cuando habían visto frustrados sus anteriores embarazos.

Además, ese bebé sería algún día el heredero del trono de Arancia. Y para Abby había sido un honor y motivo de orgullo poder darles ese servicio a los príncipes.

Sin embargo, su mundo se había derrumbado al saber que Michelina había muerto.

–Antes de que entraras, Vincenzo me ha hablado de la entrevista que tuviste con su suegra –comentó el psicólogo–. Dice que te hizo sentir muy incómoda y piensa que deberías hablar de ello en vez de guardártelo para ti.

Abby se mordió el labio.

–Incómoda no es la palabra exacta. Aunque no tenía ni idea de que la reina tuviera tantos prejuicios, mi sentimiento más fuerte fue de tristeza por Vincenzo.

–Él piensa que va más allá que eso.

–¿En qué sentido? –preguntó Abby, mirando al príncipe.

–Adelante –dijo el psicólogo, indicándole a Vincenzo que contestara.

–Cuando salimos a cenar la otra noche, no eras la misma de siempre. ¿Por qué? –quiso saber Vincenzo.

–Hace meses, decidimos que teníamos que ser discretos –repuso ella,

rezando por no sonrojarse–. Desde que murió la princesa, he temido que, si nos veían juntos, la gente sacaría conclusiones equivocadas.

–La reina te hizo preocuparte por eso con sus comentarios, ¿verdad?

–Sí –reconoció ella.

–Abby… nuestra situación ha cambiado. Pero mi intención de acompañarte a lo largo de este embarazo es más fuerte que nunca –afirmó Vincenzo–. No quiero que te sientas sola. Pretendo hacer todo lo que Michelina pensaba hacer contigo y ofrecerte compañía. No quiero que tengas miedo, aunque la gente empiece a murmurar sobre nosotros.

Ella se estremeció.

–Tu suegra teme el escándalo. Lo adiviné en su mirada. Es evidente que, por eso, Michelina no le contó la verdad. La otra mañana, me di cuenta de que la reina se sorprendió cuando le conté que me habías salvado la vida y que vivo en el palacio desde los doce años –señaló Abby–. No es raro que piense que voy tras la herencia o, incluso, tras ti. Incluso temo que piense que soy tu amante y que el bebé no es nieto suyo.

–Sabía que eso era lo que te preocupaba la otra noche –susurró él.

–Ojalá Michelina hubiera hablado con su madre antes de su decisión de tener un hijo a través de mí –dijo Abby.

–Sí. Me duele que mi esposa siempre tuviera tanto miedo de su madre y no me confesara que no se lo había contado. Pero lo que está hecho, no puede cambiarse.

Abby miró al psicólogo.

–Vincenzo y Michelina se han adentrado en territorio nuevo para la realeza y ha sido gracias a mí. Por desgracia, la reina Bianca no lo aprueba. Temo que llegue a pedirme que ponga fin al embarazo –admitió Abby, mientras se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

–Eso nunca –aseguró Vincenzo con determinación–. Va a tener que aceptar la situación, porque, antes o después, la gente sabrá que esperas un hijo mío.

El psicólogo los observó a ambos con preocupación.

–Vincenzo tiene razón. Es bueno que los dos os hayáis sometido a la desconfianza y a los reparos de la reina, pues puede que mucha gente piense lo mismo que ella cuando la noticia se haga pública. Que yo sepa, ninguna pareja real del mundo ha pasado por el mismo proceso para tener hijos. Es un caso sin precedentes. Y, al mismo tiempo, es maravilloso, porque asegura la continuidad de la línea real.

–Mi dilema es este –señaló Vincenzo–. Antes de que muriera Michelina, yo pensaba mantener las distancias contigo, Abby. Pero eso ahora es imposible y no quiero que te sientas culpable. Por supuesto, tendremos cuidado, pero sin exagerar. Quiero asegurarme de que el bebé y tú no sufrís ningún estrés.

–Vincenzo tiene su parte de razón, Abby –opinó el médico.

Ella bajó la cabeza.

–Lo sé. Cuando decidí meterme en esto, sabía que había riesgos, pero el que ya no esté la princesa…

–Sí. Ya no está, pero todavía debes mantener tu noble objetivo en mente. Pronto serás libre para volver a vivir tu vida y las murmuraciones serán algo del pasado. ¿Hay algún otro tema del que te gustaría hablarme?

Sí, pensó Abby. Necesitaba pedirle consejo sobre cómo mantener distancia emocional con Vincenzo, mientras él tenía la intención de no despegarse de ella.

–No se me ocurre nada.

–¿Y a ti, Vincenzo?

El príncipe negó con la cabeza.

–Gracias por recibirnos. Hasta pronto –dijo Vincenzo, y se puso en pie–. Abby tiene que volver al trabajo y yo, también.

Los tres se estrecharon las manos y, acto seguido, Vincenzo y Abby se subieron a la limusina que los llevó a la oficina de ella en un santiamén. Él salió primero para abrirle la puerta.

–¿Tienes planes para esta noche, Abby?

–Sí –mintió ella–. Voy a ir al festival con Carolena.

–Bien. No te canses demasiado.

¿Cómo diablos iba a sobrevivir durante siete meses más así?, se preguntó Abby.

Vincenzo se quedó contemplándola un momento mientras ella se alejaba. Enseguida, se subió al coche de nuevo y pidió al chófer que lo llevara a palacio. Tenía una reunión importante con el ministro de Agricultura. Eso lo mantendría ocupado hasta que Abby saliera del trabajo.

Dudaba que fuera verdad que hubiera quedado con su amiga para salir. Abby era muy mala mentirosa. Tenía el presentimiento de que, después del trabajo, se limitaría a ir a su apartamento y sumergirse en uno de sus casos. Si estaba en lo cierto, la llevaría a dar un paseo por la playa.

Era increíble pensar que la chica que había salvado de la muerte hacía once años se había convertido en una mujer impresionante en todo el sentido de la palabra. Y estaba embarazada de su hijo.

A pesar de que había habido otras candidatas, en cuanto se había enterado de que Abby había sido una de ellas, Vincenzo había tomado la decisión en el acto. Porque tenía un vínculo especial con ella y la conocía muy bien.

Gracias a ella, tendría un hijo en noviembre. Y, después de haberse

quedado viudo, era un milagro que necesitaba más que nunca, pensó, apretando los ojos. Pero también necesitaba a Abby…

Capítulo 5

–ACABAS de recibir un mensaje del tribunal del juez Mascotti. Tu caso para el señor Giordano acaba de ser citado para el 4 de junio –le informó a Abby Bernardo, su asistente personal.

–¿Tan pronto?

–A mí también me ha sorprendido.

–Genial. Llamaré a mi cliente para informarle.

Esa clase de buenas noticias le ayudó a que el día se le pasara volando. A las cinco y media, se despidió de Carolena, que había quedado con un amigo, y se apresuró hacia la limusina, intentando no sentirse culpable por haberle mentido a Vincenzo respecto a sus planes para la noche.

Cuando llegó al palacio, se fue directa a sus aposentos, una de las mejores suites del palacio, con vistas al mar. Hacía nueve semanas, se había mudado allí trasladándose de la casita donde su padre vivía.

Su dormitorio estaba pintado de blanco y color limón, a juego con los limoneros y los naranjos que había en los jardines. Aquel paraíso sería suyo hasta que naciera el bebé. Vincenzo le había dicho que podía moverse libremente por el palacio hasta entonces.

El príncipe siempre había sido muy generoso con ella. Años atrás, cuando le había mencionado que había querido una bici y que había esperado que sus padres se la regalaran por Navidad, él se la había regalado al día siguiente.

Habían montado mucho en bici juntos por los enormes jardines de palacio y habían echado carreras. A veces, él la había dejado ganar. Abby se preguntó qué diría el médico si se fuera a montar en bicicleta en su estado. Si le daba permiso, ¿querría Vincenzo acompañarla? A ella le encantaría pero… ¡no debía desear esas cosas!

Después de picar algo, decidió darse un baño en la piscina de palacio e informó a Angelina de que cenaría más tarde.

Cuando se hubo recogido el pelo en un moño alto, se puso un albornoz encima del biquini y se dirigió hacia allá. Al llegar al patio donde estaba la piscina, vio a Piero Gabberino quitando las malas hierbas de un macizo de flores.

–¡Hola, Piero!

–¡Eh, Abby!

El guapo hijo del jefe de jardineros, que iba a casarse pronto, siempre había sido muy amistoso con ella. Se conocían desde hacía

años y solían charlar un rato cada vez que se encontraban.

Tres semanas atrás, ella había invitado a Piero y a su prometida a comer en su patio. La joven pareja estaba tan emocionada por su próxima boda que era divertido estar con ellos.

–Solo queda una semana para la boda, ¿verdad?

–Sí –respondió Piero con una sonrisa.

Abby se quitó el albornoz y se zambulló en el agua, acercándose para poder hablar con Piero.

–Me alegro mucho por ti. Gracias por la invitación. No me perderé la ceremonia en la iglesia.

Piero se acercó al borde de la piscina y se puso de cuclillas.

–Gracias por la comida. Isabella siempre había querido venir a palacio y ver dónde trabajo.

–Es un sitio precioso porque tu padre y tú habéis mantenido los jardines de maravilla.

–Gracias.

–¿No es un poco tarde para trabajar ahora?

–Hoy he tenido clases todo el día –contestó Piero, que había empezado a ir a la universidad.

–Sé a lo que te refieres. ¿Habéis encontrado piso Isabella y tú?

–Hace dos días. Pronto, pensamos invitarte a cenar.

–Me encantaría.

–¡*Buonasera,* Piero!

Al oír la voz de Vincenzo, a Abby le dio un vuelco el corazón. Se giró de golpe, al mismo tiempo que el jardinero se incorporaba.

–¡Alteza! Me alegro de verlo. Bienvenido a casa.

–Gracias. Tienes buen aspecto.

–Y usted. Quiero aprovechar este momento para decirle que siento mucho lo de la princesa. Todos lo hemos sentido.

–Agradezco tus palabras.

Abby sabía que Vincenzo solía nadar por las tardes en el mar y, por las mañanas, en la piscina. En ese mismo momento, acababa de sorprenderla en su mentira.

Estaba imponente con su bañador negro y una toalla alrededor de los hombros. Parecía un dios mediterráneo de la época clásica.

–No quería molestaros –dijo Vincenzo, mirando a ambos.

–Yo ya me iba. Si me disculpa, Alteza… –dijo Piero, hizo una pequeña reverencia y se fue a recoger sus cosas para marcharse.

Abby nadó al otro lado de la piscina, intentando pensar en una excusa que explicara por qué no había salido con Carolena. Entonces, oyó cómo Vincenzo se zambullía. Al instante, él sacó la cabeza del agua, a su lado.

–¿Por qué me dijiste que tenías planes con Carolena? –preguntó él, mirándola a los ojos con intensidad–. Es obvio que querías volver a

casa cuanto antes para ver a Piero. Mis disculpas, si he interrumpido algo. Los dos parecíais muy a gusto.

A ella se le aceleró el corazón. ¿Estaba celoso? Pero aquello era absurdo…

–Antes de terminar de trabajar, Carolena me dijo que tenía que reunirse con un amigo, así que decidimos quedar mañana en vez de hoy –señaló Abby, pensando que, en cuanto viera a su amiga, le propondría hacer planes para el día siguiente.

–¿Hace mucho tiempo que eres amiga de Piero? –insistió él.

–Hace unos años. Habla mentonasco y ha sido un buen maestro para mí. Yo, a cambio, le he ayudado con sus clases de Derecho, aunque no necesita mucha ayuda.

–¿Quiere ser abogado? –preguntó el príncipe, arqueando las cejas sorprendido.

–Es su deseo desde que era niño. Su padre siempre le ha insistido en que estudiara. Es un estudiante muy brillante.

–Estoy impresionado.

–Va a casarse la semana que viene. El otro día, conocí a su novia. Los tres cenamos juntos aquí. Me han invitado a la boda.

Vincenzo se pasó la mano por el pelo.

–Parece que han pasado muchas cosas sin que yo me diera cuenta.

–Estás muy ocupado en dirigir el país. ¿Cómo ibas a saberlo? No olvides que yo he vivido en la zona de servicio de palacio durante años y soy amiga de todos los que trabajan aquí. Cuando era pequeña, los jardineros me ayudaban a encontrar el gato de mi madre, que se iba de fiesta por las noches y no quería volver a casa.

Cuando Vincenzo sonrió, ella se derritió sin remedio.

–A veces, me traían algún animalito o un pajarito herido para que lo cuidara. El padre de Piero solía llamarme «pequeña enfermera».

Él la recorrió con la mirada con ojos llenos de ternura.

–De todas maneras, debería haber sido más observador.

–Es normal que un príncipe tenga otras ocupaciones más elevadas, como mantener el bienestar del país.

Vincenzo rio.

–De todos modos, siempre te ha gustado estar en todo –continuó ella–. ¿Recuerdas el día que encontré un gorrión muerto y tú me ayudaste a preparar un funeral para enterrarlo?

Él asintió.

–Estabas tan triste, que tenía que hacer algo.

–Fue un funeral maravilloso –recordó ella–. Incluso recitaste una pequeña plegaria. Nunca lo olvidaré –añadió con voz temblorosa–. Dijiste que algunos ángeles cuidan a los pájaros y que, si no pueden salvarlos, ayudan a disipar la tristeza de los niños.

–¿Yo dije eso? –preguntó él, arqueando las cejas.

–Sí. Fuiste un gran consuelo para mí –reconoció Abby. Lo cierto era que el príncipe siempre había sido un gran consuelo para ella.

–Gracias por tu halago, aunque no lo merezco.

–Es la verdad. Tengo un cuaderno de recortes como prueba –confesó ella, sin poder contener las palabras. Al notar que se estaba poniendo colorada, se sumergió para bucear, con la esperanza de que el agua fría le bajara los colores. Al sacar la cabeza, él estaba allí, a su lado.

–¿Sabías que no es de buena educación echarle una carrera a una mujer embarazada y ganar?

–¿Y tú sabes que no es de buena educación provocar a alguien y salir corriendo?

Touché.

–¿Cuándo vas a enseñarme ese cuaderno?

–Planeo enviártelo como regalo de bautizo de tu hijo –afirmó ella, tomando la decisión en ese mismo instante–. Los recortes e imágenes en los que salís tu esposa y tú serán especialmente preciosos para vosotros. Seguro que para el niño serán como un tesoro.

Abby se dio cuenta de que él contraía el rostro, tenso.

–¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

–Desde que llegamos de Estados Unidos.

–¿Tanto?

–Toda niña crece soñando con príncipes, princesas y palacios. Pero mi sueño se hizo realidad. Por eso, decidí que quería guardar recuerdos de todo, para que un día pudiera demostrarle a mi hijo o hija que viví una vida de cuento de hadas –explicó ella–. Pero ahora que eres tú quien va a tener un bebé, eres quien debe tenerlo. La historia de tu vida significará mucho para él. Cuando yo era pequeña, me pasaba horas viendo los álbumes de fotos de mis padres.

Vincenzo estaba embobado. La noche había caído sobre palacio y, bajo las luces del patio, no podía dejar de admirar la belleza de Abby. Pero había mucho más que lo que podía contemplarse en el exterior, una luz interior que la convertía en la mujer más hermosa que había visto jamás.

Se preguntó qué diría ella si le confesaba sus pensamientos…

Por supuesto, no podía hacerlo. Sin embargo, era como si se acabara de despertar tras cien años de sueño. Estaba empezando a sentirse vivo de veras, con emociones por completo nuevas para él.

–Estoy deseando que llegue ese día, Abby.

–No eres el único –aseguró ella con una encantadora sonrisa.

–¿Nadamos un par de largos antes de cenar? Me ha dicho Angelina que todavía no has cenado, así que he pedido que nos sirvan la comida aquí, en el patio –indicó él–. Prometo nadar a tu ritmo.

–Gracias por apiadarte de mí –bromeó ella y empezó a nadar.

Vincenzo nadó a su lado, disfrutando como un niño de esos momentos a solas con ella. No había tensión, solo una apacible serenidad. Incluso se sentía culpable de no sentirse culpable… Se preguntó si albergaría los mismos sentimientos si Abby no estuviera embarazada, pero no era una pregunta justa. Con la muerte de Michelina, era natural que fuera más protector con ella, ya que no tenía ninguna mentora femenina para apoyarla.

Para su sorpresa, por otra parte, le había molestado encontrarla hablando y riendo con Piero. ¿Por qué se había sentido así? ¿Acaso se estaba volviendo posesivo con ella?, caviló él.

No había podido dejar de darle vueltas a la cabeza al comentario que ella había hecho acerca de que ningún hombre había estado a la altura de su padre. Se preguntaba si alguna vez se habría acostado con alguno de sus novios. Si la respuesta era no, compartía en cierto modo la opinión de su suegra respecto a que aquel embarazo era antinatural.

¿Qué pensaría él cuando Abby se casara, después de que hubiera llevado a su hijo en el vientre?, se preguntó Vincenzo. Cuando ese día llegara, ¿aceptaría el hombre de su vida que hubiera dado a luz al bebé del príncipe?

Cuantas más vueltas le daba al tema, más perdido se encontraba.

Al ver a Abby subir las escaleras para salir de la piscina, el corazón le dio un vuelco. Su plano vientre se había abultado un poco, aunque todavía era pronto para adivinarse su embarazo.

Sin embargo, Vincenzo no tenía que adivinarlo. Él lo sabía.

Después de haber leído el panfleto que Abby le había dado, había aprendido que podía empezar a notarse alrededor de las doce semanas. Michelina había perdido sus tres embarazos en ese momento, así que nunca había visto a su esposa con cuerpo de mujer encinta.

Al imaginarse a Abby de esa manera, su excitación creció, junto con su impaciencia. ¿Y ella? ¿Qué sentiría? ¿Tendría ganas de verse toda hinchada?

Una mujer que nunca había dado a luz antes a un hijo propio, sin duda, tenía que experimentar cambios físicos y psicológicos importantes después del parto, aunque no fuera de su propio bebé. El príncipe comprendía que no fuera un procedimiento legal en muchos países. Michelina y él debían de haber estado demasiado cegados por su propio deseo de felicidad, tanto como para permitir que Abby pasara por aquello.

Una profunda sensación de culpa lo invadió. Necesitaba explorar aquellas inquietudes en más profundidad con el doctor Greco, pues estaba preocupado por el bienestar de Abby. Ella tenía que renunciar a estar con ningún hombre hasta que el bebé naciera. Eso implicaba

que, tal vez, estaba renunciando a posibles maridos. Para colmo, imaginársela casándose con otro, le irritaba sobremanera. ¿Qué diablos le pasaba?

Abby se puso el albornoz encima de su biquini verde y se sentó para cenar.

–Qué dulce está este melón.

–Me han dicho que es muy bueno para las embarazadas.

–Me estás malcriando, que lo sepas.

–Esa era la idea. Estás haciendo algo que nadie debería haberte pedido que hicieras –afirmó él.

–Lo he hecho porque yo he querido, Vincenzo –aseguró ella.

–Pero nunca antes has estado embarazada. Mi mujer y yo hemos sido demasiado egoístas.

Michelina había sido egoísta porque había querido tener un hijo por encima de todo. Y él, porque había querido que Abby fuera la mujer que diera a luz a su bebé.

–Ya sé que nunca vas a admitirlo delante de mí, pero estoy seguro de que te has arrepentido mil veces de tu decisión –señaló él.

–¡Déjalo, Vincenzo! –pidió ella, dejando su cubierto en la mesa.

Escucharla decir su nombre era como música para los oídos de él.

–Conoces la razón por la que accedí y te equivocas respecto a mis sentimientos –dijo ella–. ¿Por qué no seguimos el consejo del doctor Greco y dejamos de sentirnos culpables? Es un caso sin precedentes, de acuerdo, pero es algo maravilloso que va a darte un hijo o una hija. Tenemos que mantener en mente ese objetivo.

–¡Está bien! –exclamó él y respiró hondo–. Pero tengo que decirte que eres la persona más valiente que he conocido jamás.

–Después de ti, querrás decir. No olvidemos que fuiste tú quien entró en esa cueva para buscarme durante la más feroz de las tormentas que ha azotado Arancia en muchos años. Ni siquiera los guardacostas se atrevieron a realizar una hazaña así –apuntó ella–. Su obligación era protegerte a ti. En vez de eso, tú arriesgaste tu vida para salvarme. Así que estamos en paz.

–De acuerdo –admitió él, alzando su vaso–. ¿Hacemos una tregua?

–Por la tregua –repitió ella, chocando su vaso con el de él.

Después de que Abby bebiera un trago, Vincenzo adivinó que tenía algo más en la cabeza.

–¿Qué más ibas a decir?

–¿Cómo sabes que iba a decir algo? –preguntó ella, sorprendida.

–Un presentimiento.

Abby guardó silencio un momento.

–Hoy ha ocurrido un pequeño milagro. Me han informado de que el

juez Mascotti va a ver el caso de Giordano dentro de menos de un mes. Yo esperaba que no fuera antes de seis meses –comentó ella, posando en él sus brillantes ojos azules–. ¿Quién crees que es responsable de ello?

–No tengo ni idea.

–Mentiroso.

Nadie se había atrevido a llamarle mentiroso jamás. Pero no había nadie como Abby, se dijo él.

–Te estoy muy agradecida. Es el caso más importante que he llevado por ahora.

–Apuesto a que lo ganas.

–Por favor, no apuestes mucho.

Él sonrió. Entonces, se dio cuenta de que Abby se cerraba un poco más el albornoz, como si tuviera frío.

–Está refrescando. Además, mañana tienes que trabajar. No quiero entretenerte más.

–Gracias por la compañía y por la cena –dijo ella, poniéndose en pie–. Después de que me hayas ayudado a acelerar la vista del caso, solo puedo esperar que el juicio salga bien. *Buonanotte*, Vincenzo.

Su marcha dejó al príncipe con una sensación de pérdida. Mientras iba de camino a sus aposentos, telefoneó a Marcello.

–He recibido una invitación por correo para la boda del hijo de Luigi Gabberino. ¿Puedes informarme de los detalles?

–Sí, Alteza, un momento –repuso su asistente–. El viernes a las cuatro en punto, en la iglesia de San Pietro.

–Gracias. Ponlo en mi agenda. Voy a ir.

–Me temo que se solapa con otra cita. Ha quedado con el ministro de Educación a la misma hora.

–Bueno, haré que la reunión sea corta.

–De acuerdo, Alteza.

El viernes, Abby salió del trabajo a las tres y media para llegar a la iglesia a las cuatro. Se había puesto un conjunto nuevo de diseño, de seda azul. La blusa tenía cuello a la caja y la falda plisada estaba adornada con cuentas plateadas, a juego con las sandalias de tacón bajo que había elegido para la ocasión.

Se había recogido el pelo en un moño y, tras retocarse el maquillaje antes de salir de la oficina, se había puesto un sombrero de ala ancha con una flor plateada de seda, del mismo color que el bolso. Al salir, sus compañeros de trabajo la habían piropeado y su amiga Carolena le había guiñado un ojo y le había dicho que estaba perfecta.

En la calle, varios hombres le dedicaron silbidos y algún que otro grito de *bellísima*. Abby se rio. ¡Qué día tan bonito para una boda! El

cielo estaba despejado y había una suave brisa del Mediterráneo.

La limusina la llevó hasta la iglesia de San Pietro. Allí siguió a un grupo de gente dentro y tomó asiento entre los invitados. Reconoció a algunos empleados de palacio y, por supuesto, a la familia de Piero.

Antes de que comenzara la ceremonia, todo el mundo se giró hacia una puerta lateral. Cuando Abby vio entrar a Vincenzo, rodeado por sus guardaespaldas, se le aceleró el pulso al instante. El imponente príncipe de Arancia, vestido con un traje color gris perla, dejó sin respiración a todas las asistentes femeninas. De inmediato, se sentó en uno de los laterales.

Los padres de Piero debían de sentirse muy honrados. Aquella era la segunda vez que el príncipe se había tomado la molestia de hacer algo que no estaba en su agenda real. La primera, por supuesto, había sido hablar con el juez Mascotti para que atendiera el caso de Abby antes de lo previsto.

Vincenzo era una persona muy considerada. Ningún hombre de los que Abby había conocido estaba a su altura. Ella sabía que le estaba tan agradecido porque estuviera embarazada de su hijo que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para demostrárselo. Era algo a lo que tendría que acostumbrarse. Cuando él se proponía algo, lo hacía en cuerpo y alma.

Abby se pasó la siguiente hora lanzándole miradas furtivas, mientras Piero y su prometida intercambiaban sus votos. Cuando terminó la ceremonia, Vincenzo salió por la puerta lateral, mientras ella acompañaba a la multitud hacia la plaza, para felicitar a la radiante pareja.

Después de haberles dado un abrazo a los recién casados, Abby se dispuso a subir a su limusina, pero uno de los guardaespaldas del príncipe la detuvo.

–*Signorina* Loretto, por favor, ¿puede acompañarme?

Con el corazón acelerado, lo siguió al otro lado de la iglesia, hasta otra limusina, donde sabía que estaba Vincenzo. Cuando iba a subirse, la brisa amenazó con quitarle el sombrero y le levantó la falda hasta los muslos, mientras ella intentaba sujetársela.

Los ojos de Vincenzo, llenos de admiración masculina, no perdieron ni un detalle. Ella contuvo la respiración al verle esbozar una sutil sonrisa.

Cuando se sentó, el príncipe le entregó el bolso, que se le había caído al sujetarse la falda.

–Gracias –susurró ella.

–Estás tan hermosa que podrías ser tú la novia. No podemos dejar que un conjunto tan bonito se malgaste. ¿Qué te complacería hacer?

Abby no se atrevió a pensar en una respuesta sincera…

–La verdad es que ha sido un día muy largo. Estoy deseando llegar a

palacio y poner los pies en alto, aunque no suene demasiado elegante.

–Entonces, eso haremos –afirmó él, informó al chófer y se recostó en el asiento con pose relajada–. Me ha gustado la boda.

–Y a mí. Piero estaba radiante. Casarse le hacía muy feliz, pero sé que tu presencia ha sido el mejor regalo. Ha sido muy amable por tu parte, Vincenzo.

–Tengo que darte las gracias por habérmelo recordado. Ahora, concentrémonos en cuidar de ti. Cuando lleguemos a palacio, cenaremos en tus aposentos y veremos la película que he pedido.

–Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer –repuso ella con el pulso acelerado.

–Esta noche, no –negó él con un extraño brillo en los ojos–. Me gustaría relajarme. Mañana, tengo que salir con mi padre para visitar a mi tía en Francia. Iremos a otra boda y nos tomaremos unos días de vacaciones.

–Es verdad. Tu padre suele ir en esta época del año.

Él asintió.

–No sé cuándo volveremos, pero te prometo que estaré aquí para acompañarte a la cita que tienes con el médico en junio.

Junio… Pensaba estar fuera unas semanas por lo menos, se dijo Abby, tratando de ocultar la desesperación que la invadió de pronto al imaginarse tanto tiempo sin él.

–Iré a tu suite dentro de media hora, a menos que necesites más tiempo –indicó él, cuando llegaron a palacio.

–Como siempre tienes buen apetito, supongo que treinta minutos es lo máximo que debería hacerte esperar para la cena.

Tras derretir a Abby con una radiante sonrisa, Vincenzo salió del coche. Al llegar a sus aposentos, ella se quitó el sombrero, se puso unos vaqueros y una camiseta rosa de manga corta y se soltó el moño, mientras recordaba los ojos de Vincenzo cuando se había subido a la limusina en la iglesia. Él la había mirado como si…

El príncipe era un hombre, después de todo, y no había podido evitar mirar cuando se le había subido la falda, se dijo, furiosa consigo misma por haber querido interpretarlo como algo más.

Entonces, su mente vagó hacia el viaje que Vincenzo iba a hacer con el rey. Acababa de regresar de un viaje de semanas, así que dudaba que necesitara más vacaciones. Lo más probable era que el rey y su tía quisieran presentarle a alguien. Con un bebé en camino, necesitaba una esposa que estuviera dispuesta a cumplir con el papel de madre, pensó Abby con el estómago encogido.

Ese niño era su bebé. No podía separarse de él. Ninguna mujer podía amarlo como ya lo amaba ella.

Pero Vincenzo era su padre y tenía que cumplir con sus obligaciones como príncipe heredero. Una de ellas, en el presente, era asegurarse

de que Abby estuviera bien cuidada durante su embarazo. Esa era la única razón por la que le prestaba tantas atenciones, se repitió a sí misma. Además, él lo hacía porque era la única manera de superar el dolor tras la pérdida de su esposa.

Vincenzo necesitaba una amiga, se dijo a sí misma. Y ella intentaría cumplir ese papel lo mejor que pudiera.

Media hora después, él llegó a su suite. Se había puesto unos pantalones informales y un polo, pero seguía estando imponente. Llevaba un DVD debajo del brazo y sonreía con entusiasmo.

–Llegas puntual –comentó ella.

–En mi trabajo, siempre tengo que serlo.

–Bueno, esta noche puedes olvidarte del trabajo. Entra y ponte cómodo.

–Si te parece bien, meteré esto en el reproductor.

Ella cerró la puerta y se cruzó de brazos.

–¿No vas a decirme qué película es?

–Será una sorpresa –contestó él, y metió el disco en el reproductor, delante del sofá del salón.

–Lo único que tengo en la nevera son refrescos.

–Beberé lo mismo que tú.

–Yo tomo limonada.

–Me parece bien.

–Voy a por ella –señaló Abby y, cuando salió de la cocina, lo encontró apoyado en la barandilla del balcón–. Un penique por tus pensamientos –dijo, tendiéndole una lata.

Vincenzo se giró para mirarla.

–A ver si lo adivinas. Te doy una oportunidad –propuso él, abrió la lata y se la bebió entera casi de un trago.

–¿Un nombre para tu bebé?

–Ya está elegido, tanto si es niño como si es niña. Estaba pensando en tus planes para después del parto –confesó él con tono serio.

Ella también lo había estado pensando… Después de aquella terrible entrevista con la reina Bianca, había decidido que lo mejor sería irse de Arancia.

–Me vas a acomplejar.

–¿Por qué? –preguntó él, frunciendo el ceño.

–Te preocupas demasiado por todo, así que puede que lo que te voy a decir te ayude. La otra noche, mi padre vino a verme y estuvimos hablando un rato. Antes de Navidad, cuando yo todavía no sabía que buscabais una madre para la inseminación artificial, mi padre estaba planeando dejar su trabajo y volver a Estados Unidos. Dice que su ayudante, Ernesto, está preparado para ocupar su lugar.

Vincenzo se quedó paralizado durante un momento.

–¿Lo sabe mi padre?

–Todavía no. Mi padre va a decírselo pronto. Tenemos familia en Rhode Island, donde yo nací.

–Tu padre también tiene familia aquí, en Arancia.

–Eso es verdad, pero le han ofrecido un puesto en una empresa privada allí y sé que le gustará. No se irá hasta que nazca el bebé. Aunque yo pensaba vivir en Arancia y seguir trabajando en el mismo despacho de abogados, no podría soportar estar tan lejos de mi padre. Por eso, me voy a mudar con él y buscaré trabajo en Nueva York o en Rhode Island. ¿Ves? No tienes por qué preocuparte.

El silencio se hizo sobre ellos, hasta que alguien llamó a la puerta. Vincenzo se le adelantó para abrir. Era Angelina con la cena. Él le dio las gracias y sacó el carrito a la terraza, donde podían comer y disfrutar de las vistas.

–¿Estás unida a tu familia de allí? –preguntó él, una vez que se hubieron sentado a la mesa.

–Nos mantenemos en contacto. Mi madre me llevó de visita en varias ocasiones.

–Me acuerdo. El palacio se quedaba sin vida en esas ocasiones…

Abby deseó que él no hubiera dicho eso. Aunque era agradable ver a su familia, siempre que se había ido había estado deseando volver al lado de Vincenzo.

–Después de que mi madre muriera, mi padre solía mandarme a pasar la Semana Santa con mi tía y su marido. Tengo un par de primos de mi edad, con los que me llevo muy bien. Será maravilloso tenerlos cerca de nuevo. Mi tía se parece mucho a mi madre, es una mujer encantadora.

En parte, era verdad, se dijo Abby. Aquellos años en Arancia habían sido como un sueño que tenía que llegar a su fin. Sin embargo, no se sentía capaz de pensar en dejar el país, ni en dejarlo a él. Aún no.

–Si has terminado, ¿vamos a ver la película? –propuso él de pronto, sin abandonar una cierta expresión sombría.

–Buena idea. Me muero de ganas por ver lo que has elegido. Alguna comedia tonta americana, seguro.

Vincenzo esbozó una enigmática sonrisa, antes de ayudarla a levantarse para ir juntos al salón.

Capítulo 6

LA REVELACIÓN de Abby había dejado a Vincenzo sin palabras durante la cena. Cuando le había dicho que la había echado de menos cada vez que ella había estado fuera, lo había dicho en serio. Abby siempre había sido como una amiga para él y se había comportado con naturalidad, sin artificios. Aunque él era seis años mayor, siempre habían jugado juntos. Sin embargo, la próxima vez que ella se fuera, no volvería.

Una desoladora sensación de pérdida lo envolvió. Sorprendido por la profundidad de sus sentimientos, reconoció que Abby se había convertido en una persona tan preciada para él como el pequeño ser que crecía en su interior.

Hacía horas, cuando la había visto en la iglesia, no había podido quitarle los ojos de encima. Su belleza había iluminado el tempo como una exótica orquídea en medio de la hierba.

–¿*My Little Chickadee*? –leyó ella con excitación, sonriendo de oreja a oreja–. Tienes que conseguirme una copia. Era la película favorita de mi madre. Es muy divertida –exclamó.

–Una vez, me comentaste que a tu madre y a ti os gustaba ver películas de Mae West, ¿te acuerdas? –señaló él–. Y te reíste de mí porque no sabía quién era esa antigua actriz.

Sorprendida porque él no lo hubiera olvidado, una vez más, Abby se llenó de calidez ante aquel detalle.

–Túmbate en el sofá y estira las piernas. Yo me sentaré en el sillón.

–Vincenzo, no hace falta. No lo decía en serio. ¡Todavía no se me han hinchado las piernas!

Él se sentó en el sillón de todos modos.

–Por lo que pude ver cuando te subías en la limusina, no tienes ningún problema en ese aspecto –indicó él–. Pero así estarás más cómoda.

Cuando empezó la película, Abby se acurrucó en el sofá, riendo en varias ocasiones.

–¿Qué películas te gustaban a ti cuando eras pequeño? –preguntó ella.

–No veía muchas películas. Me gustaba más jugar. Siempre estaba corriendo por ahí –contestó él.

–Algo he oído. En palacio hay muchas anécdotas sobre lo travieso que eras.

–¿Ah, sí? –inquirió él–. ¿Cómo cuáles?

–Como la vez que trajiste a unas chicas a palacio y las convenciste para que nadaran desnudas en la piscina a las tres de la mañana. Mi padre me lo confirmó tiempo después. Sus agentes de seguridad lo despertaron en medio de la noche para informarle.

–¿Qué puedo decir? –replicó él, extendiendo las manos en gesto de rendición–. Mi vida es un libro abierto. ¿Te escandalizaste?

–Solo tenía quince años entonces y me pregunté cómo podía haber chicas tan atrevidas.

–¿Y no te sorprendió que yo fuera tan atrevido?

–No. Está en la naturaleza masculina. Según mi libro de mitología romana, la diosa Diana solía nadar desnuda a la luz de la luna y todos los hombres jóvenes de los alrededores solían ir a verla.

Vincenzo rompió a reír.

–Pero, por desgracia para ellos, la diosa los convertía en arbustos cuando los sorprendía –continuó Abby con tono serio–. Aunque eso sucedió hace siglos. Hoy, son las adolescentes las que se escandalizan ante mojigatas como yo.

–¿Quieres decir que no podría haberte convencido para que nadaras desnuda tú también? –preguntó él, entre risas.

–¡Ni en un millón de años!

Cuando la película terminó, Abby se levantó y apagó el reproductor.

–Me gustaría tener un hermano mayor. Gianna y tú tenéis suerte de haber crecido juntos. Un día, cuando vuelvas a casarte, espero que tengas otro hijo, para que tu primogénito no crezca solo.

Solo de pensar en tener otra esposa, Vincenzo sintió un escalofrío. Aun así, sabía que su padre había insistido en que lo acompañara en su viaje por motivos muy diferentes a tomarse unas vacaciones.

–¿Alguna vez te has sentido sola, Abby?

–En realidad, no, porque siempre he sido la niña de los ojos de mis padres. Pero, cuando pienso en Gianna y en ti, creciendo juntos en los jardines de palacio, me parece que no hay nada mejor. Gianna me contó que solía interceder por ti cuando te metías en líos y tu padre te regañaba. No hay nada como el amor entre hermanos –opinó ella y volvió a sentarse–. ¿Alguna vez has tenido que ayudar tú a tu hermana?

–Alguna vez. Ella quería dinero y, cuando yo no quería hacer algo, la sobornaba para que lo hiciera por mí.

–¿A qué precio? –inquirió Abby, riendo.

–Calderilla. Nuestros padres nos daban una ridícula paga semanal.

–¡Bien hecho! Tus padres siempre me han gustado y estoy de acuerdo en que los niños no deben tener mucho dinero…

De pronto, el teléfono de Vincenzo los interrumpió.

–Disculpa un momento, Abby, tengo que responder –indicó él, tras

ver quién llamaba–. ¿Sí? –contestó al teléfono, saliendo a la terraza.

–Siento molestarlo, pero la reina insiste en que lo llame de inmediato.

–¿Tienes idea de qué quiere, Marcello?

–No, solo sé que ha estado hablando antes con el rey.

Vincenzo tenía una idea sobre de qué podía tratarse. Algo le decía que necesitaba levantar sus defensas, pero, antes, debía hablar con su padre.

–Me ocuparé de ello, gracias.

Cuando volvió dentro, Abby lo estaba esperando junto a la puerta principal.

–Te llama el deber, ¿verdad? –señaló ella, sin dejarle otra opción más que irse–. Gracias por esta velada inesperada y encantadora.

–A mí también me ha gustado. Quédate la película como recuerdo de tu madre –ofreció él, cuando ella iba a devolverle el disco.

–Eres muy generoso. La guardaré como un tesoro –contestó ella, y se llevó un momento la mano a la garganta–. Cuando has vuelto de la terraza, por tu cara he adivinado que algo iba mal. Espero que no sea nada grave.

Si la intuición de Vincenzo no lo engañaba, era serio. Pero, por una vez, no tenía nada que ver con Abby. Al menos, podía dar gracias al Cielo por eso.

–Yo, también, Abby –afirmó él–. Nos vemos en la clínica en tu siguiente revisión médica. Cuídate mucho.

Junio parecía estar muy lejos, pensó Vincenzo con angustia. Y a él lo único que le apetecía era ver a Abby bañándose desnuda como la diosa Diana y hacerle el amor… antes de que su padre lo descubriera y quisiera convertirlo en arbusto.

–Tú, también. Tu bebé te va a necesitar.

Vincenzo se dio media vuelta sin pensárselo más y se dirigió a grandes zancadas a sus aposentos. Al llegar, decidió que sería mejor idea hablar con la madre de Michelina antes que con su padre.

–Gracias por devolverme la llamada, Vincenzo.

–No es nada. ¿Qué tal te encuentras, Bianca?

–Como puedes imaginarte, mi mundo se ha hecho pedazos. No podía creer que pudiera ser peor, hasta que he hablado con tu padre. Me ha informado de que te vas de vacaciones mañana para quedarte con el duque de Chambery. Si no hubieras elegido a Michelina, te habrías casado con su nieta Odile, que sigue soltera. Sería una humillación para nuestra familia si te casaras con ella. Te aseguro que yo no…

–¿Bianca? –interrumpió Vincenzo. No podía evitar compadecerse de aquella mujer que seguía llorando a su hija–. No es necesario que digas nada más. Nunca he pensado casarme con Odile y te juro que

nunca lo haré. ¿Responde eso a tu pregunta?

La reina dejó de gimotear al momento.

–Pero te casarás con alguien.

–Si te soy sincero, no planeo volver a casarme –señaló él, apretando los ojos–. Cuando mi padre muera, puede que yo le deje a mi hermana Gianna el testigo, para que sea ella quien rija Arancia. Mi prioridad absoluta es mi hijo y el de Michelina.

Bianca soltó un grito sofocado.

–No te creo.

–¿Qué parte no crees? –le espetó él.

–No puedes engañarme. Los dos sabemos que la única razón por la que abdicarías…

Su insinuación quedó clara. Bianca había acusado a Abby de ir tras Vincenzo. Él esperó que la reina continuara con su andanada… pero la comunicación se cortó en ese instante.

–Felicidades, *signorina* Loretto. Todo va a la perfección. ¿Han desaparecido las náuseas?

–Sí, ya casi no tengo.

–Bien. Su peso está perfecto. De todos modos, ponga los pies en alto todos los días después de trabajar.

–Lo haré. ¿Cuánto mide el bebé?

–Siete centímetros y medio. Está creciendo.

–Lo sé. Me siento más cómoda durmiendo de lado.

El médico sonrió.

–Informaré al príncipe que, en la revisión de las dieciséis semanas, le haremos una ecografía para conocer el sexo del bebé.

Abby no sabía si Vincenzo prefería esperar al parto y que fuera una sorpresa o si estaba deseando saberlo cuanto antes. De todos modos, no era asunto suyo, se repitió a sí misma.

–Puede vestirse. Nos veremos el mes que viene. Recuerde que tiene que seguir viniendo una vez a la semana para tomarle la tensión. Le daré el informe completo a Vincenzo cuando regrese. Estará encantado. En cuanto al doctor Greco, me ha dicho que pueden llamarle cuando los dos puedan acudir a consulta.

–Gracias, doctor.

Abby se puso su vestido blanco, con una chaqueta corta de rayas blancas y marrones, y salió de la clínica, hacia su oficina. Su padre le había informado de que el rey había vuelto a palacio hacía tres días. Pero, al parecer, Vincenzo seguía en Francia.

¿Estaría con la futura sucesora de Michelina?

Abby estaba acostumbrada a que él cumpliera todas las promesas que le hacía. El hecho de que no la hubiera acompañado a su revisión

médica ese día no debería haberle importado, pero le importaba. Se mentiría a sí misma si no reconociera que lo echaba de menos.

El juez había admitido el caso de Giordano en la vista previa y los había citado para agosto. Abby estaba entusiasmada y deseando compartir la buena noticia con Vincenzo, pero eso también tendría que esperar.

Estaba empezando a probar cómo serían las cosas cuando él ya no estuviera en su vida. Intentando sacárselo de la cabeza, llamó a su padre desde la limusina para invitarlo a cenar en su casa. Pensaba hacer pollo frito y bizcocho, como el que solía hacer su madre. Por desgracia, su padre no podía quedar hasta la noche siguiente.

Nada más llegar a la oficina, invitó a Carolena a cenar junto a la piscina de palacio. Su amiga aceptó encantada y, al salir del trabajo, se fueron hacia allí juntas en la limusina.

–¡Esto es el paraíso!

Después de terminar de cenar, se habían vuelto a meter en remojo en la piscina. Abby rio ante el comentario de su amiga.

–Eso mismo he estado yo pensando durante los últimos años –afirmó Abby, y tuvo la tentación de contarle sus planes de mudarse a Estados Unidos. Sin embargo, decidió que era mejor esperar a después del parto–. Voy a hacer un largo más y me salgo.

Abby nadó de espaldas y, al llegar al otro lado, se giró y soltó un grito al ver sangre en el agua.

–¿Qué pasa? –preguntó Carolena, nadando a su lado–. Ay… te sangra la nariz.

–No se por qué –dijo Abby, apretándose la nariz.

–Iré a por una toalla.

Abby la siguió a las escaleras y salió del agua.

–Siéntate –indicó Carolena, tendiéndole la toalla.

–No deja de sangrar –señaló Abby tras un minuto.

–Sigue apretándotela mientras llamo a tu médico. ¿Tienes el número en tu móvil?

–Sí. Aprieta la tecla tres.

En ese momento, Angelina llegó para recoger la mesa. Al ver sangre en la toalla, soltó un pequeño grito y salió corriendo.

–El médico dice que te inclines hacia delante en la silla y te sigas apretando la nariz durante diez o quince minutos más –informó Carolena, después de colgar–. Debería parar pronto. Al parecer, las hemorragias nasales son comunes en las embarazadas, así que no te preocupes. Si no para pronto, volveremos a llamarlo.

–De acuerdo.

Entonces, Vincenzo llegó corriendo hacia ella. ¡Había vuelto!

–Abby… –dijo él y, sin titubear, se acuclilló delante de ella. Sus ojos estaban llenos de temor.

–Estoy bien, Vincenzo. Me ha sangrado la nariz, pero creo que ya no sangra más.

–Voy a llamar al doctor DeLuca –dijo él, sacándose el móvil del bolsillo.

–Carolena acaba de hablar con él. Estoy bien, de verdad.

Abby se quitó la toalla de la cara para demostrarle que la hemorragia había cesado.

–No te muevas –pidió él, y le puso el albornoz por encima de los hombros–. Está refrescando.

Al sentir su contacto, Abby se estremeció.

–Gracias. Creo que no conoces a mi amiga, Carolena Baretti. Carolena, te presento a Su Alteza el príncipe Vincenzo.

–Un placer, Alteza. El doctor DeLuca me ha dicho que el aumento del riego sanguíneo en las embarazadas, a veces, puede producir hemorragias nasales. Se supone que debe quedarse quieta unos minutos, para que no se maree cuando se levante. Deberíamos llamarlo para informarle de que ha dejado de sangrar.

–Ahora mismo lo llamo.

Mientras Vincenzo se alejaba para hacer la llamada, Carolena se inclinó hacia Abby, arqueando las cejas.

–Cuando te vio con la toalla manchada de sangre, parecía que iba a darle un ataque al corazón.

–Lo sé. Teme que pueda pasarle algo al bebé.

–Por su mirada, creo que no estaba preocupado por el bebé –susurró Carolena, meneando la cabeza–. Si un hombre me mirara así…

A Abby se le aceleró el corazón.

–Estás imaginando cosas.

Sin embargo, por dentro, Abby estaba conmocionada por cómo la había mirado Vincenzo. Era la misma mirada que había visto en sus ojos cuando había recuperado la conciencia en el barco el día de la tormenta. Como si ella hubiera sido lo más importante para él…

–Si te encuentras bien, te ayudaré a ir a tus aposentos –se ofreció Vincenzo, tras regresar a su lado.

–Estoy bien. Carolena me ayudará.

–Los dos podemos ayudarte –afirmó él con tono autoritario.

Los tres salieron juntos del patio. Carolena llevaba sus cosas, mientras Vincenzo caminaba junto a Abby. Al llegar a la suite, Carolena se cambió de ropa y se despidió.

–He llamado a una limusina para que la lleve a casa, *signorina*. Está esperándola en la entrada. De nuevo, gracias por su ayuda.

–Abby es la mejor –dijo Carolena.

–Tú, también –repuso Abby, abrazando a su amiga.

–Gracias por la cena. Nos vemos mañana.

En cuanto Carolena hubo cerrado la puerta tras ella, Abby miró a

Vincenzo.

–Si me disculpas, voy a darme una ducha rápida.

–Por mí, no te des prisa. Pienso esperarte aquí.

Sintiendo mariposas en el estómago, Abby se apresuró al baño y trató de recomponerse. Después de secarse el pelo, se lo cepilló y se puso una blusa y una falda limpias.

Al salir, lo encontró en la terraza.

–¿Te ha tranquilizado el médico?

–Más o menos. Ahora que veo que has recuperado el color, estoy más tranquilo.

–No hagas eso –le advirtió ella.

–¿Qué?

–No empieces a sentirte culpable otra vez de esta situación.

–Si quieres que te diga la verdad, culpa es lo último que tengo en la cabeza. Me preocupa que vuelvas a tener otra hemorragia. ¿Y si Carolena no hubiera estado contigo?

–De pequeña, me sangraba la nariz de vez en cuando. Siempre paran solas, como esta noche. Si hubiera estado sola y hubiera necesitado ayuda, habría llamado a Angelina. Y no olvides que, en el trabajo, nunca estoy sola.

Al fin, Vincenzo dejó de fruncir el ceño.

–Siento no haber vuelto a tiempo para la cita con el doctor Greco. Si no me hubieran entretenido, habría podido estar esta noche contigo en la piscina.

Abby se emocionó con sus palabras, aunque trató de no darle importancia.

–No pasa nada. Cuando necesites cambiar una cita, podemos hacerlo sin problemas.

–El médico dice que tienes muy buena salud –comentó él, recorriéndola con la mirada.

–¿Lo ves? –replicó ella, sonriendo.

–Te va a hacer una ecografía el mes que viene.

–¿Estás ansioso por saber si vas a tener un niño o una niña?

–No estoy seguro. Por ahora, lo único que me importa es que el bebé y tú estéis sanos.

–Esa es mi prioridad también. Pero antes o después tendrás que tomar una decisión. Igual quieres saber si está al llegar un príncipe o una princesita.

–Quizá. Vayamos dentro, para que no tengas frío.

Sonriendo por lo mucho que él se preocupaba siempre por todo, Abby lo complació. Se dirigió a la cocina, donde abrió la nevera.

–¿Quieres un refresco de naranja?

–Suena bien.

Abby rio.

–No. Suena fatal. ¿Por qué no sacas una botella de vino del armario? Tienes aspecto de necesitar una copa.

–No, gracias. Un refresco está bien.

–Eres un caballero hasta el final –comentó Abby, y le tendió una lata.

Después de sentarse a la mesa, abrieron sus latas al mismo tiempo. Hicieron tanto ruido que ambos rieron. Era la primera vez que lo veía sonreír esa noche. Su sonrisa era capaz de derretir a cualquiera, pensó ella.

–¿Qué tal tu viaje?

–¿A cuál te refieres?

Abby casi se atragantó con el refresco.

–¿Has hecho más de uno?

Vincenzo asintió.

–Acabo de llegar de Gemelli hace una hora.

–No sabía que ibas a ir allí.

–No estaba previsto, pero Bianca se cayó por las escaleras de su palacio y se rompió la cadera.

–Oh, no…

–Valentino me llamó por teléfono para informarme. Sucedió el mismo día en que mi padre y yo íbamos a volver a casa. Decidimos que iría a Gemelli para visitarla.

Abby había especulado con distintas razones para explicar que no la hubiera acompañado al médico, pero no había acertado en lo más mínimo.

–¿Le duele mucho?

–Al principio, sí, pero ya está mejor. Hemos hablado mucho estos días. Al menos, la caída parece haber suavizado su actitud. A pesar de sus prejuicios, está entusiasmada con tener un nieto.

–Esto es maravilloso, Vincenzo.

–Echa de menos a Michelina.

–Claro –dijo Abby, y dio otro largo trago–. Debe de ser un alivio para ti que empecéis a entenderos.

Vincenzo le dedicó una misteriosa mirada.

–Sí. Pero cuando Angelina me dijo que tú…

–Pensaste que se te venía encima otra crisis –adivinó Abby–. Bueno, como puedes ver, no ha pasado nada. ¿Ha disfrutado tu padre de las vacaciones?

El príncipe se terminó el refresco antes de responder.

–No.

–Lo siento.

–Él se lo buscó.

–¿Está enfermo?

–Ojalá fuera tan sencillo.

–Vincenzo… –comenzó a decir ella. No sabía si reír o llorar–. ¿Cómo dices eso?

–Antes de que me prometieran con Michelina, mis padres me presentaron a una lista de princesas candidatas para el puesto.

Abby bajó la cabeza.

–El proceso de selección que hizo mi familia dio con dos finalistas, Michelina Cavelli y Odile Levallier, la nieta del duque de Chambery. Las dos eran bonitas, pero de las dos yo prefería a Michelina, porque no era tan tozuda y malcriada.

–Vaya situación tener que elegir de esa manera.

–Cuando naces en una familia real, las cosas son así y podemos darles más vueltas. Si yo hubiera sido distinto, quizá me habría rebelado y habría huido. Pero yo era un adolescente en esos tiempos y sabía que todavía faltaban unos años para que me casara, así que no le di mucha importancia.

Despacio, Abby lo miró a los ojos.

–¿Alguna vez has estado enamorado?

–Al menos, cuatro veces, que yo recuerde.

–¿En serio?

–Muy en serio. En realidad, puede que hayan sido siete u ocho veces.

¿Siete u ocho?

–Te refieres a esas pobres chicas que te amaron, sabiendo que no tenían ninguna posibilidad de que te casaras con ellas –adivinó Abby–. ¿Tuviste tiempo para conocer a Michelina a lo largo de los años, antes de la boda?

–Un poco. Cuando mi padre decidió que era hora de que me casara, empecé a verla más a menudo. Siempre había sido guapa e inteligente. Nos gustaba montar a caballo y jugar al tenis. Ella era una gran atleta y le encantaba el agua. No me desagradaba demasiado la idea de casarme con ella.

–¿Cuándo te enamoraste de ella?

–¿Te sorprendería mucho si te dijera que nunca? –replicó él tras unos instantes.

Conmocionada, Abby se levantó de la mesa y tiró las latas vacías a la basura.

–Ya veo que sí.

–Pero ella te amaba mucho…

El silencio pesó sobre ellos. Vincenzo asintió.

–Ahora te he decepcionado.

Abby se apoyó en la mesa, temiendo que le flaquearan las piernas.

–Por la forma tan cariñosa en que la tratabas, nadie podía suponer que no…

–Excepto Michelina, su madre, mis padres y ahora… tú –reconoció

él, acercándose a su lado–. Los dos queríamos tener un bebé para sacar a flote nuestro matrimonio.

A Abby le costaba tanto creerlo… ¿Así que esa había sido la razón por la que habían llegado tan lejos? ¿Por eso habían apostado por la inseminación artificial en el vientre de otra mujer? Eso explicaba la desesperación de Michelina y el que no se lo hubiera contado a su madre a tiempo. No era de extrañar que Bianca temiera que otra mujer entrara en la vida de Vincenzo. Las piezas del puzle estaban empezando a encajar…

–Era obvio que estábamos dispuestos a cualquier cosa cuando nos presentaron una lista de candidatas, con un informe de cada una de las mujeres que podían llevar en su seno a nuestro hijo.

A Abby comenzó a faltarle el aire.

–¿Puedo preguntarte algo, Vincenzo? –dijo ella, lanzándole una mirada suplicante–. ¿Michelina quería que fuera yo?

–Claro. Siempre le gustaste. Decía que tenías un gran sentido del humor y que eras encantadora. Cuando se enteró de que estabas en la lista de candidatas y de que habías pasado las pruebas físicas, se sorprendió, igual que yo, pero también se alegró. Tomamos la decisión por unanimidad.

Incapaz de estar tan cerca de él, Abby salió de la cocina y se fue al salón, dejándose caer en el sofá. Él la siguió y tomó asiento en el sillón a su lado.

La revelación de Vincenzo había puesto cabeza abajo su mundo. Ya nada volvería a ser como antes, pensó. Durante todos esos años, ¿él no había amado a Michelina? Había estado enamorado siete u ocho veces, pero no contaban porque había sido de mujeres plebeyas…

–Me estabas hablando de tu padre –señaló ella, deseando cambiar de tema.

Vincenzo suspiró.

–Quiere que vuelva a casarme, antes de que nazca el bebé.

Una vez más, el mundo de Abby se tambaleó.

–Al principio, Odile era su primera opción, solo para estrechar su alianza con el duque. Sería beneficioso para ambos países. Ella no se ha casado todavía y mi padre cree que sería una buena madre. Dice que, si está aquí en el momento en que el bebé nazca, le resultará más fácil establecer el vínculo con el pequeño.

Abby hizo un esfuerzo por respirar.

–¿Odile te quiere?

–Ella cree que sí, pero eso es porque no ha encontrado a ningún otro hombre que su abuelo considere adecuado. Yo le he dicho a mi padre que no puedo casarme con Odile porque no siento nada por ella.

Incapaz de soportarlo, Abby se levantó del sofá como impulsada por un resorte.

–Esto es como un juego de ajedrez. ¡Se mueven reinas y reyes sin ninguna consideración hacia los sentimientos humanos!

–En eso te equivocas –afirmó él, arqueando una ceja–. Es un tema que despierta intensos sentimientos en mi suegra.

–¿Sabe por qué fuiste a Francia?

–Toda casa real tiene sus espías –explicó él–. Por eso me llamó antes de que me fuera, para decirme que no podría soportar que me casara con Odile. Michelina siempre había temido que yo eligiera a Odile antes que a ella.

–¿Qué le dijiste a la reina?

–Que no pienso casarme otra vez. Por una vez, voy a escuchar mi corazón y seré un buen padre para mi hijo. Punto.

–Estoy segura de que no te creyó –indicó Abby, al mismo tiempo que comenzaba a temblar. Ella tampoco lo creía. Era un hombre demasiado joven como para pasarse el resto de sus días solo. Pero si tenía que casarse con una mujer de sangre azul a la que no amaba…

–No, pero no importa. He tomado una decisión.

–¿No tienes que estar casado para ser rey?

–Esa ha sido la tradición durante siglos. Aunque mi padre sigue vivo y está fuerte como un toro. Si llega el día en que otra persona deba sustituirlo, mi hermana puede hacerlo. Por lo tanto, en respuesta a tu pregunta, así ha ido el viaje de mi padre. ¿Por qué no cambiamos de tema? ¿Qué tal el caso de Giordano?

Abby volvió a sentarse, tratando de digerir todo lo que Vincenzo acababa de contarle.

–Tú lo sabes muy bien. El juez lo ha programado en su agenda para agosto.

–Excelente. Eso te quitará algo de estrés, así que mejor para el bebé. ¿En qué otros casos estás trabajando?

–No lo sé… Ahora mismo… no puedo pensar –balbuceó ella, y era la verdad.

–Veamos la televisión. Suele haber una película a estas horas –propuso él, se levantó y agarró el mando a distancia.

–No tienes por qué acompañarme, Vincenzo. El médico te ha dicho ya que estoy bien. Debes de estar agotado después de tus viajes. Por favor, vete.

–¿Quieres que me vaya? –preguntó él, con mirada fiera.

Abby soltó un grito sofocado, arrepentida de haberlo ofendido.

–Claro que no. Lo que pasa es que no quiero que te sientas como si tuvieras que cuidar de mí.

–Es lo único que me apetece hacer. Todo lo que me importa está en esta habitación, y llevo semanas fuera.

Impresionada por su honestidad, Abby percibió su frustración y la comprendió. Vincenzo encendió la televisión y volvió a sentarse. Sin

embargo, no podía dejar de cambiar de canal. Nada parecía complacerlo.

–Ahora vuelvo. Tengo algo para ti –señaló ella, levantándose del sofá. Después de hacer una parada en el baño, se fue al dormitorio y sacó su álbum de la última balda del armario. Había hecho que le grabaran el título con letras doradas en la portada: *El príncipe de Arancia*. Esperaba que aquello le pusiera de mejor humor.

–Toma –le ofreció ella–. Te lo cambio por el mando a distancia.

Vincenzo la miró sorprendido.

–Pensé que ibas a dármelo en el bautizo del bebé.

–He cambiado de idea. Tienes que saber el impacto que causas en la vida de tus súbditos.

Quizá, ese álbum haría que Vincenzo se diera cuenta de lo importante que era para los demás. Vivir el resto de sus días solo, sin compañera, no era natural, ni sano.

–Sé que la corte tiene un historiador que guarda notas de todo lo que sucede, pero esto es más personal. Tiene mis propias fotos y artículos que he encontrado en distintos periódicos y revistas, también de Estados Unidos.

Desde el momento en que lo abrió, Vincenzo se sumergió con aire pensativo en todos los artículos e imágenes de cada página. Durante una hora, no dijo palabra.

Al final, lo cerró y la miró.

–Ahora sé lo que se siente al ver toda tu vida pasar ante tus ojos. No sé qué decir, Abby. Me he quedado sin palabras.

–Debes de estar cansado, después de haber visto todas las cosas buenas que has hecho a lo largo de los años. Espero que te hayas dado cuenta de que nunca has tenido prensa negativa. ¿Tienes idea de lo poco habitual que es eso?

Vincenzo la observó como si fuera la primera vez que la viera.

–Espero que te des cuenta de que nunca había recibido un regalo así. Me ha emocionado más allá de lo que puedo expresar con palabras –confesó él.

–Me alegro de que te guste. Para mí, es un honor ser amiga tuya y, más aún, llevar en mi seno a tu hijo y el de Michelina. Solo quedan unos meses para que esté aquí.

Abby tuvo la sensación de que no la estaba escuchando.

–Y todas las fotos… Nunca me di cuenta de que tomabas fotos.

–Mientras vagaba por los jardines de palacio con mi pequeña cámara, tomé muchas instantáneas. Y tú salías en algunas de ellas.

–¡Me retrataste en mi motocicleta!

–Si tienes un niño, le gustará saber que no siempre te comportabas como se esperaba de ti. Es más, le encantará que hayas sido tan travieso. Me perdí la imagen del baño de mujeres desnudas, pues tenía

que estar en la cama acostada antes de las once.

Vincenzo rio.

–Tengo que darle las gracias a tu padre por ponerte unos horarios tan bien pensados.

Abby sonrió.

–¿Serás un padre muy estricto si tienes una niña?

El príncipe se levantó y dejó el álbum sobre la mesa, antes de girarse hacia ella.

–Seguramente, sí.

–Pero, como eres tan amable, no creo que le importe.

Él se frotó el cuello, como si estuviera cansado.

–¿Has tenido alguna intuición sobre si va a ser niño o niña, Abby? Dicen que algunas mujeres lo saben de forma instintiva.

–Yo también lo había oído, pero como no soy la madre, no creo que me pase a mí –repuso ella. No quería confesarle lo unida que se sentía al bebé, lo mucho que lo quería y lo mucho que especulaba con todo acerca de él–. De todas maneras, yo pienso que también el padre puede tener esa intuición.

–Por ahora, no –señaló él, meneando la cabeza.

–Bueno, todavía tienes un mes antes de que la ecografía pueda decirnos si es hembra o varón. Si es que quieres saberlo, claro.

–Si es una niña, Michelina quería llamarla Julietta, como su abuela materna.

–Es muy bonito. ¿Y si es niño?

–Maximiliano, como tres reyes de la línea Di Laurentis. Yo lo llamaría Max.

–¡Me encanta el nombre! Tuve un precioso setter irlandés al que llamaba Max. Se murió antes de que nos mudáramos aquí.

–No lo sabía. ¿Por qué no compraron tus padres otro al llegar aquí?

–Sufrimos tanto su pérdida, que ni mi madre ni mi padre querían otro. Decían que, igual, algún día, pero nunca lo hicieron. ¿Tu familia no tenía mascotas?

Él asintió.

–Muchas. Pero, en mi adolescencia, estaba tanto tiempo fuera de casa que mi madre tenía que ocuparse de ellas. Todos los animales la adoraban.

–Qué tierno.

–Tanto si tengo un niño como si es niña, quiero que crezcan con un perro. Creo que eso es importante.

–No podría estar más de acuerdo. Siempre están dispuestos a demostrarte cariño, pase lo que pase. Mi primo y yo solíamos tener todo tipo de animalitos. Tuve una cacatúa, un hámster, una tortuga y una serpiente. Cuando se fueron muriendo, Max me ayudó a superarlo. Mi padre solía decir que el mejor psiquiatra es un perro que

te lama la cara.

–Abby… No me extraña que el padre de Piero te llamara «pequeña enfermera».

Ella se llenó de calidez, como cada vez que lo escuchaba pronunciar su nombre.

–Menos mal que no ha hablado de eso con mi padre. Si no, le habría contado que, de niña, casi mataba a mis animalitos sin querer, de tanto cuidarlos.

A Abby le encantaba el sonido de su risa, tanto que no quería que parara nunca. Pero, si quería mantener a salvo su corazón, era mejor que Vincenzo se fuera.

–Esto es para ti –dijo ella, entregándole el álbum, y se puso de pie con rapidez–. Una vez me salvaste la vida y me estás cuidando tan bien, que nunca podré agradecértelo bastante. Ya era hora de que alguien cuidara de ti. Por favor, no te enfades si te pido que vayas a acostarte. Pareces exhausto.

Abby caminó hasta la puerta y la abrió. Si él no se iba, acabaría suplicándole que se quedara a dormir con ella…

–Buenas noches, Alteza.

En las semanas siguientes, Vincenzo se aseguró de mantenerse ocupado con su trabajo para no tener ningún momento libre y no verse tentado de ir a visitar a Abby a sus aposentos. Aunque la llamaba todas las mañanas antes de que ella se fuera a trabajar para preguntarle cómo se encontraba, no había vuelto a ir a verla.

La noche en que ella le había regalado el álbum, le había mostrado la puerta antes de que él hubiera estado dispuesto a irse. Cuando le había contado cuáles habían sido sus verdaderos sentimientos hacia Michelina, todo había cambiado entre ellos. Vincenzo no lamentaba habérselo contado. Había querido ser honesto con ella y hacerle saber cómo había sido su matrimonio en realidad.

El día de la ecografía había llegado. La mayor preocupación de Vincenzo era por la salud del bebé. Si tenía algún problema, se enfrentaría a ello. Respecto al sexo, por otra parte, había decidido que no quería saberlo. Aunque toda su familia estaría especulando sobre si iba a ser varón o niña, él prefería que fuera una sorpresa.

Vincenzo hizo que detuvieran la limusina para recoger a Abby delante de su entrada de palacio. Cuando ella apareció con un vestido verde de talle alto, se quedó sin aliento. Al fin, se notaba su vientre abultado y estaba preciosa con el pelo recogido con unos pasadores a los lados.

El doctor DeLuca los recibió en su consulta con una sonrisa.

–Hoy es el gran día. ¿Estáis preparados?

–Es muy emocionante –contestó Abby.
–¿Quieres venir a ver la ecografía, Vincenzo?
–¡Sí!
–¿De verdad? –preguntó Abby, atónita.
–Llevo esperando este momento desde que supimos que estabas embarazada –aseguró Vincenzo, mirándola a los ojos.
–Yo… también estoy emocionada.
–Excelente –dijo el doctor DeLuca–. Venid por aquí. No tardaremos mucho.
Lo siguieron a la sala de ultrasonidos, donde el médico pidió a Abby que se tumbara en una camilla. Con el corazón acelerado, Vincenzo clavó los ojos en la escena. No pensaba perderse ni un detalle.

Abby se había sonrojado cuando Vincenzo había dicho que quería ver la ecografía. Él sabía que había intentado ocultárselo, pero no había podido. Sin duda, estar embarazada debía de ser una experiencia muy íntima y a ella le resultaba imposible mantener las distancias con todo el proceso.
Para él, no era una simple madre sustituta. Durante los últimos meses, se había convertido en todo su mundo.
Michelina era la madre de su hijo, pero, en ese momento, Vincenzo estaba centrado en Abby, mientras el médico le colocaba un gel especial en el vientre. Durante varias noches, no había podido dormir, loco de preocupación porque el bebé pudiera tener alguna patología.
Abby lo miró a los ojos cuando el médico comenzó a mover el aparato sobre su abdomen. De pronto, ambos oyeron el latido de un corazón.
–Aquí está vuestro bebé. Su corazón suena perfecto –indicó el médico.
–¡Oh, Vincenzo… nuestro bebé! ¡Ese es!
A la hora de la verdad, Abby bajó sus defensas y expresó sus verdaderos sentimientos. Sin poder contenerse, él le dio la mano. Ella se la apretó con fuerza.
–Parece como si estuviera rezando.
–Tiene buen tamaño –comentó el médico–. No tiene ninguna anormalidad, a simple vista. Todo parece correcto. Esta prueba no puede detectar todas las patologías, pero es una buena herramienta de diagnóstico. Sin duda, el bebé y el embarazo están en el camino correcto.
Vincenzo respiró aliviado. A Abby se le llenaron los ojos de lágrimas. Sin pensarlo, él se inclinó hacia ella y la besó en la boca.
–Eres maravillosa, Abby –susurró él–. Me estás dando el mundo entero.

–Me alegro tanto de que el bebé esté bien…

El médico carraspeó.

–¿Queréis saber el sexo?

–Eso depende de Vincenzo –repuso ella.

–Prefiero esperar y que sea una sorpresa.

–Muy bien. Estas fotos puedes quedártelas.

El médico le explicó a Vincenzo lo que era cada cosa, pero no hacía falta. La forma del bebé era evidente y lo llenaba de admiración. Si Michelina hubiera estado allí, no habría podido dejar de llorar de la emoción.

–El feto tiene el tamaño adecuado a su edad y se está desarrollando a la perfección.

Vincenzo se guardó las imágenes en el bolsillo.

–¿Y cómo está Abby?

–Como puedes ver, está bien –afirmó el médico, quitándose las gafas–. ¿Ha vuelto a sangrarte la nariz?

Ella negó con la cabeza.

–Abby está en buena forma. Si continúa siguiendo mis consejos, no tiene nada de qué preocuparse. Solo tiene que descansar un poco más después de nadar. Pero su salud es excelente.

Eso era lo único que Vincenzo quería escuchar. De todos modos, no podía evitar sentirse un poco culpable porque ella arriesgara su vida para tener a su hijo.

–Gracias, doctor DeLuca.

Cuando el médico hubo salido, Abby se levantó para arreglarse el vestido.

–¿Puedes creerlo? Nuestro bebé está bien.

–Me alegro de que lo consideres tuyo también –señaló él–. Y me alegra saber que tú también estás bien. Esto tenemos que celebrarlo –añadió–. Después del trabajo, iremos a pasar el fin de semana en el yate. Te dejaré elegir el destino cuando estemos a bordo –propuso.

Ella lo miró perpleja.

–¿Cómo vas a poder escaparte de tus obligaciones?

–Muy fácil.

–¿Vincenzo? –dijo ella, cuando estuvieron dentro de la limusina–. ¿Crees que sería buena idea?

–Está claro que tú no lo crees –comentó él, frunciendo el ceño.

–Cuando le diga a mi padre que nos vamos a navegar, pensará que no es buena idea. Ya está planeando que nos vayamos a Estados Unidos. Sé que está nervioso por mí y que no quiere que pasemos juntos más tiempo del necesario.

Vincenzo apretó los dientes.

–¿Ha hablado ya con mi padre de sus planes de marcharse?
–Sí. Anoche.
–¿Cómo se lo ha tomado mi padre?
–Quiso conocer la razón y le preguntó por nuestra familia americana.
–¿Se disgustó?
–No. Dijo que lo había estado esperando.
Vincenzo hizo una mueca.
–¿Intentó convencer a tu padre para que se quedara?
–No, y ambos sabemos por qué –repuso ella con voz temblorosa–. Tú y yo hemos compartido una relación muy especial durante años. El bebé está en camino y Michelina ha muerto. Guilio quiere que te cases lo antes posible.
–Mi padre sabe lo que pienso al respecto –afirmó Vincenzo con rostro serio–. No pienso casarme de nuevo y ya he empezado a buscar una niñera a tiempo completo para que me ayude con el bebé.
–Lo dices en serio…
–Si piensas que no es así, es que no me conoces en absoluto –replicó él con la mandíbula apretada.
–No creo que Guilio te haya tomado en serio. La situación, entonces, es peor de lo que temía.
–¿Qué situación?
–Sabes de lo que estoy hablando. La única razón por la que me ofrecí a llevar dentro a vuestro hijo fue porque creí que Michelina y tú erais un equipo. Pero ella no está aquí y yo, sí.
–No te entiendo.
–Sí, lo que pasa es que no quieres admitirlo.
–¿Admitir qué?
–Con la muerte de Michelina y el embarazo, todos sospechan de nuestra relación. Por eso tu padre no le ha pedido al mío que nos quedemos. Quiere que te intereses por Odile, no por mí. Es a ella a quien deberías llevar de paseo en el yate.
–No me has escuchado –dijo él, cada vez más serio.
–Vincenzo, ahora mismo estás en terreno pedregoso y te aferras a mí porque es lo más fácil y familiar, pues siempre he estado cerca de ti. Pero no estás pensando con claridad. Si nos vamos de excursión en el yate, sería un desastre. Por eso, no pienso ir contigo.
El príncipe guardó silencio, mientras a ella se le aceleraba el corazón y se sentía culpable por haberlo disgustado.
–Tu esposa ha muerto hace solo unos meses. Es normal que no hayas planeado tu futuro todavía. Estarás en una especie de limbo hasta que nazca el bebé.
–¿Has terminado? –preguntó él con tono helador.
–Todavía, no –negó ella. Ya que se había atrevido a hablar, quería

decir todo lo que pensaba–. Michelina era quien quería que yo viviera en palacio, pero, ahora que no está, es mejor que vuelva a casa de mi padre.

Era cierto que se sentían muy a gusto juntos. Encima, Abby sabía que él estaba dejando de lado algunas de sus obligaciones reales para ocuparse de ella. Eso no podía continuar así. Debía mudarse.

–Es lo mismo que iba a sugerirte cuando volviéramos del paseo en yate.

El comentario de Vincenzo la sorprendió.

–Me alegro de que estemos de acuerdo. Seguiré en palacio y los criados podrán cuidar de mí. Pero, si vivo con mi padre, el rey se quedará más tranquilo de saber que no estoy todo el día contigo.

Cuando la había besado después de la ecografía, a Abby le había encantado. Pero no podía seguir engañándose a sí misma. Estaba enamorada de Vincenzo y, por eso, se sentía como si el niño fuera de ella también.

–En ese caso, pediré que lleven tus cosas esta misma noche.

–No tengo nada más que mis ropas.

Cuando llegaron a la oficina de Abby, Vincenzo le abrió la puerta. Ella salió, consciente de que la tensión de su conversación había ensombrecido las buenas noticias de la ecografía.

–Te veo esta noche, Abby. Cuídate.

Después de trabajar durante todo el día, Vincenzo agarró su teléfono y se fue al gimnasio de palacio para desahogarse. Se agotó haciendo ejercicios y regresó a su suite para ducharse y afeitarse. Cuando se estaba vistiendo, sonó su móvil. Le había pedido al centinela de la puerta que lo avisara cuando Abby regresara de la oficina.

Deprisa, Vincenzo se fue a la puerta de la suite para esperarla allí. Quería tomarla con la guardia baja. En cuanto ella dio la vuelta a la esquina y lo vio, se detuvo de golpe.

–¿Cu-cuánto tiempo llevas ahí?

–Solo un minuto –contestó él–. Te ayudaré a recoger tus cosas y cenaremos por última vez en la terraza. Dentro de un rato, vendrán a llevarse tu equipaje.

–No, Vincenzo, yo…

–¿No?

–Lo que quería decir es que el embarazo va bien. No es necesario que sigas cuidándome y preocupándote tanto por mí.

–Quiero hacerlo. Ya que eres la única persona del mundo que va a hacer realidad mis sueños, ¿vas a negarme el privilegio de mostrarte mi gratitud?

–Pero si lo haces constantemente.

Vincenzo tomó aliento.

–Las tres cuartas partes del tiempo estoy fuera del país u ocupado con el trabajo, así que eso no es cierto. Si quieres que me vaya, solo tienes que decirme que no quieres estar conmigo.

–Siempre he disfrutado de tu compañía, pero… –balbuceó ella con ojos brillantes.

–¿Pero qué?

–Ya lo hemos hablado esta mañana. Es mejor que mantengamos las distancias.

–¿Mejor para quién?

–¡Para todos! Desde el principio, supimos que la gente murmuraría. Después de la muerte de Michelina, todo ha cambiado y el rey lo sabe, estoy segura. Tienes que entenderlo, Vincenzo –rogó ella–. El que me vaya a Estados Unidos silenciará muchos rumores. ¡No tienes por qué estar aquí ni por qué ayudarme!

–Vaya, ya veo que tienes tu genio –comentó él con una sonrisa–. Es la primera vez que me lo demuestras.

Ella se sonrojó.

–No pretendía… ser descortés.

Vincenzo se encogió de hombros.

–En vez de discutir en el pasillo, ¿por qué no abres la puerta y nos quitamos de la vista de todos?

–Sé razonable –pidió ella, acercándose.

–Te estoy ofreciendo ayuda. ¿Qué es más razonable que eso?

–¡Ayudarme no es tu trabajo!

La única persona que alguna vez se había atrevido a hablar así a Vincenzo había sido su padre. Abby le resultaba todavía más atractiva cuando le mostraba esa faceta suya.

–¿Y cuál es mi trabajo? ¿Sentarme en mi trono de oro y dar órdenes a mis súbditos?

–¡Sí!

En ese instante, Vincenzo rompió a reír y, acto seguido, ella lo imitó.

–Eres imposible, Vincenzo.

–Mi madre solía decirme lo mismo. Vamos, déjame entrar. Después de haberme dejado la piel en el gimnasio, necesito una limonada fría.

–La puerta está abierta –repuso ella–. Solo la cierro con llave por la noche, pero tampoco haría falta, porque me has puesto dos guardaespaldas que velan mi puerta como estatuas.

Capítulo 7

VINCENZO abrió la puerta y esperó que Abby entrara delante. Cuando la vio pasar, meneando las caderas, tuvo que contenerse para no rodearla con sus brazos y apretarla contra su cuerpo.

Nunca con Michelina ni con cualquier otra mujer había sentido una atracción tan poderosa. Encima, Abby no lo provocaba de forma consciente en ningún modo. Ella no había hecho nada para gustarle.

En algún momento, sus sentimientos hacia ella habían dejado de ser solo amistosos para convertirse en algo más. ¿Qué era lo que había desatado su lado más carnal? Quizá, fuera el saber que iba a irse de palacio. O, tal vez, fuera el haber visto al bebé en las ecografías, latiendo en su interior.

El padre de Abby, sin duda, habría aconsejado a su hija que no lo acompañara en el yate. Su propio padre, el rey, se lo había puesto fácil a su viejo jefe de seguridad para que se fuera, pensando que, si Abby y su hijo estaban separados, sería más difícil que dieran ningún paso en falso.

Vincenzo lo entendía. Sin embargo, su deseo y su necesidad de estar con ella eran tan fuertes que casi lo asustaban.

Mientras Abby estaba en el baño, llamó a la cocina para que les llevaran sándwiches y ensalada a la habitación.

–Esta es la última noche de la señorita Loretto en su suite de palacio. Vuelve a la casa del señor Loretto, en la zona de servicio. A partir de ahora, le llevarán la comida allí siempre que ella lo solicite.

–Muy bien, Alteza.

El príncipe se levantó y se fue a buscar a Abby.

–He pedido algo de comer. Mientras esperamos, ¿en qué puedo ayudarte?

Ella había colocado algunas maletas sobre la cama y ya había vaciado los cajones de la cómoda.

–Bueno, no hay mucho que llevarse. Dejé casi todas mis cosas en casa de mi padre. Igual puedes recoger mis DVDs de la estantería de la sala de estar. Yo me ocuparé del despacho. Los criados tendrán que traer cajas para llevar mis libros y los cuadros de Michelina –indicó ella, y le tendió una bolsa vacía.

Abby tenía una impresionante colección de óperas, desde *Madame Butterfly* a *Tosca*. Y su colección de películas era tan variada como los distintos matices de su personalidad. Vincenzo guardó todos los discos

y regresó al dormitorio.

–¿Te gusta esta serie? –preguntó él, mostrándole un DVD con una serie ambientada en una corte real.

–¡Me encanta! ¿La conoces?

–Claro. No me he perdido ni un capítulo.

Sonriendo, Vincenzo le propuso verla mientras cenaban.

–Me parece estupendo.

–Bien.

–Oh. Alguien llama –dijo ella.

–Yo iré.

Vincenzo abrió y dejó la bandeja sobre la mesa del salón.

Después de vaciar el baño de sus útiles de aseo, Abby se dirigió a su despacho y, en un santiamén, lo limpió todo.

–¡Ya estoy! –señaló ella, entrando en el salón–. Ahora tus pobres esclavos pueden llevarlo todo a casa de mi padre –bromeó.

Con una sonrisa, Vincenzo le ofreció asiento y encendió la pantalla, para comenzar a ver su serie favorita.

Abby comió con apetito. Por suerte, su pequeña discusión en el pasillo no la había afectado tanto como él había temido.

Quizá, ella estaba entusiasmada con la idea de volver a vivir con su padre. Así, no viviría sola… aunque eso le dejara muy poco espacio a Vincenzo.

Él, ansiaba poder pasar más tiempo con ella. Durante su viaje a Francia, la había echado de menos mucho más de lo que había anticipado. Y no era solo por el bebé. La compañía de Abby era un puro placer para él.

–¿No te parece que la reina está fantástica en esta serie? La actriz es perfecta para el papel. ¿Cómo iba a querer el rey estar con ninguna otra teniendo a una mujer como ella? –comentó Abby, pegada a la pantalla.

Vincenzo sabía que ella lo había dicho sin ninguna mala intención, sin embargo, aquel comentario inocente despertó su sentimiento de culpa.

Él le había sido fiel a Michelina, aunque nunca había sentido pasión por ella. La atracción que experimentaba por Abby era reciente. De la misma manera, sus sentimientos amorosos hacia ella habían ido creciendo poco a poco, sin que se diera cuenta.

–Es muy hermosa y exótica –dijo él, aunque su mente estaba en otra parte.

–¿Qué sentirá una mujer al ser tan bella? No puedo ni imaginármelo.

–Tú no tienes nada que envidiarle –afirmó él, posando los ojos en ella–. Solo hay una Abby Loretto en el mundo.

–Eres un caballero, Vincenzo. No me extraña que tus súbditos te

adoren.

–Abby…

–No, no –le interrumpió ella–. No tienes más que echar otro vistazo al álbum de recortes para ver que es verdad.

Vincenzo se enfureció consigo mismo por lo imposible de su situación.

–Si lo que intentas es convencerme para que siga representando el papel para el que me han criado, no lo conseguirás. Ya no soy un niño nacido en una familia real. Soy un hombre con mis propias necesidades. Lo siento si te he decepcionado.

–No soy una tonta. Entiendo por qué no quieres casarte con alguien a quien no amas, aunque sea un deber real. Después de tu experiencia con Michelina, tiene todo el sentido del mundo. Pero no puedo creer que, algún día, una mujer con sangre real no te deje embobado y decidas hacerla tu esposa, para tomarle el relevo a tu padre.

El capítulo de la serie había terminado. Abby se levantó y guardó el disco junto a los demás.

–Quizá ocurra ese milagro –afirmó él–. Pero, en el presente, el nacimiento de nuestro hijo es lo único que me importa. Solo puedo pensar en eso.

–Ese momento está a la vuelta de la esquina.

No… Quedaba menos de un mes para que Abby se fuera a Estados Unidos, se dijo él.

–Los criados llegarán enseguida –señaló él, poniéndose en pie–. Ven conmigo. Si te apetece caminar, podemos ir a dar un paseo a los jardines donde te criaste.

Abby rio feliz, como si volviera a ser una niña.

–Me encantaría. He comido demasiado esta noche y tengo que hacer ejercicio. Si no, en la próxima revisión, pesaré como una…

–No lo digas. Prefiero que no estropees la visión ideal que tengo de ti.

Abby se giró en ese momento, por lo que él no pudo ver la reacción que le causaba su comentario.

–Les dejaré una nota para informarles de que todo está en el salón, listo para ser transportado.

En pocos minutos, se digirieron por una hilera de pasillos hasta el otro lado del palacio y bajaron unas escaleras a los jardines.

Hacía una bonita noche de verano. Él había jugado en esos jardines cientos de veces y, muchas de ellas, con Abby. Pero, en esa ocasión, era diferente.

Vincenzo tuvo que contenerse para no darle la mano mientras paseaban. No quería asustarla. Allí cerca estaba la casa de su padre, en uno de los pequeños edificios adyacentes al palacio.

Dejándose llevar por un impulso, el príncipe se detuvo delante de

un macizo de hortensias en flor.

–Son para ti –dijo él, tendiéndole unas cuantas–. Los pétalos son del color de tus ojos. No son azules, ni violetas, sino una mezcla de ambos.

–Huelen de maravilla –dijo ella, inspirando su aroma–. Gracias –le susurró–. No tienes ni idea de cuántas veces he querido arrancar unas pocas. Son mis flores favoritas y también eran las de mi madre.

–Igual es porque le recordaban a los ojos de su única hija –adivinó él–. Abby, ¿por qué tus padres no tuvieron más hijos?

–A mí me tuvieron cinco años después de casarse, porque antes mi padre había estado en el ejército y había pasado poco tiempo en casa. Dos años después, decidieron tener otro, pero mi padre resultó herido en combate y quedó estéril. No querían adoptar, tampoco. Creo que esa fue una de las razones por las que decidieron mudarse a Arancia. Querían empezar de nuevo, sin malos recuerdos.

–No lo sabía –comentó él, sorprendido–. Nunca olvidaré lo destrozado que se quedó tu padre cuando la perdió.

–Estaban muy enamorados y fueron muy felices juntos.

–Además, te tuvieron a ti –añadió él. Cada vez, comprendía mejor lo unidos que estaban Abby y su padre.

–Su incapacidad para tener más hijos fue, quizá, otra razón que me impulsó a ofrecerme para tener a vuestro bebé. Es curioso que tantas personas no tengan ninguna dificultad en tener descendencia, mientras otras…

Caminando en silencio, llegaron a la casa donde ella viviría hasta que naciera el bebé. Abby se fue a poner las flores en agua y, cuando volvió al salón, las dejó sobre la mesa.

Esa era la primera vez que Vincenzo entraba en la suite de Carlo. Había fotos familiares por todas partes.

–¿Es agradable volver a casa?

–Sí y no –repuso ella–. En mis aposentos de palacio me he sentido como en mi hogar durante estos meses. Mi padre y yo podemos ser un poco ermitaños. A los dos nos gusta mucho leer y somos muy celosos de nuestra privacidad. Va a tener que adaptarse a que invada su espacio de nuevo.

–Creo que lo soportará –replicó él, que sabía que el padre de Abby estaba deseando sacar a su hija del país con él cuanto antes–. Me quedaré hasta que lleguen los criados con tus cosas.

Abby se sentó en el sofá, contemplándolo con ansiedad.

–Espero que no te tomaras muchas molestias en preparar el yate.

–Mi padre le paga al capitán un buen sueldo para que lo tenga dispuesto para navegar en cualquier momento.

–No me refería al dinero.

–Lo sé. La verdad es que es una pena que no quieras venir conmigo,

porque pensaba llevarte a Barcaggio, en la Costa Norte de Córcega.

–Nunca he estado allí. ¿Acaso crees que no me gustaría ir?

–A ti, que tanto te gusta la historia, te resultaría fascinante –insistió él–. Tienen un sistema único de señales, con sesenta torres de guardia del siglo XV, para vigilar la isla. Al menos, tres de ellas funcionaban como faros que hacían señales con fuego para indicar la presencia de piratas. La Torre de Barcaggio es una de las mejor conservadas y el agua que la rodea es clara como en el trópico.

–No me cuentes nada más o me deprimiré.

Una llamada a la puerta los interrumpió. Vincenzo abrió a los criados, deseando que terminaran y se fueran cuanto antes.

Durante unos minutos, sus hombres entraron cargados de cajas y maletas. Vincenzo ayudó a llevar los libros de Derecho a la biblioteca. Entonces, vio algo sobre el escritorio que le dio una idea. Después de dar las gracias a los criados y despedirlos, llamó a Abby.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, acercándose.

–Creo que tengo la manera de que podamos cenar juntos sin salir de nuestros aposentos.

–¿Cómo?

–Haremos que nos las traigan a la misma hora y hablaremos por Skype mientras comemos. Así, podré saber cómo estás y ver si me mientes cuando me digas que te encuentras bien.

Ella torció la boca.

–Yo también sabré cuándo estás de mal humor.

–Eso es. ¿Trato hecho?

–No lo dices en serio, ¿verdad?

–Cuando llegue a mi suite, te haré una videollamada para comprobar que todo funciona –insistió él.

–¿Te refieres a que lo hagamos todas las noches?

–¿Por qué no? Esté donde esté, en palacio o de viaje, siempre haré una parada para cenar y tú, también. Al final de una dura jornada, eres la única persona con la que me apetece relajarme. Así, no tendré que perseguir a Angelina para preguntarle cómo estás. ¿Qué te parece si quedamos a las siete?

–Bueno, pero antes o después, te reclamará alguna tarea ineludible, ya lo verás.

Vincenzo decidió que era mejor irse antes de que llegara el padre de Abby.

–¿Cuánto te juegas a que no es así? –replicó él–. ¿Qué te parece si hacemos una prueba de treinta días? Así, acallaremos los rumores. Y quien no se presente a la cita de las siete, tendrá que enfrentarse a las consecuencias.

–De acuerdo –dijo ella, mirándolo con ojos divertidos–. Pero eres tú quien más compromisos tiene y quien va a romper el trato antes.

Vincenzo abrió la puerta.

–No cuentes con ello. Te veré por videoconferencia en cuanto llegue a mi suite –advirtió, y se miró el reloj–. ¿Te parece bien dentro de veinte minutos?

–No lo creeré hasta que no lo vea.

Dejando en el aire el reto, Vincenzo se dirigió a toda prisa a sus habitaciones. Había muchas maneras de estar en contacto con ella sin tocarla físicamente, se dijo.

En realidad, le molestaba que, después de haber estado años con Michelina y no haber podido amarla, se enamorara de otra persona a tanta velocidad. Sus sentimientos lo abrumaban. Si quería tener una relación con Abby, por otra parte, debía ir despacio, para no asustarla. Él sabía que le gustaba. Ella no podía ocultarlo, aunque tampoco se había permitido confesarlo.

Por el momento, gracias a los avances de la tecnología, podía seguir viéndola sin que nadie lo supiera. La tendría para él solo todas las noches.

Su primer objetivo era ser un buen padre, sí, pero tenía que reconocer que, además, estaba loco por la mujer que estaba embarazada de su hijo.

Abby se cambió de ropa y se dirigió a la biblioteca. De camino, se llevó con ella el jarrón de flores.

Lo puso en el escritorio, encendió el ordenador de su padre, lista para responder la llamada de Vincenzo. Podría verlo a la perfección en la gran pantalla, si él llamaba, claro. No dudaba de sus buenas intenciones, aunque sabía que el príncipe tenía una rígida agenda que, muchos días, lo mantenía ocupado hasta tarde.

En el fondo, Abby sabía que había hecho bien al volver con su padre. Sin embargo, cuando Vincenzo había salido por la puerta hacía un rato, no había podido evitar sentirse desolada. Ante ella, se abría el futuro desconocido, y lo cierto era que la asustaba un poco.

Con la ausencia de Michelina, Vincenzo era su persona de referencia en el periplo del embarazo. Sin embargo, ambos habían tomado la decisión correcta de no verse, al menos, en persona.

¿Serían las videollamadas una verdadera solución para estar en contacto sin disgustar a sus respectivos padres? Desde luego, Vincenzo era un hombre de muchos recursos.

Incapaz de resistirse, Abby se inclinó para oler las hortensias. A partir de ese día, siempre le recordarían a él.

Tenía que admitirlo… Estaba enamorada de Vincenzo y lo había estado desde siempre. En su corazón, nunca había habido espacio para nadie más…

La llamada la sobresaltó.

–Buenas noches, Abby.

Ella puso el altavoz a todo volumen para oírlo bien. El sonido de su voz masculina y aterciopelada la hizo estremecer. En la pantalla, estaba tan atractivo como en persona.

–Buenas noches, Alteza.

–Te has vuelto muy formal desde que me he ido de tu casa.

–Tengo pánico escénico –repuso ella, y era la verdad. Nadie creería que estaba hablando por videoconferencia con el mismísimo príncipe de Arancia.

–La conexión es buena. Mañana podremos repetirlo.

–Puede que tengamos que cambiar la hora. Mi padre vendrá pronto a casa porque voy a hacer la cena. ¿Podemos quedar a las ocho y media mejor?

–Me lo apuntaré –bromeó él.

–Esto es muy divertido –reconoció ella, sonriendo.

–No es lo mismo que estar contigo en persona, pero no me quejo. ¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro.

–¿Te dijo el doctor DeLuca el sexo del bebé?

–No –negó ella, conteniendo el aliento–. Quiso obedecer tus deseos. Y yo creo que ha sido una buena idea no preguntárselo. Si se supiera, el rey y la reina estarían como locos planeando el futuro del próximo príncipe o la próxima princesa.

Él rio.

–Me gusta cómo piensas, sobre todo, porque me lees la mente con mucha facilidad. Hay otra cosa que me produce curiosidad. Nunca hablas del bebé.

–He seguido el consejo del psicólogo… y he intentado no pensar demasiado en el niño –explicó ella con el corazón encogido–. Me dijo que era mejor que me centrara en cuidarme y no fantaseara mucho con un hijo que no iba a ser mío.

–¿Y te funciona su consejo? –inquirió él con gesto serio.

–Es muy difícil de seguir –reconoció ella y tomó aliento–. Tengo que admitir que, si no me hubieras hecho esa pregunta, pensaría que tienes el corazón de piedra.

–Abby… has aceptado hacer lo imposible por mí. No serías humana si no estuvieras pensando en el bebé día y noche.

–Tienes razón. Durante mis conversaciones con Michelina y contigo antes de someterme a la inseminación, tomé la decisión de ser como el cartero que lleva el correo sin leer lo que hay dentro de las cartas. Si el cartero las abriera, lo más probable fuera que no pudiera entregarlas en su destino. Haberme hecho la ecografía hoy ha sido como abrir la primera carta –confesó ella–. No puedo dejar de pensar

en el bebé, si será niño o niña, a quién se parecerá…
–Ya te lo he dicho muchas veces, Abby. Te has cargado un peso muy pesado sobre los hombros –afirmó él con tono solemne.
–Tú, también. No todo el mundo podría confiarle a una extraña la vida de su bebé.
–Tú no eres una extraña.
–Ya sabes a qué me refiero.
–No. Nunca has sido una extraña para mí. Siempre has sido mi amiga. Me siento como si te conociera de toda la vida. Por eso, me pareció lo más natural del mundo que fueras tú quien trajera a mi hijo al mundo.
Ella se humedeció los labios.
–Quedan apenas cuatro meses para que llegue –comentó ella, aunque no le gustaba hablar del parto, por lo que significaría. Pensar en separarse de Vincenzo le rompía el corazón–. ¿Has comprado algo para el bebé?
–Me alegro de que saques el tema. Dentro de unos días, iré de compras y me gustaría que me ayudaras a decorar el cuarto del niño o la niña.
–Me encantaría –respondió ella, entusiasmada con la idea.
–Te enviaré fotos de diseños por Internet y lo decidiremos juntos.
–¿Sabes dónde vas a poner su cuarto?
–O en mi suite o en la habitación que hay al otro lado del pasillo.
–¿Dónde quería ponerla Michelina?
–Nunca hablamos de eso –contestó él–. Su preocupación por lo que pensaría su madre cuando lo supiera eclipsó la parte divertida de hacer planes.
Claro, pensó Abby.
–Bueno, ahora podemos pensarlo. Si lo pones en tus aposentos, la niñera estará entrando y saliendo todo el rato de tu santuario privado.
Vincenzo rio.
–Cuando se despierte en medio de la noche con dolores de cólico, necesitarás que la niñera esté a mano, ¿no?
–Tendré que pensarlo.
–De acuerdo. ¿Qué tienes en tu agenda para mañana? –preguntó ella.
–No creo que quieras saberlo.
–Ponme a prueba.
Vincenzo esbozó una pícara sonrisa.
–Tú lo has querido. Primero, iré a nadar a la piscina. Luego, me vestiré y desayunaré con mi padre. A continuación, leeré una docena de periódicos para informarme sobre la situación actual en el mundo. A las diez, visitaré la empresa social Esposito para reunirme con los discapacitados que trabajan en un proyecto de construcción en

Esposito Ricci. A las once y media, he quedado con los representantes de la Iglesia de San Juan, las iglesias nacionales y el gremio de restauradores. A las doce, comeré en Gravina, en una reunión con grupos de diferentes creencias religiosas. A la una y media, visitaré el Hotel Domenico, que participa en una iniciativa mía para abrirse al mundo de las convenciones de negocios. A las tres menos diez, como fundador de la Asociación Toffili, iré a reunirme con los empleados del Hospital San Lucca. A las cuatro, me esperan en la escuela para huérfanos de Chiatti. Los alumnos me han preparado una pequeña representación. A las cinco menos diez, he quedado con varios grupos locales en el ayuntamiento de Cozza. A las cinco y media, como presidente y creador de la Fundación Príncipe, me reuniré con jóvenes que hayan participado en alguno de sus programas, en el Hotel Moreno de Lanz.

Abby no podía creerlo.

–Te lo acabas de inventar sobre la marcha.

–Te juro que no.

–¿Eso es todo? –inquirió ella, atónita–. Tenías razón, Vincenzo. No quería saber cuál era tu agenda y nunca más quiero pensar en ello.

Incluso a través de la videollamada, las carcajadas de Vincenzo le resultaban tan contagiosas que ella también acabó llorando de risa. Y así fue como la encontró su padre cuando entró en la biblioteca. También vio al príncipe en la enorme pantalla de su ordenador.

–¿Abby? ¿Por qué no hablas?

Su padre se había acercado a oler las hortensias.

–Tengo compañía.

–Saluda a tu padre de mi parte –dijo Vincenzo, comprendiendo.

–Lo haré. Buenas noches, Alteza.

Nerviosa, Abby apagó el ordenador y miró a su padre, que la contemplaba con gesto extraño.

–Guilio me aseguró que su hijo nunca perdía la compostura. Me pregunto qué le ha pasado –comentó Carlo.

Abby se levantó, intentando pensar una respuesta rápida.

–Es que va a ser padre.

–Debe de ser por eso. Bienvenida a casa, cariño.

Capítulo 8

LOS reporteros rodearon a Abby cuando salió con el señor Giordano del palacio de justicia en el centro de Arancia. Había ganado el caso y eso implicaba que habría reformas importantes en la política comercial del país.

El juez Mascotti la había llamado para hablar con ella aparte después de la vista.

–Sé que este caso interesaba en palacio, pero quiero que sepa que he tomado mi decisión basándome solo en los méritos que usted ha presentado.

Abby estaba encantada de oír aquellas palabras.

Para asistir al tribunal, se había puesto un moño y un traje de chaqueta de premamá, de talle alto. La chaqueta blanca camuflaba bastante bien su vientre abultado. En los pies, se había puesto sandalias planas.

Ya estaba en la semana veintitrés de gestación. Hacía dos días, había tenido su primer episodio de contracciones de Braxton-Hicks, pero el médico le había dicho que era normal y solo indicaba que su cuerpo se estaba preparando.

Cuando Vincenzo se había enterado, había hablado con el obstetra de nuevo y le había propuesto a Abby dejar de ir a trabajar.

Ella no tenía ganas de quedarse en casa sin hacer nada, pero tenía que cumplir su parte del acuerdo que había hecho con Michelina y Vincenzo. Al llegar a la oficina, sus compañeros la estaban esperando con champán para celebrar su victoria y, también, porque ese era su último día de trabajo.

Todos pensaban que se iba a Estados Unidos y, por eso, dejaba la empresa. Carolena le sirvió zumo de uva blanca en su copa cuando nadie miraba. Si alguien se había dado cuenta de su embarazo, nadie dijo nada.

Después de quedar con Carolena en que hablarían a diario por Skype, Abby salió de la oficina y se subió a la limusina que la esperaba. Dentro del vehículo, se recostó en el asiento con los ojos cerrados.

El caso que acababa de ganar significaba mucho para ella, pues beneficiaría a Arancia.

–*Signorina?* –llamó el chófer, que había detenido el coche en el puerto–. Se requiere su presencia en el yate. Por aquí, por favor.

Con el corazón acelerado, Abby subió la rampa para abordar. Angelina estaba allí esperándola.

–En palacio quieren celebrar su victoria en el juzgado con un paseo nocturno en yate –indicó Angelina–. Han traído algunas de sus cosas para que se sienta cómoda. Le mostraré su camarote. Venga conmigo. Tiene órdenes de relajarse, comer y pasear por cubierta todo lo que quiera.

–Gracias, Angelina –murmuró Abby, demasiado abrumada como para hablar. Sin embargo, en vez de sentirse entusiasmada por aquel regalo, le preocupaba que esa noche se perdería su conversación diaria con Vincenzo a través del ordenador. Desde que el juez había dictado sentencia, había estado deseando compartir con él todo lo que había pasado. Pero, al parecer, tendría que esperar a la noche siguiente.

–¿Necesita algo más? –preguntó Angelina.

–Estoy bien, gracias. Solo quiero tumbarme un rato. Ha sido un día muy largo –dijo Abby, y se miró el reloj. Eran las seis menos cinco.

–Claro. Si necesita algo, no tiene más que descolgar el teléfono y la persona al otro lado me avisará. Tiene la cena lista en la mesa.

Abby asintió antes de que la otra mujer saliera y cerrara la puerta tras ella. La cama tenía muy buen aspecto. Después de cerrar las cortinas, se fue al baño y se quitó la chaqueta y las sandalias. Se comió medio sándwich y una ensalada de fruta antes de irse a la cama. Estaba demasiado cansada para quitarse el vestido, y se quedó tumbada con los ojos cerrados.

Al oír que alguien la llamaba, se despertó de golpe. Medio dormida, pensó que era Vincenzo a través de una videollamada.

–¿Vincenzo?

–Aquí estoy.

–Bien. Quería hablar contigo y creí que no podría hacerlo hasta mañana por la noche –repuso ella. Sin embargo, al incorporarse en la cama, se dio cuenta de que algo no encajaba. No estaba sentada ante su ordenador. Estaba en un yate y Vincenzo estaba parado delante de ella, vestido con vaqueros y una camiseta.

–¡Estás aquí! –exclamó Abby con el pulso acelerado–. Quiero decir, estás aquí en carne y hueso.

–He llamado a la puerta y, como no contestabas, he entrado para ver si estabas bien –se explicó él–. No has comido apenas.

–Estaba demasiado cansada cuando llegué. ¿Cómo has entrado?

–He venido en helicóptero. ¿Te encuentras bien?

¡No!, pensó Abby. Había estado deseando verlo en persona durante seis semanas. Estaba demasiado sorprendida y se sentía desorientada.

–¿Abby?

–Sí –afirmó ella, nerviosa, y se apartó el pelo de los ojos–. No

deberías estar aquí.

–Has faltado a nuestra cita y, como castigo, he decidido que tendrás que estar conmigo hasta mañana.

–Confieso que pensé que serías tú quien no podría cumplir el trato –susurró ella. Estaba temblando.

–¿Es lo único que tienes que decir?

Abby se había quedado sin palabras. ¿Iban a pasar toda la noche juntos?

–¿Qué quieres que diga?

–Que te alegras de verme.

–Bueno, claro que me alegro –repuso ella, aunque con tono malhumorado.

–Ahora sí se te nota el embarazo. ¿Puedo tocarlo?

Aunque era una petición muy comprensible, Abby se quedó perpleja y no supo qué contestar. No le parecía correcto negarse, pero si le decía que sí…

Dejándose llevar, Abby le agarró una mano y se la colocó sobre el vientre. Al fin y al cabo, no era la primera vez que la tocaba. Hacía años, le había salvado la vida y ella había llorado en sus brazos.

Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Notó la calidez de sus dedos a través del vestido, mientras se sentía recorrida por una corriente eléctrica.

–¿Lo has notado moverse? –inquirió él con voz ronca, palpándola con suavidad.

–Un poco. Desde hace días, he notado movimientos muy suaves. Al principio, no estaba segura de si eran retortijones de hambre, pero hace un rato he notado una patada que, sin duda, provenía del bebé.

–Es un milagro, ¿verdad? –dijo él, sin dejar de palparle el vientre con suma delicadeza.

El rostro de Vincenzo estaba tan cerca del suyo, que Abby podía sentir su respiración en la mejilla.

–Me alegro de que hayas dejado de trabajar. En casa, el bebé y tú estaréis más seguros.

–En ningún sitio se está seguro del todo, Vincenzo.

–Sí, pero hoy cuando te vi en la televisión, saliendo de los juzgados, me morí de miedo pensando que podías caerte por esas escaleras tan altas.

–El señor Giordano me tenía sujeta del brazo.

–Me di cuenta. Se ha divorciado hace poco.

¿Cómo sabía eso Vincenzo? Sin embargo, al instante, Abby se dijo que no era de extrañar. Él siempre se informaba sobre todo lo que ella hacía y sobre las personas que la rodeaban.

–Me pareció muy agradable y muy comprometido con su propuesta de reforma.

–¿Te ha pedido que salgas con él?
¿Qué más le daba?
–Me lo pidió cuando iba a subirme a la limusina.
La mano de él se paralizó.
–¿Qué le contestaste?
–Lo mismo que les dije a todos en la fiesta de despedida, que me voy a Estados Unidos –repuso Abby. Si lo repetía lo suficiente, acabaría por creérselo ella misma.
Vincenzo seguía tenso. Ella aprovechó el momento para apartarse y encender las lámparas de noche que tenía a los lados de la cama.
–¿Sigues cansada?
No, pensó Abby. Sentir su mano sobre el vientre le había acelerado el corazón. Aunque sabía que no era recomendable, lo que más le apetecía era subir a cubierta con él para disfrutar de la noche en el mar.
Ambos habían traspasado los límites esa noche. Era lógico que él quisiera tocarle el vientre. Sin embargo, Abby había percibido su deseo también. La atracción entre ellos era innegable.
De todos modos, no podían rendirse a sus instintos. Ella le había dicho a la reina que llevar al bebé en su seno era una ofrenda sagrada.
–Un poco cansada, sí –repuso Abby, dedicándole una sonrisa–. Voy a ducharme y acostarme. ¿Por qué no desayunamos en cubierta mañana y nos damos un baño? Me gustaría mucho –propuso, con el único objetivo de mantenerse alejada de él esa noche.
–Llegaremos a la costa de Córcega al amanecer. Si estás despierta a las siete y media, verás el agua en el momento en que está más clara.
En parte, Abby había esperado que le rogara que no se acostara todavía. Pero sabía que Vincenzo era un hombre de honor y que no tenía ninguna intención de forzar nada.
–Pondré el despertador y me reuniré contigo arriba.
–Buenas noches, entonces.
Cuando Vincenzo se giró para irse, Abby lo llamó.
–Gracias por esta sorpresa inesperada.
–Ganaste el caso y te mereces un regalo. Todo el país se beneficiará de lo que has logrado en los tribunales hoy.
–Gracias. Pero no me refería solo a esta noche en el yate. Quería agradecerte nuestras sesiones de videollamadas. Me encantaban.
–No han terminado –señaló él, arqueando una ceja.
–Me alegro.
–También han sido mi salvación, Abby –confesó él antes de salir y cerrar la puerta.
Querer interpretar sus palabras como algo más sería un error, se advirtió Abby. La suya era la más extraña de las situaciones en que podían encontrarse un príncipe y una plebeya. Cuanto más cerca

estaba la fecha de parto, más increíble le parecía que hubieran conseguido llegar tan lejos.

Por la mañana, el sol amaneció radiante, iluminando las aguas turquesas junto al faro del que Vincenzo le había hablado. Abby se había puesto un albornoz y estaba apoyada en la barandilla del yate, observando cómo los rayos de sol penetraban en el agua clara.

Vincenzo, con su traje de baño negro, se había zambullido y buceaba por el arrecife que se dibujaba bajo la superficie. Se sumergió hasta quedar casi fuera de la vista.

Aunque él nadaba como un pez, Abby no se quedó tranquila hasta que lo vio salir a respirar. Deseó tener su cámara para capturar esa imagen, pero cuando había salido de casa para ir al juzgado el día anterior, no se le había pasado por la mente que podían terminar allí.

–¡Qué envidia me das! –le gritó ella. Aunque era agosto, el agua estaba demasiado fría a esas horas de la mañana.

–Pronto podrás hacerlo tú.

No con él, pensó ella.

–¿Hay algún bicho peligroso ahí abajo?

–Solo un gran tiburón blanco.

–¡Vincenzo!

Con el pelo moreno mojado y hacia atrás, el príncipe era el retrato de las fantasías de toda mujer.

–¿Está listo el desayuno?

Abby rio.

–¿Te he dicho lo gracioso que eres a veces? ¡Sabes muy bien que tu comida siempre está lista!

–¡Me muero de hambre!

–¡Y yo!

Vincenzo nadó con la gracia de un atleta hasta las escalerillas de su yate de veintidós pies y subió a bordo. Enseguida, se sentaron junto a la piscina, ante un fantástico desayuno. Cuando hubieron terminado, Abby se quitó el albornoz para tomar el sol. Sus hamacas estaban pegadas. ¡Aquello era el paraíso!

El yate comenzó a navegar alrededor de la isla. Al día siguiente por la noche, aquel viaje idílico sería solo un recuerdo. Pero Abby no quería pensar en nada que le aguara la fiesta.

Después del momento de intimidad que habían compartido la noche anterior, cuando el príncipe le había palpado el vientre, ella decidió que no importaba que pudiera verla en su estado solo con el biquini. Él la recorrió con la mirada en varias ocasiones, aunque sin hacerla sentir incómoda.

Una de las camareras de a bordo les llevó algo para leer. Vincenzo

se incorporó para ojear un periódico.

–Sales en la primera página del diario de ayer. Deja que te lo lea: «Una nueva estrella nace en el firmamento legal de Arancia. Aunque podría ser una estrella de cine, la señorita Abigail Loretto, una hermosa rubia que trabaja en el despacho de abogados de Faustino, Ruggery, Duomo y Tonelli, es todo un cerebro. Acaba de ganar un caso importante en la corte del juez Mascotti que ha hecho que el abogado del señor Masala esté sin dormir preparando la apelación».

Vincenzo le tendió el periódico por si lo quería ver.

–¿Te he dicho lo orgulloso que estoy de ti?

Su comentario inundó a Abby de calidez.

–Estoy tomando el sol en el yate real, mientras que Su Alteza el príncipe me está tratando como a una princesa. ¿Estaré soñando?

–Creo que deberíamos empezar a hacer un álbum de recortes de prensa para ti.

–Sería muy pequeño, ya que dejé el trabajo ayer. Mi ascenso a la fama ha sido visto y no visto. Espero que no te parezca mal que ayude a Carolena a hacer una investigación desde mi casa.

–Puedes hacer lo que quieras con tu vida, Abby. Solo me preocupa que no sufras estrés, por tu bien y por el del bebé.

–Estoy de acuerdo.

–El sol es fuerte, aunque no se nota por la brisa –comentó él–. Debes tener cuidado con no quemarte.

–Es verdad. Me cubriré dentro de un momento.

–Abby…

–¿Qué? –preguntó ella, presintiendo que se trataba de algo serio.

–Cuando oigas lo que tengo que decirte, te provocará un poco de estrés, pero tienes que escucharlo.

–Adelante.

–Le hemos hablado a Gianna de la situación.

Alarmada, Abby se incorporó y se tapó con la toalla.

–¿Hace cuánto?

–Mi hermana te vio en las noticias de la televisión. Como te conoce desde hace años, me llamó para contármelo. Te estás haciendo famosa y mi padre y yo decidimos que era mejor contarle lo de tu embarazo antes de que se enterara por otra vía.

–Lo entiendo, Vincenzo –dijo ella con el corazón acelerado–. ¿Y tuvo la misma reacción que tu suegra?

–No. Piensa que somos muy *modernos* por haber hecho algo así, según sus propias palabras. Y no se puede creer que Michelina estuviera de acuerdo.

–¿A causa de la reina?

–No –murmuró él.

–Entonces, fue porque yo soy quien está embarazada de vuestro

hijo.

El silencio de Vincenzo habló más que mil palabras.

–No es nada personal –aseguró él tras unos segundos.

–Lo sé.

–Teme la reacción del pueblo cuando la noticia se haga pública. Quería contártelo para que estés preparada cuando Gianna te haga una visita con su marido.

–¿Cuándo será eso?

–Esta noche.

Abby se quedó paralizada.

–Si no hubiera decidido visitarte, podríamos quedarnos en el yate otra noche –señaló él–. No tienes por qué verla si no quieres, Abby. Esto no es asunto suyo.

–Sí lo es. Ella será la tía de tu bebé. Nos enfrentaremos juntos a lo que tenga que decir, igual que hicimos con la reina. ¿Era buena amiga de Michelina?

–Sí. Eran íntimas –asintió él–. Sé que le ha dolido el que Michelina no se lo contara.

–Algunas cosas no incumben a nadie más que a la propia pareja –opinó ella–. Seguro que lo entiende.

–Eso espero –repuso él, y se levantó de la hamaca–. Vamos. Tienes que ponerte un poco a la sombra.

Abby se puso el albornoz y se sentaron en el bar que estaba cubierto del sol. Una suave melodía de rock sonaba en los altavoces. La camarera les llevó limonada helada.

–Siento que tu hermana esté disgustada, pero no me preocupa tanto. Ya pasé mi prueba de fuego con tu suegra –reconoció ella con una sonrisa.

–Entonces, no nos preocuparemos –dijo él, apretándole la mano con suavidad un momento.

–¿Cuánto vamos a tardar en volver a puerto? –quiso saber ella, todavía envuelta por el rastro de calidez que le había dejado la mano de él.

–Tú tardarás unas cinco horas.

–Pero tú, no –adivinó ella, sin poder evitar sentirse decepcionada.

–No. Un helicóptero me recogerá dentro de media hora para llevarme a palacio. Pero, antes de irme, quiero bailar contigo.

Sin esperar su respuesta, Vincenzo la tomó de la mano y la rodeó con sus brazos. Se movió con ella despacio, apretándola contra su pecho.

–¿Sabes lo increíble que es tenerte entre mis brazos, mientras nuestro bebé está dentro de ti?

Abby contuvo la respiración.

–Hace mucho tiempo que quería hacer esto. No te resistas a mí,

Abby –le susurró él, y la besó en la mejilla, en el cuello, en el pelo.

Abby se estremeció de placer. Lo último que quería era apartarse de él, así que se permitió a sí misma disfrutar del instante, abrazándose a su cuello.

–Ojalá no tuvieras que irte.

–No tengo ganas de hacerlo.

Antes de que Abby pudiera darse cuenta, el príncipe la besó en los labios. Fue un beso masculino, cargado de pasión, que le incendió las venas como lava de volcán.

Pensando que iba a desmayarse de gusto, Abby oyó el ruido de las hélices acercándose en el cielo. El corazón se le hizo mil pedazos, de pronto, al pasar del éxtasis a la más completa desolación. Era una tortura que Vincenzo tuviera que irse en ese preciso instante.

–Me temo que es mejor que no nos vean llegar juntos. Los paparazzi no nos dejarían respirar. Angelina te acompañará en el viaje de vuelta.

–Te has tomado muchas molestias por mí.

–No tiene ni punto de comparación con lo que tú haces por mí –repuso él–. Te mandaré a buscar cuando llegue el momento.

Despacio, Abby lo dejó escaparse de entre sus brazos.

–Tienes que irte ya. Yo iré a ducharme.

Vincenzo la acompañó a la puerta de su camarote, pero no se movió de allí. Sus ojos se clavaron en ella, ardientes de deseo.

–Nos vemos esta noche –susurró él con voz ronca.

–Cuídate, Vincenzo. No dejes que te pase nada en el helicóptero. Tu bebé te va a necesitar.

–Abby… Lo último que quiero es dejarte.

«¡Pues no lo hagas!», quiso gritar ella.

–Tu familia te reclama.

–Prométeme que no dejarás que Gianna te afecte –pidió él con rostro serio.

–Claro. No te preocupes, Vincenzo.

–Te llamaré por Skype esta noche a las diez.

–De acuerdo –dijo ella. Estaría contando los minutos para que él lo hiciera.

Cuando Marcello condujo a Abby a la sala de audiencias, ella estaba radiante por el sol y muy elegante con un traje de chaqueta blanco. Llevaba el pelo recogido con un pasador. Vincenzo nunca había visto a una mujer tan hermosa en su vida.

–Gianna y yo nos alegramos de que hayas venido –saludó él, indicándole que tomara asiento.

–Yo, también. Es un placer volver a verte, Gianna –saludó Abby a su vez con perfecta compostura.

Gianna le sonrió.
–El embarazo te sienta bien.
Vincenzo apretó los dientes. Su hermana estaba yendo directa a la yugular.
–Gracias. Me encuentro en forma.
–Le he dicho a Vincenzo que quiero hablar contigo en privado. ¿Te importa? –preguntó Gianna.
–Claro que no.
–Esperaré fuera –dijo Vincenzo.
Durante diez minutos, él se quedó dando vueltas ante la puerta, hasta que Abby salió. A pesar de su bronceado reciente, parecía pálida. El príncipe se sintió furioso con su hermana.
–¿Estás bien?
–Sí.
–Te acompañaré a casa de tu padre.
–No, por favor –repuso ella.
Por primera vez en su vida, Abby le habló con tono frío. Gianna debía de haber sido brutal, adivinó él.
–Te llamaré en cuanto llegues –dijo él y, cuando ella no respondió, añadió–: Quiero que me prometas que hablarás conmigo. Si no, me presentaré ante tu puerta.
–Yo… tengo que irme –balbuceó ella, y desapareció a toda prisa por el pasillo.
Furioso, Vincenzo entró en la sala. Gianna estaba esperándolo.
–¿Qué diablos le has dicho?
Diez minutos después, Vincenzo salió por la puerta de nuevo.
–¡No te atrevas a dejarme plantada!
–Ya lo he hecho –replicó Vincenzo y, a toda velocidad, se dirigió hacia la casa de Carlo.
Cuando llegó, llamó a la puerta varias veces, hasta que Abby abrió. Después de entrar, la abrazó con fuerza.
–Gianna me ha dicho lo que te ha contado. Lo siento mucho –afirmó él, posando un beso en su cabeza–. Es su propio dolor el que le ha hecho decir esas cosas. Tuvo que casarse con un hombre al que no amaba y todavía no ha tenido hijos. Aunque es atractiva, no es una belleza como tú. Sus celos y su amistad con Michelina han despertado a la bestia que hay en ella.
Abby se limitó a sollozar entre sus brazos.
–Su objetivo era echarte, pero… ¿acaso no sabes que yo nunca voy a dejarte ir?
–Quizá, debería irme cuanto antes –contestó ella, mirándolo a los ojos.
–¿Cómo puedes decir eso?
–Gianna tenía razón respecto a una cosa.

–¿Qué?
–Tu hijo crecería con dudas sobre quién es su verdadera madre. Eso me rompe el corazón.
Vincenzo odió a su hermana por haber plantado un miedo tan absurdo en el corazón de Abby.
–El bebé será hijo de Michelina, pues tendrá sus genes.
–Tienes razón. Qué tonta soy –replicó ella, estremeciéndose.
–No, no eres tonta. Nunca había visto a mi hermana comportarse tan mal. Pero irá aceptando la idea, igual que mi suegra. Le he dicho que, cuando mi padre deje el trono, será ella quien lo suceda –informó él–. La buena noticia es que has pasado la última prueba de fuego. A partir de ahora, solo esperaremos a que llegue el parto. ¿Estás nerviosa?
Ella asintió con una sonrisa.
–Sí, un poco. Ya sé que nacen cientos de miles de bebés al día, pero este es especial.
–Todo bebé es especial para sus padres –señaló él–. Has sido una bendición para Michelina y para mí. Debes creerlo, Abby.
–Sí lo creo.
–Gracias –dijo él, y le posó un beso en los labios–. Tengo que irme. Nos vemos mañana a las siete, ¿de acuerdo?
–Sí.
Antes de ir a acostarse, Vincenzo se fue a la playa y nadó hasta quedar exhausto. Al llegar a su suite, vio que tenía cuatro mensajes en el contestador, de Marcello, de su padre, de Gianna y de Enzio, el marido de Gianna.
Esa noche, sin embargo, no quería hablar con ellos.
Aunque nunca solía beber, necesitaba un trago para calmar la adrenalina que lo invadía desde que había tenido a Abby entre sus brazos. Había podido sentir cada curva del cuerpo de ella.
También había sentido a su bebé moverse y, con ello, había experimentado algo por completo nuevo para él. Lo último que recordó antes de quedar dormido fue el dulce sabor de los labios de Abby.

Capítulo 9

CUANDO Abby no pudo contactar con su padre, le dejó una nota antes de irse.

Hola, papá. Acabo de salir de la consulta del médico y quería informarte de que la revisión ha ido bien. El embarazo está llegando a su final. ¿No es increíble? He quedado con Carolena a cenar y, luego, iremos al teatro a ver Aida. *No olvides comer algo. Te dejo la cena preparada en la nevera.*

Esa noche, tampoco hablaría con Vincenzo a través de la videollamada. El día anterior le había contado sus planes. Desde el día en que Abby había hablado con Gianna, no habían vuelto a verse en persona. Eso hacía las cosas mucho más fáciles, pensó ella.

Gianna le había obligado a reconocer que estaba enamorada sin remedio de Vincenzo. Cuando él la había besado antes de despedirse, ella había tenido que hacer un esfuerzo para no entregarse a su deseo.

En la ópera, Abby no pudo contener las lágrimas cuando el personaje de *Aida* prefería morir junto a su amante antes que no volver a verlo. Ella sentía la misma clase de amor hacia Vincenzo. Solo de pensar en que, pronto, nacería y bebé y tendría que irse, el dolor era insoportable.

En el camino de vuelta a casa, Carolena bromeó con ella, diciéndole que habían sido las hormonas lo que le había hecho deshacerse en lágrimas. Sin embargo, ambas sabían que era mucho más que eso.

Su padre estaba sentado delante del ordenador cuando Abby llegó a casa.

–¿Qué tal la ópera?

–Genial.

–Tienes aspecto de haber estado llorando.

–Vamos, papá, ya sabes que es imposible no llorar con *Aida* –repuso ella con una sonrisa.

–Tu tía me ha llamado hoy. Nos han encontrado una casa junto a la suya y me ha enviado fotos. Échales un vistazo a ver qué te parece. Me gusta más que las otras que nos ha buscado.

Abby se acercó al ordenador.

–Es muy bonita. Quedémonosla.

Satisfecho con su respuesta, Carlo se giró hacia ella.

–¿Le has contado nuestros planes al doctor DeLuca?

–Sí. Dice que puedo volar a Estados Unidos sin problemas una semana después de que nazca el bebé, siempre que sea un parto sin complicaciones. Además, Vincenzo nos va a prestar el jet real para que nos lleve, con un médico a bordo.

–Bien.

–Me ha dicho algo más. Existe una posibilidad de que el parto se adelante. El bebé está desarrollado y puede nacer en cualquier momento a partir de ahora. Dice que no tengo por qué preocuparme. Me tranquiliza mucho saber que el bebé está bien.

–A mí, también.

–Papá… ¿te estás arrepintiendo de la decisión de irnos de Arancia?

–Nada de eso –aseguró su padre–. Llega un momento en que hay que cambiar. ¿Y tú?

–Voy a echarlo de menos, claro. Llevo más de media vida aquí. Pero tenemos familia en Rhode Island y tú estarás conmigo. Cuando encuentre trabajo allí, sé que me gustará.

–Yo, también. Ahora es mejor que te vayas a la cama, tesoro.

–Sí. Buenas noches –se despidió Abby, y lo besó en la frente antes de irse a su dormitorio.

Una vez debajo de las sábanas, Abby no podía encontrar una postura cómoda. Luego, le entró calor y se destapó. Le dolía la espalda desde hacía una semana y parecía una ballena, aunque el médico le había dicho que su tamaño era el adecuado. El bebé le había dado muchas pataditas desde el sexto mes y, a menudo, se preguntaba si sería un niño con las fuertes piernas de su padre.

Abby sabía que a Vincenzo le encantaría palpar esas pataditas, sin embargo, por un acuerdo tácito habían permanecido alejados el uno del otro. Siempre se las arreglaban para no coincidir en la piscina, y él no había vuelto a buscarla al trabajo. A través de las videollamadas, podían hablar cara a cara y diseñar juntos el cuarto del bebé, pero eso era todo.

Todo estaba planeado. Según el contrato que Abby había firmado antes de la inseminación, una vez que naciera el bebé no volvería a tener contacto con el niño ni con los padres. Su trabajo habría terminado.

No volverían a verse durante el resto de sus vidas, por el bien del reino y por el bien de todos.

Al pensar que nunca vería al bebé y que tendría que renunciar a Vincenzo para siempre, lloró con desconsuelo hasta caer rendida.

Alrededor de las cinco de la madrugada, se despertó con un fuerte dolor en la zona lumbar. Sabía que podía ser una señal del comienzo del parto. O, quizá, fuera solo una falsa alarma.

Después de ir al baño, se tumbó en el sofá a ver una película y volvió a quedarse dormida. Pero el dolor la despertó de nuevo. Fue

otra vez al baño. Le dolía mucho.

Preocupada, se fue al cuarto de su padre.

–¿Papá? ¿A mamá le dolió la espalda antes de darme a luz?

–Claro que sí –repuso su padre, incorporándose de golpe–. Era un dolor desde atrás hacia delante.

–Igual que el mío.

–Llamaré al médico.

–Dile que no avise a Vincenzo todavía. ¡Si lo hace, lo mataré!

–No puedes pedirle eso, tesoro.

–¡Claro que puedo! –le espetó Abby. Era la primera vez en la vida que gritaba a su padre–. Soy yo quien va a tener el bebé y no soy la mujer de Vincenzo. Este bebé no es mío –gimió, sin poder parar de llorar–. Si algo va mal, no quiero que él venga hasta que no haya terminado. Ya ha sufrido bastante en su vida. Si todo va bien, entonces… ¡ay! –exclamó, presa de fuertes dolores–. Papá, prométeme que le darás mi mensaje al médico. He sido obediente en todo, ¡pero quiero salirme con la mía en esto aunque sea! Y hazle jurar a Angelina que no dirá nada. Dile que, si le dice algo a Vincenzo, la despedirás y que nunca podrá encontrar otro empleo en su vida. Cuento contigo, papá. No me defraudes.

–Cariño, te prometo ocuparme de todo –le aseguró su padre con voz tranquilizadora, mientras marcaba el número del médico.

Vincenzo se estaba volviendo loco. Sabía que el bebé podía llegar en cualquier momento, y sus días eran un absurdo ritual en que solo contaba los minutos para poder hablar con Abby. Después de una agotadora jornada, regresó a toda prisa a sus aposentos, pidió que le llevaran unos sándwiches y se sentó delante del ordenador. Era hora de su llamada diaria.

Esa noche, le sorprendió que ella no respondiera.

Entonces, sonó el teléfono. Era Angelina.

–¿Angelina? –repuso él, presintiendo que algo iba mal.

–No debería contárselo, pero creo que tiene derecho. Está a punto de convertirse en padre, Alteza.

–¿Qué?

–Abby no quería que se preocupara, ni que viniera al hospital hasta que el bebé hubiera nacido, pero yo sé que usted querrá estar ahí. La limusina está esperándolo abajo.

–¡Te debo una, Angelina! Voy para allá.

En un tiempo récord, Vincenzo estaba en la limusina, de camino al hospital. Allí, uno de sus hombres lo condujo hasta una de las habitaciones en el ala de maternidad.

–¿Cuándo se ha puesto de parto?

–Hace un rato.

Una enfermera le ordenó que se lavara las manos. Luego, le puso una mascarilla, una bata y guantes de plástico.

–Espere aquí.

Cuando abrieron la puerta, Vincenzo vio al doctor DeLuca diciéndole a Abby que empujara. Ella estaba luchando con todas sus fuerzas.

–Lo intento, pero no puedo hacerlo sola –gritó ella–. ¿Dónde está Vincenzo? ¡Quiero que venga!

El médico lo vio llegar y asintió.

–Ha llegado.

–Aquí estoy, Abby.

–¡Vincenzo! –exclamó ella llena de alegría–. Nuestro bebé está aquí. Debería haberte avisado.

–Ahora estoy aquí. Sigue empujando. Tú puedes.

Tras diez minutos más de expulsivo, Vincenzo vio asomar la cabeza de su hijo.

–Felicidades. Es un precioso niño –dijo el médico, y colocó el bebé sobre el vientre de Abby.

–¡Un hijo! –gritó Abby, llorando de felicidad–. ¡Lo hemos conseguido!

–No, tú lo has conseguido.

En unos minutos, las matronas limpiaron al bebé y lo pesaron.

–El próximo heredero al trono pesa tres kilos y medio, mide cincuenta y seis centímetros y está en perfecto estado.

Cuando la matrona iba a darle el bebé a Vincenzo para que lo sujetara, él meneó la cabeza.

–No. Deja que lo sujete Abby primero.

Juntos miraron el rostro del bebé, derritiéndose al verlo.

–Hola, Maximiliano –dijo Abby, con lágrimas en los ojos–. Es adorable.

Vincenzo estaba de acuerdo. Con cuidado, le acarició la mejilla y el pelo. Era un bebé precioso, con los ojos y las orejas de Michelina.

–Mira, tiene tu mandíbula y tu forma del cuerpo.

–Puede acompañar al pediatra, que va a examinar al bebé –indicó el médico, dándole a Vincenzo una palmadita en la espalda–. Yo me ocuparé de Abby.

–Está bien –dijo él, y se inclinó para besar a Abby en la mejilla–. Ahora vuelvo.

Una hora después, Vincenzo intentó ver a Abby, pero le dijeron que estaba en recuperación y tenía que esperar. Sin embargo, al ver que pasaba demasiado tiempo, temió que algo fuera mal.

–¿Dónde está la señorita Loretto? –preguntó con desesperación a las enfermeras.

–No está aquí –respondió el doctor DeLuca, que acababa de salir al pasillo.

–¿Cómo que no está aquí? ¡Al diablo con el acuerdo!

Vincenzo notó que alguien posaba la mano en su hombro. Era Carlo.

–Todos sabíamos que esta iba a ser la parte difícil. Abby ya no forma parte de tu vida. Tu hijo te necesita. Concéntrate en él. Todo el reino estará encantado de conocer la noticia de su nacimiento, sobre todo, sus abuelos.

–¿Dónde está?

–Está dormida. Se ha pasado quince horas de parto y está agotada.

–Dime dónde está.

–Está en un lugar seguro.

–¿Dónde?

–Ella ha cumplido su parte del trato al pie de la letra. Ahora tienes un hijo. Déjalo ahí.

Mientras las palabras de Carlo se le clavaban en el corazón, Vincenzo se quedó de pie en el pasillo, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

–Buenos días, tesoro.

–Papá…

–Aquí estoy.

–Esta habitación es distinta.

–Sí. Estás en otro hospital. Te trajeron en una ambulancia después del parto.

–Me alegro de que todo haya terminado y Vincenzo tenga a su bebé.

–Sí. Está muy feliz. Pondré la televisión para que lo veas –indicó Carlo.

–Para aquellos que acaban de sintonizarnos, esta es una mañana que hará historia –dijo el reportero en la pantalla–. *Hay un nuevo heredero real en el trono de Arancia. Anoche, a las seis y cuarto de la tarde, nació un bebé, fruto de el príncipe Vincenzo y la difunta Michelina, gestado en el vientre de una madre sustituta. Su nombre es Maximiliano Guilio Cavelli di Laurentis…*

–Max es precioso, papá –musitó ella, sin poder dejar de llorar.

–Ahora estamos fuera del hospital, esperando la aparición del príncipe Vincenzo, que se llevará a su hijo a palacio en cualquier momento. Aquí llega. Lleva al bebé en brazos para que todo el mundo pueda verlo –continuó el locutor–. *Debe de ser un momento agridulce para él, pues su esposa Michelina no está para compartir su alegría. Pero nos han llegado rumores de que, antes de acabe el año, el príncipe se casará y será*

coronado.

Su padre apagó la televisión cuando la cámara enfocaba al príncipe con el bebé, rodeado de una multitud.

–No puedo soportarlo –susurró ella, aturdida de tanto dolor–. Yo lo quiero, papá.

–Estoy orgulloso de ser tu padre. Le has ofrecido el mejor regalo con el que podía soñar –dijo Carlo, dándole la mano–. Ahora, debes cerrar ese capítulo y empezar tu propia vida.

Después de llorar un buen rato, Abby le besó la mano a su padre.

–Gracias por mantenerlo alejado del hospital tanto tiempo. No quería que Vincenzo sufriera más, si algo iba mal. ¿Me perdonas por haberte gritado?

–Entonces fue cuando supe que estabas de parto. Yo cumplí tu ruego, pero Angelina pensó que un hombre debía estar junto a la mujer que iba a dar a luz a su hijo. Fue ella quien lo avisó.

–Bendita sea. Lo necesitaba a mi lado.

–Es normal, tesoro –le aseguró su padre con cariño–. Algún día, te casarás con un hombre muy afortunado que estará a tu lado cuando nazca tu propio bebé. Espero que llegue pronto ese día.

Abby adoraba a su padre, pero él no entendía cómo se sentía. Vincenzo era el amor de su vida y no podría amar a nadie más.

–Cariño, la enfermera te ha traído el desayuno –señaló su padre, sacándola de sus pensamientos–. ¿Tienes hambre?

Aunque Abby tenía el estómago encogido, tomó un poco de zumo para no preocuparlo.

–Hace mucho que no hablamos de ti –comentó ella, y le sonrió–. Tengo la sensación de que quieres volver a Rhode Island por alguna razón especial que no me has comentado. ¿Es que hay alguna mujer en escena?

–¿Acaso no lo sabes? En mi vida, solo ha habido una mujer además de tu madre. Tú.

–Entonces, ¿por qué quieres irte de Arancia? –preguntó ella, frunciendo el ceño.

–Porque sé que, con Vincenzo cerca, nunca serías capaz de olvidarte de él y emprender tu propia vida.

Abby bajó la cabeza.

–Me temo que él siempre será parte de mí.

–Eso temo yo también. Por eso, nos iremos en cuanto estés lista para viajar.

Capítulo 10

VINCENZO hizo llamar a Angelina en cuanto llegó a palacio. No había tiempo que perder.

–Dime dónde está Abby, Angelina.

–No puedo, Alteza. Por favor, no me pida eso. He jurado no revelarlo.

–¿A quién? ¿A Carlo?

–No.

–¿Al rey?

–No.

–¿A Abby?

Angelina asintió.

–Dime a qué hospital la han llevado.

–No me atrevo –repuso Angelina, apretando los ojos.

–Está bien. Nombraré todos los hospitales del país. Solo tienes que guiñar un ojo si digo el correcto. Así, no tendrás que decir ni una palabra.

–Me odiará siempre.

–Abby no es capaz de odiar a nadie. Me ha dado el mayor regalo que podía soñar. No creo que quieras negarme el derecho a darle las gracias en persona. Si estuvieras en mi lugar, ¿no harías lo mismo?

–Sí, pero…

–Pero nada. ¿Y si te digo que no me acercaré a ella en el hospital? –sugirió él y, ante su silencio, añadió–: Esperaré a que esté fuera. Te juro que nunca sabrá que me dijiste nada.

Mientras Angelina guardaba silencio, él empezó a enumerar hospitales. Al llegar al de San Marco, ella guiñó un ojo. Estaba cerca del aeropuerto, a diez kilómetros de Lanz.

–Bendita seas, Angelina. Pronto podré demostrarte mi gratitud con un sueldo que te permitirá retirarte y vivir como una reina.

Mientras salía, Vincenzo telefoneó a su chófer, Giovanni.

–Necesito que me hagas un servicio especial.

–Lo que quiera, Alteza.

–Si lo haces, mi deportivo rojo es tuyo.

El chófer rio.

–Haz lo que te digo y verás que hablo en serio. Quiero que llames a todos tus primos y les hagas ir al hospital San Marco. Quiero que cubran todas las salidas. La señorita Loretto está ahí y saldrá en su

limusina, supongo que esta tarde. Irá rodeada del equipo de seguridad de su padre, con destino a uno de los hoteles de cinco estrellas de los alrededores. Cuando salga, quiero que la sigan y me llamen para indicarme a qué hotel ha ido. ¿Alguna pregunta?

–No, Alteza. Entendido.

Tenía que impedir que Abby se fuera del país. Necesitaba tenerla allí, con él y con su hijo, ¡y cuanto antes!

Poco después, mientras estaba con Max, sonó su móvil.

–¿Giovanni?

–Hemos hecho lo que nos ha pedido. La señorita está en el hotel Moreno, custodiada por varios hombres.

–Ahora bajo –repuso Vincenzo. Al momento, se disfrazó con una camisa hawaiana, pantalones cortos, gafas de sol, sandalias de *trekking* y un sombrero de paja.

–Nadie va a reconocerlo así. Parece un turista de vacaciones –observó Giovanni al verlo.

–Lo único que me importa es poder llegar a su habitación antes de que nadie me detenga.

Carlo acomodó a su hija en el sofá.

–¿Necesitas algo más, cariño?

–Descansa un poco, papá. Ve a darte una vuelta, sin prisa. Estoy bien. Si puedes, cuando vuelvas, tráeme unas revistas y chocolatinas, por favor –pidió ella.

Minutos después de que su padre se hubiera ido, alguien llamó a la puerta.

–Servicio de habitaciones.

–Adelante.

–Gracias, señorita.

Abby se puso a temblar al reconocer aquella voz. Lo que vio fue tan increíble que rompió a reír.

–¿Qué te parece? –preguntó Vincenzo, exhibiéndose con su estrafalario atuendo–. ¿Me reconocerías así en la calle?

–¿Qué estás haciendo aquí? –inquirió ella cuando él se arrodilló a su lado–. ¿Cómo me has encontrado?

–Te sorprendería saber todo lo que he tenido que hacer. ¿Acaso pensabas que iba a dejarte marchar?

–No me hagas esto, Vincenzo –rogó ella con lágrimas en los ojos–. Hicimos un trato. Y tienes un hijo adorable.

–¡Odio los tratos cuando salgo perdiendo! –exclamó él–. Y tú también eres adorable.

Abby no pudo evitar sonreír. Entonces, cuando él se inclinó de forma inesperada y la besó con pasión, ella soltó un gemido de

rendición y lo correspondió. Sus lenguas se entrelazaron con frenesí.

–Te quiero y te deseo con todo mi corazón, Vincenzo, pero tú ya lo sabes, ¿verdad? –afirmó ella–. Todo lo que tu hermana me dijo en la sala de audiencias era verdad.

–Yo me enamoré de ti hace años, cuando casi te ahogas –admitió él, entre besos–. Pero no quise reconocerlo. Por mucho que he intentado no pensar en ti, siempre has estado en mi mente, *bellísima*.

Sus bocas volvieron a devorarse, cada vez con más pasión.

–Llevaba toda la vida esperando esto –confesó ella.

–Ya nunca más te separarás de mí.

–No puedo quedarme en Arancia –negó Abby, apartando su boca con un gemido.

–Nada es imposible.

–Ella tiene razón, Vincenzo.

Abby se quedó petrificada al ver a su padre, que acababa de entrar en la habitación.

–Carlo. Me alegro de que estés aquí, porque quiero pedirte la mano de tu hija. Es la mujer de mi vida –dijo Vincenzo, poniéndose en pie–. No quiero tener una aventura con ella. Quiero que sea mi mujer.

Carlo se quedó en silencio un momento y miró a su hija.

–¿Es eso lo que tú quieres, Abby?

–Sí –respondió ella sin dudarlo.

–No tengo ni idea de si el parlamento me permitiría casarme con una mujer que no sea de sangre real y seguir siendo el príncipe heredero –señaló Vincenzo, tomando a Abby de la mano–. Si no es así, le dejaré mi puesto a mi hermana en la línea de sucesión.

–¿Estáis dispuestos a ser objeto de rumores maliciosos durante toda la vida?

–Si es necesario, nos mudaremos a Estados Unidos con nuestro hijo.

Carlo tragó saliva.

–Amo a Abby como tú amabas a tu mujer. Si Abby me deja, me quedaré perdido, igual que te quedaste tú cuando perdiste a tu esposa.

–Sé lo que siente tu padre, Vincenzo –afirmó Carlo tras un instante de silencio–. Él espera que seas su sucesor.

–Gianna siempre deseó poder reinar. Seguro que lo hará muy bien también.

–¿Y estáis preparados para enfrentaros a la ira de la reina Bianca?

–Sí –aseguró Vincenzo–. Sé que, antes o después, le estará agradecida a Abby por haberle dado un nieto tan precioso que, además, se parece mucho a Michelina.

–Papá… ¿qué crees que diría mamá si estuviera aquí? –preguntó Abby, mirando a su padre con ojos suplicantes.

–Seguramente, diría que la vuestra es una de las más hermosas historias de amor de estos tiempos y que deberían convertirla en

película. Luego, os daría su bendición, como yo os doy la mía.

Conmovido, Vincenzo abrazó a Abby, que lloraba de felicidad en sus brazos.

–Quiero que Abby venga a vivir a palacio esta misma noche. Max necesita a su madre, no a una niñera.

–Entonces, tendréis que casaros cuanto antes, en cuanto hayas hablado con el rey.

–No quiero que te vayas a Rhode Island, papá.

–Ya que voy a ser abuelo, supongo que no podré moverme de aquí –respondió Carlo con una sonrisa.

–¿Te encuentras bien para hacer el viaje de vuelta a palacio, Abby?

–Estoy en las nubes. Además, estoy deseando ver a Max.

–Prepárate mientras ayudo a tu padre a hacer las maletas.

Después de dejar perplejos a su padre y a su hermana al anunciarles que iba a casarse, Vincenzo se dirigió al cuarto del bebé. Max estaba dormido en su carrito. La niñera lo había preparado todo para llevarlo a los aposentos de Abby.

Él la acompañó por los largos pasillos de palacio, pensando que, algún día, su hijo correría y reiría por ellos.

La niñera dejó el carrito y todo lo necesario para el bebé en el dormitorio de Abby, que estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados.

Vincenzo colocó a Max en la cuna y se tumbó en la cama, junto a Abby. Mientras ella dormía, contempló los hermosos rasgos de su rostro, sus carnosos labios, su cabello dorado como el oro… Desde hacía meses, había deseado estar así con ella. Su mayor sueño se había hecho realidad.

Como si hubiera notado su presencia, Abby abrió los párpados y sonrió.

–Buenas tardes, Bella Durmiente –saludó él y la tomó entre sus brazos para besarla.

Abby lo correspondió con más pasión de la que Vincenzo había experimentado con ninguna amante. Sin embargo, sabía que debía ser cuidadoso con ella, pues no podían tener relaciones íntimas hasta que ella pasara su revisión de las seis semanas. Se dejó envolver por sus caricias, su fragancia, los sonidos que hacía al respirar cuando estaba excitada… Era una mujer de fuego y encajaba en sus brazos como si hubiera sido hecha a medida.

Cuando estaban sumidos en el placer de aquellos besos, oyeron los sonidos del bebé.

–Alguien se acaba de despertar y quiere conocer a su mamá –dijo Vincenzo y se dirigió a la cuna–. Tengo una sorpresa para ti, *piccolo*,

pero primero voy a cambiarte el pañal.

Abby se incorporó en la cama, sin poder quitarle los ojos de encima a aquella hermosa criatura.

–Oh… –musitó ella y lo besó en la carita–. Eres una preciosidad. Y tienes piernas de futbolista, ¿sabías? Me di cuenta cuando estabas en mi tripita. ¿Tienes hambre? ¿Por eso estás tan inquieto? –le dijo ella, riendo de felicidad.

Vincenzo le tendió el biberón y le indicó la cantidad que debía ponerle. Ella le dio de comer a la perfección, como si hubiera estado haciéndolo toda la vida. Cuando Max terminó, se lo puso en el hombro y el niño eructó. Sus entusiasmados padres rieron juntos.

–Soy tan feliz… –confesó ella–. Quiero que sepas que quería hablar del bebé desde el principio del embarazo, pero no me atrevía.

–Lo comprendo –aseguró él, sentándose a su lado.

–Estoy deseando bañarle. Quiero examinar cada centímetro de su cuerpecito –comentó ella.

Vincenzo se inclinó para besarla en sus carnosos labios.

–En cuanto el médico nos dé luz verde, pienso hacer lo mismo contigo.

Abby acababa de dejar al bebé en su cunita, cuando sonó el teléfono y corrió a responder.

–¡Carolena!

–Te lo tenías muy callado.

–Iba a llamarte ahora –se apresuró a explicar Abby–. Supongo que la noticia se ha hecho pública ya.

–¿Pública? En todo el mundo, no se habla de otra cosa más que de la boda privada del príncipe Vincenzo y Abigail Loretto en la capilla de palacio. Salís en la portada del *Diario de Arancia* de esta mañana.

–Espero que no se ceben mucho con nosotros –señaló Abby, temerosa de que los medios de comunicación sacaran partido a lo extraordinario de su situación y lo convirtieran en un circo.

–Por ahora, no he leído ningún juicio ofensivo hacia vosotros –repuso Carolena–. ¿Recuerdas la revista que llamaba a Vincenzo «el príncipe de los sueños de toda mujer»? En esta ocasión, ha titulado así la noticia: «Las princesas de todo el mundo, de luto por la boda del príncipe con una belleza americana».

Abby hizo una mueca.

–Lo mismo me habría pasado a mí, si él hubiera elegido casarse con Odile.

–¡Pero no lo ha hecho!

–Lo sé –afirmó Abby con lágrimas en los ojos. Esa noche había hecho el amor con Vincenzo por primera vez y se sentía todavía como

en una nube.

–¡Se ha casado contigo aun a riesgo de perder el trono!

–¿Quieres parar? –pidió Abby, soltando una risita de felicidad.

–¡Eres como la protagonista de una novela romántica!

–Pues ahora no me veo muy romántica. Ayer fui a la revisión de las seis semanas y el médico me dijo que tengo unos kilos de más.

–Pero estás preciosa –le susurró Vincenzo, rodeándola con su brazo.

Abby no lo había oído entrar. Tragó saliva al verlo, siempre tan imponente, cubierto solo por un albornoz.

–Tengo que dejarte –le dijo Abby a su amiga–. Prometo llamarte pronto. Tienes que venir a ver al bebé.

–¡Lo estoy deseando!

En cuanto Abby colgó, Vincenzo le quitó el teléfono. Luego, volvió a tomarla entre sus brazos.

A Abby le subió la temperatura al instante al recordar las largas horas que habían pasado explorando sus cuerpos y declarándose su amor entre las sábanas, ebrios de placer.

–He pedido que nadie nos moleste durante las próximas ocho horas –informó él.

–¡Ocho horas!

–Es nuestra luna de miel –repuso él con una maliciosa sonrisa–. ¿O es que tienes miedo de quedarte a solas conmigo?

–Tal vez.

–¿Por qué dices eso?

–Todo el mundo está hablando de nuestra boda –contestó Abby–. ¿Y si el parlamento decide que no puedes suceder a tu padre en el trono? ¿Lamentarás haberte casado conmigo?

–Eso no tiene ninguna importancia para mí. ¿Todavía no sabes que eres lo único que necesito para vivir? Siéntate, quiero enseñarte algo.

Vincenzo sacó de la mesilla el álbum de recortes que ella le había regalado y se lo tendió.

–He rellenado las hojas que estaban libres. Míralo bien y comprenderás que jamás voy a lamentar mi decisión.

Con manos temblorosas, Abby abrió las últimas páginas. Primero, había dos fotos de las ecografías del bebé. Debajo, estaba el recorte de periódico que hablaba del éxito de Abby en el caso Giordano. A continuación, había fotos de ella entrando y saliendo de palacio, en el funicular, en el restaurante, en la piscina, en el yate, en la iglesia donde se había casado Piero, ante el ordenador hablando por Skype… incluso una instantánea de ella llorando a lágrima tendida en la ópera.

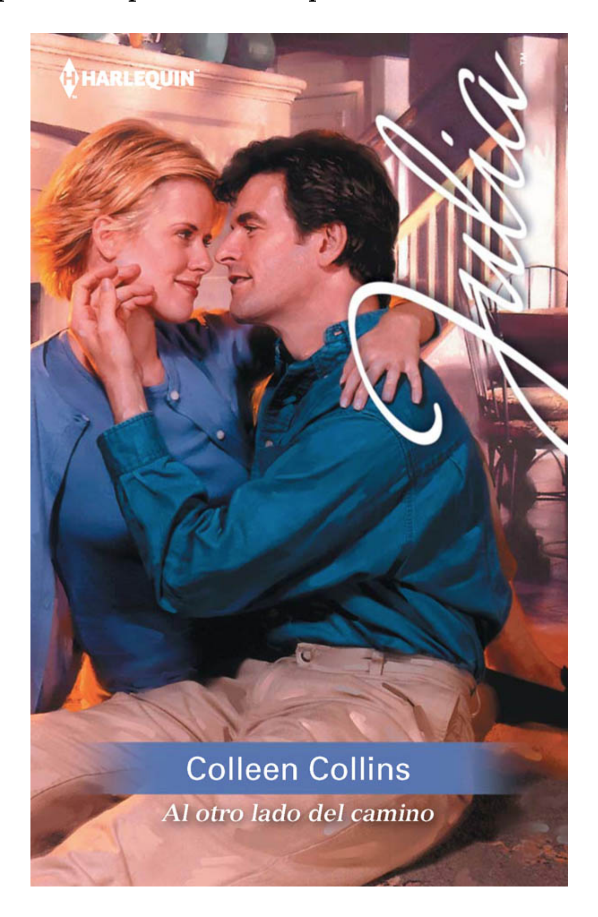
Sin apenas poder creerlo, Abby lo abrazó, llena de adoración por él.

–Abby, eres el amor de mi vida y la madre de mi hijo. ¿Cómo puedes dudarlo? –le susurró él, incendiándole el cuerpo con su voz aterciopelada.

–No lo dudo, dulce príncipe. Solo quiero que sepas que siempre estaré agradecida por tu precioso amor.

–Pues ámame, Abby. Te necesito. No pares nunca.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com